ichthys

PASOS A LOS ASCETAS



TEOFANO EL RECLUSO

ichthys

COLECCION DIRIGIDA POR EMILIO SZUHANSZKY

Teófano el Recluso

CONSEJOS A LOS ASCETAS

LUMEN

Versión directa efectuada por
el cuerpo de traductores de Editorial Lumen.

© by Editorial Lumen 1979
Viamonte 1674
Buenos Aires – República Argentina

Todos los derechos reservados
Hecho el depósito que dispone la ley 11.723

LIBRO DE EDICION ARGENTINA
Impreso en Argentina – Printed in Argentina

PRESENTACION

Teófano el Recluso, obispo de Vladimir y Tambov (1815–1894), nacido con el nombre de Jorge Govorov, vio la luz en Chernavks, cerca de Orlov, en la provincia central de Viatka. Por haber sido su padre sacerdote de parroquia, y dado que tal era la costumbre de la época, fue, también él, destinado al sacerdocio. Así, cursó primero el seminario y más tarde, pasó cuatro años en la academia de Teología de Kiev (1837–1841) donde se puso en contacto con la vida monástica a través de la **laura** *(monasterio griego) de Petcherky. Sus primeros pasos en aquél sendero fueron guiados por el* **starets** *Parteno. Una vez terminados sus estudios, pronunció sus votos monásticos y fue ordenado sacerdote. Después de un tiempo llegó a ser profesor en el seminario de Olonezt y luego en la Academia de San Petersburgo. Durante 1847 a 1854 viajó al Cercano Oriente y a Palestina sirviendo a la Misión Espiritual Rusa. Allí se familiarizó con los Padres y con el idioma griego que de tanta utilidad le resultaría más tarde.*

Al retornar a Rusia fue rector de la Academia de San Petersburgo. En 1854, al ser promovido al Episcopado, sirvió como obispo, primero en Tambov y luego en Vladimir. En 1866, atraído por la vida de oración más que por las funciones

que desempeñaba, presentó su renuncia y se retiró a un pequeño monasterio en Vyschen donde permaneció hasta su muerte, la cual sobrevino veintiocho años más tarde.

Su vida de reclusión, Teófano la dividía entre la oración y la actividad literaria; en este sentido, pasaba varias horas dedicado a responder la correspondencia que le llegaba de toda Rusia, principalmente de mujeres. Además pintaba y hacía trabajos de carpintería.

La obra visible que Teófano ha dejado, como fruto de los años de apartamiento, está constituída por una sustancial cantidad de volúmenes. Preparó, por ejemplo, la edición en ruso de numerosos textos griegos, compuso gran cantidad de comentarios a las Epístolas de San Pablo y editó la famosa **"Dobrotoljubie"** *(Contemplación del Bien), versión ampliada en ruso, de la muy conocida* **"Filocalia"** *(Contemplación de la Belleza), compuesta originalmente en griego. Sin embargo la principal herencia es su correspondencia, publicada parcialmente en diez volúmenes, de la cual hemos extractado los textos de estos* **"Consejos a los Ascetas".**

Estas breves cartas son todas respuestas a cuestiones prácticas y a problemas personales muy específicos, todos relacionados con la vida espiritual. A través de ellas podremos apreciar que, a pesar de su formación intelectual, Teófano tenía el don particular de expresarse en forma viva, directa, simple y con términos que llegaban directamente al corazón de esos hijos espirituales que no conocía, aunque, evidentemente, sí conocía los problemas que los aquejaban.

Hemos agregado a la correspondencia de Teófano otros trabajos que nos parecieron interesantes y que, sin ser específicamente respuestas a problemas planteados por hijos espirituales, no dejan, por eso, de ser **"Consejos a los Ascetas".**

Previamente a la lectura de los "Consejos...", antes de comenzar a maravillarnos de la sabiduría y el profundo misticismo de su autor, sugerimos al lector que detenga su

atención en la Primera Parte de la obra. Allí presentamos un marco de referencia que podrá serle de utilidad para la comprensión de las diversas etapas que atraviesan los desconocidos ascetas que se dirigen a Teófano en busca de una guía, de un consejo, de una palabra carismática que los oriente en su camino. En esa especie de introducción hemos tratado de sintetizar los obstáculos y los logros, los fines y los medios del combate espiritual, del combate invisible e interior, basándonos, para ello, en el monacato primitivo, ya que de allí y de los Santos Padres, bebió Teófano la doctrina que tan maravillosamente brota de sus respuestas.

I. LA ASCETICA: OBSTACULOS Y LOGROS

La perfección y la guarda de los pensamientos

"Macario" decía: "Los hay que dicen: El Señor no reclama de los hombres más que frutos visibles; por lo que toca al interior, lo pone en orden él mismo"... y desengañaba a los que se expresaban de este modo: "No es así. Cada cual, por el contrario, debe ganar el combate y hacer la guerra contra sus pensamientos del mismo modo que se protege contra el hombre exterior. Pues el Señor te pide enfadarte contra ti mismo y luchar contra tu propio sentir y no aprobar complacientemente los malos pensamientos".

Los dominios del ascetismo cristiano no se limitan al cuerpo, sino que incluyen al "hombre interior". Sin el ascetismo espiritual, nada sería el ascetismo corporal; el primero da sentido al segundo. Contrariamente a lo que pensaban ciertos solitarios, la renuncia monástica por excelencia es precisamente la guarda de los pensamientos. Porque, como se lee en uno de los *Apotegmas*, "también los filósofos ayunan y viven en castidad; sólo los monjes vigilan sus pensamientos".

Combate espiritual

Desarraigar los vicios y plantar las virtudes: he aquí, en compendio, todo el trabajo ascético del monje. Pero, antes de

abordar este tema capital, es preciso subrayar con fuerza un aspecto muy importante de esta espiritualidad; nos referimos a la idea, tantas veces repetida, según la cual la reforma de las costumbres y la purificación de los vicios no puede llevarse a cabo sin una larga y violenta lucha.

Pasar del estado *carnal* del hombre del mundo al estado *espiritual* del cristiano perfecto, implica necesariamente una guerra que los ascetas antiguos estaban seguros de desarrollar en un doble frente. Primero, tenían que combatir los hábitos inveterados del hombre viejo y destruir las pasiones desordenadas que, más o menos despiertas, anidan en el fondo del corazón humano. En segundo lugar, debían luchar contra los demonios. Efectivamente, por el pecado original, la humanidad entera se hizo esclava del Tentador por antonomasia, y, aunque Cristo nos rescató de esta funesta esclavitud y cada uno de los cristianos renuncia solemnemente a Satanás al recibir el bautismo, los demonios no cejan de hacer la guerra a Dios ni de hostigar a los hombres decididos a sacudir efectivamente el antiguo yugo.

El espíritu *(pneuma)* y la carne *(sarx)* se disputan el alma *(psyché)*, sede del libre arbitrio y de la personalidad. Don divino, el espíritu se identifica con la conciencia moral y conduce al alma a la oración y contemplación; mientras que la carne, en sí buena, pero impuesta al alma después de la caída de las esencias intelectuales —Orígenes supone la teoría de la prexistencia de las almas—, es fuente de tentaciones. Pero no se limita a esto el combate espiritual, sino que tiene dimensiones cósmicas. En efecto, además de la carne y el espíritu, se interesan por el alma dos clases de seres muy diferentes: los ángeles y los demonios. Al producirse la caída de las esencias intelectuales a causa del diferente uso de la libertad de que Dios las había dotado, unas apenas se apartaron de Dios, y se convirtieron en ángeles, mientras que otras llevaron la rebelión hasta el extremo, y se convirtieron en demonios y fueron

precipitadas en lo profundo del abismo. Entre ambos mundos, el angélico y el diabólico, se hallan las esencias intelectuales que no cayeron más allá de la tierra; se convirtieron en almas y fueron dotadas de un cuerpo humano.

Ahora bien, el alma humana puede alcanzar el estado angélico con la ayuda de Dios, y de los espíritus buenos, pero también es capaz de seguir a los malos espíritus y precipitarse con ellos en el abismo.

La guerra que los monjes deben sostener es una guerra interior, espiritual, "inmaterial", una "guerra invisible", que, por lo mismo que combate a enemigos que no se dejan ver —las pasiones y los demonios—, es la más ruda y peligrosa de todas las guerras.

Los monjes y los demonios

El arsenal de los demonios se distingue por su abundancia y diversidad. El arma que habitualmente usan son los *logismoi*, los "pensamientos", a veces buenos en sí, pero en general malos y perversos. El demonio no da la cara, se agazapa detrás de los malos impulsos que están dentro del hombre —y aún detrás de los buenos— y se sirve de ellos insidiosamente para perderle. Según nuestros maestros, es ésta su única manera de atacar a los monjes novatos. Así, apenas Antonio ha abandonado el mundo, pretenden hacerle retroceder recordándole los bienes que ha dejado, el cuidado que debe tener de su hermana, sus afectos familiares, los placeres de la vida y la dificultad de la virtud. Como se ve, estos pensamientos no son precisamente malos, y por eso resultan más temibles. Pero se sirven también los demonios de otras tentaciones realmente brutales, como pensamientos de lujuria, particularmente indicados para vencer a los jóvenes. Son los ocho *logismoi* o "vicios capitales", como los llamará Casiano.

Otras armas importantes en manos de los demonios son las visiones y alucinaciones, que suelen usar cuando fracasan los *logismoi*. El demonio se aparece bajo una de las formas engañosas que hemos mencionado arriba y otras similares. Son las tentaciones más conocidas de los anacoretas y tienen por fin excitar la lujuria, la gula, el miedo, etc. Una tercera categoría está constituida por las formas piadosas o sobrenaturales que a veces adopta el Tentador. Para poder engañar al solitario, los diablos son capaces incluso de sostener conversaciones espirituales, cantar salmos y citar la Escritura.

La armadura del monje

"Los que han de ir a la guerra —decía San Jerónimo en una plática a sus monjes—, se preparan antes con cuidado".

El soldado "mira si tiene escudo, si tiene espada, si tiene asta, si tiene flechas, si su caballo está en buenas condiciones". Para luchar conviene preparar antes la armadura. Según Filoxeno de Mabbug, era la "armadura espiritual" la única cosa que el monje debía llevar consigo al abandonar el mundo.

Muchos son los padres y escritores que han descrito, más o menos minuciosamente, la armadura espiritual. Algunos de sus elementos eran conocidos de antiguo. San Pablo hablaba del cinto de la verdad, la coraza de la justicia, el escudo de la fe, el yelmo de la salud, la espada de la palabra de Dios. En otros pasajes del Nuevo Testamento se mencionan estas armas y otras por el estilo: la oración, el ayuno y la sobriedad, la lectura y el uso de la Sagrada Escritura, la invocación del nombre de Jesús. Entre otros Padres de la Iglesia, insiste Orígenes en estas prácticas, así como también en la vigilancia constante y el cultivo de todas las virtudes. Otras armas son, según el mismo Orígenes, el apartamiento de los cuidados y distracciones del mundo, las visiones consoladoras y reconfortantes que el Señor

concede a sus atletas, y especialmente el "discernimiento de espíritus". Los monjes se sirvieron de todas estas armas, y con la experiencia del cotidiano combate, fueron completando su arsenal.

Los aliados del monje

Los monjes estaban convencidos de que su constante combatir contra el demonio no tenía por única finalidad la de salvar sus propias almas; sabían que tomaban parte en la guerra cósmica entre Dios y sus huestes, por una parte, y Satán y sus demonios, por otra. Evagrio Póntico presenta una visión grandiosa de esta guerra santa. Toda la creación dotada de intelecto se divide en tres partes: "Una está luchando; otra corre en auxilio de la que lucha; la tercera combate contra la que lucha y le hace violenta guerra. La parte que lucha son los hombres; los auxiliares son los ángeles de Dios; los adversarios, los demonios perversos. Ahora bien, no es a causa de la potencia del enemigo ni a causa de la negligencia de las tropas auxiliares, sino por culpa de la cobardía de los mismos combatientes por lo que desfallece y languidece en nosotros la contemplación de Dios". Como se ve, asoma en este texto el incoercible optimismo del monacato antiguo: si somos derrotados, es porque queremos; el enemigo no es tan fuerte como parece, y los ángeles de Dios nos ayudan poderosamente.

Otros autores prefieren una fórmula algo diferente: más que tropas aliadas de los monjes, son los santos ángeles sus compañeros de armas, puesto que abrazar la vida monástica equivale a enrolarse en las mismas legiones angélicas a fin de tomar parte en la guerra contra el imperio de Satán. Pero, al fin y al cabo, para todos los maestros, los espíritus puros que permanecieron fieles en la prueba son los modelos de los monjes

en la lucha, sus guías y consoladores, los amigos y servidores de los hombres de Dios.

Pero el monje tiene todavía un auxiliar más poderoso y excelso que los mismos ángeles: Jesucristo. Nuestros textos revelan con cierta frecuencia la íntima convicción de que Cristo luchaba por los ascetas del desierto; o mejor, luchaba con ellos y en ellos. Porque si Casiano imagina al Señor presidiendo los combates del asceta, si anima al luchador la convicción de que Cristo es su general, su rey y su emperador, sabe también el monje que está con él, que lucha por él, según aquellas entusiastas palabras de San Jerónimo a los monjes de Belén: "Jesús mismo, nuestro jefe, tiene una espada, y siempre avanza delante de nosotros, y lucha por nosotros, y vence a los adversarios". En realidad, su triunfo —dice Jerónimo— es nuestro triunfo.

El discernimiento de espíritus

Uno de los puntos más importantes, necesarios y, a la vez difíciles de la estrategia de la "guerra invisible", consiste en el arte de distinguir entre los buenos y malos espíritus, entre los amigos y los enemigos. En efecto, según enseñan nuestros maestros, los demonios, al comprobar la ineficacia de las tentaciones ordinarias y rastreras para hacer caer al monje, suelen transformarse en ángeles de luz, sea presentándosele como tales en sueños y visiones, sea —lo que ocurre con muchísima frecuencia— inspirándole pensamientos que parecen buenos, pero que en realidad conducen a la perdición. Entiéndase bien. No se trata tan sólo de un discernimiento puramente moral entre el bien y el mal, o entre lo que es bueno o malo en una determinada coyuntura y con relación a determinada persona, sino de un discernimiento espiritual propiamente dicho; de distinguir, entre los pensamientos que nos vienen, los

que proceden de Dios y los que, pese a sus apariencias de bondad y santidad, proceden del demonio.

Los monjes no inventaron la *diácrisis* o discernimiento de espíritus, cuya historia remonta muy lejos. A lo que parece, es una doctrina de origen judío; la hallamos en los escritos de Qumrán. En la espiritualidad cristiana primitiva gozó del mayor aprecio. "Ruego que vuestra caridad crezca en conocimiento y en toda discreción —escribe San Pablo—, para que sepáis discernir lo mejor". La *aísthesis* (discernimiento) aplica la *epígnosis* (ciencia de las cosas divinas) a las circunstancias concretas de la vida cristiana.

La dirección espiritual

A juicio de nuestros maestros, era normal que el monje fiel a su vocación llegara a alcanzar el don de la *diácrisis*. Los que todavía no lo poseían, no tenían más remedio que consultar sus problemas con los ancianos espirituales que ya lo habían recibido. Esto es, tenían necesidad de dirección espiritual.

Es bien sabido con qué energía los maestros del monacato primitivo hicieron hincapié en la necesidad de la dirección espiritual, de la apertura de conciencia, o mejor, de la apertura del alma, que es mucho más que la simple confesión de los pecados. En efecto, para orientar al padre espiritual y para que su dirección sea afectiva, no sólo se le deben manifestar las faltas y caídas, sino también —y ante todo— los *logismoi*, esto es, los pensamientos, las inclinaciones, las sugestiones, los impulsos interiores. No hubo doctrina más común entre los monjes antiguos. San Antonio era tan exigente en esta materia, que no dudaba en afirmar que el hermano debe declarar absolutamente todo a su "anciano"; incluso, si fuera posible, cuántos pasos ha dado y cuántas gotas de agua ha bebido. San Basilio no permite que nadie, en el cenobio, tenga escondido

"en su fuero interno ningún movimiento del alma; todos los monjes "deben descubrir los secretos de su corazón a aquellos hermanos que han recibido la misión de cuidar a los enfermos con simpatía y comprensión". Y esta declaración hay que hacerla cuanto antes mejor. Pues, cuando el *logismoi* ha repercutido en un acto externo u obtenido el consentimiento de la voluntad, la manifestación del alma llega demasiado tarde, el pecado que se quería evitar está ya cometido, y lo único que puede hacer el padre espiritual es intentar curar las llagas del alma. No; es preciso atacar el enemigo en cuanto empieza a manifestarse; hay que aplastar la cabeza de la serpiente apenas asoma, matar a los hijos de Babilonia apenas nacidos, extirpar los malos hierbajos antes de que empiecen a echar raíces.

No sólo es un privilegio, sino un estricto deber, del hombre que se retira a la soledad, el llamar a la puerta de los varones espirituales en busca de dirección. Está escrito: "Pregunta a tu padre y te lo dirá". Nuestros maestros consideraban este precepto como si se dirigiera particularmente a los monjes. Y no admitían excepción de ninguna clase. Los escritos legados por el monacato primitivo nos permiten comprobar cómo los monjes noveles sometían a la crítica de los ancianos espirituales sus prácticas ascéticas, sus planes, sus intenciones; cómo les confiaban sus caídas, sus tentaciones, las sugerencias de sus pasiones. Incluso a veces, solos o formando pequeños grupos, emprendían largos viajes a pie a fin de consultar sus problemas interiores con los padres más eminentes por su *diácrisis*. ¡Ay de aquellos que rechazaban la dirección espiritual o no eran plenamente sinceros con sus "ancianos"! Se exponían a caer en ilusiones, exageraciones y errores funestos. Ya San Antonio se veía obligado a declarar: "He visto a monjes que, después de muchos años de trabajos, cayeron y llegaron hasta la locura por haber contado con sus propias obras y no haber aceptado el mandamiento de Dios que dice: 'Interroga a tu padre y te lo enseñará'".

Los *Apotegmas de los padres* nos permiten vislumbrar cómo se realizaba en la práctica esta dirección, puesto que muchos de ellos no son otra cosa que la escueta narración de una consulta hecha a un padre espiritual. Se nos habla simplemente de una visita, de una pregunta y de una respuesta. A lo que parece, aun suponiendo que la narración abrevia, todo transcurría en pocas palabras. La austeridad de la profesión monástica, el temor a hablar inútilmente, y, sin duda, también el deseo de ser claro, de facilitar el recuerdo de la respuesta y hacerla más eficaz, el respeto que imponía un ministerio considerado como de orden superior, todo ayudaba a imponer una gran sobriedad y gravedad. Son realmente impresionantes estas consultas. Y es que, además de las razones a que acabamos de aludir, había una causa superior que excluía toda palabrería, toda chanza, toda superficialidad: la convicción profunda de que las palabras de los ancianos eran verdaderamente inspiradas, esto es, que Dios mismo hablaba por su boca. Siendo así las cosas, no se debía discutir con ellos. Los que iban a consultarles, se limitaban a recoger con inmensa reverencia sus palabras como verdaderos oráculos. A lo más, cuando éstos se revestían de formas oscuras y sibilinas, se podía pedir una explicación; pero incluso ésta se daba en estilo conciso. Sólo cuando el padre espiritual prefería responder en forma de apólogo, el discurso se alargaba un poco. Pero nunca se discutía. Si el discípulo se mostraba terco, el anciano espiritual se limitaba a pedir a Dios que tocara su corazón o a excogitar alguna estratagema para hacerle entrar en razón y volver al buen camino.

Vigilancia

Entre los grandes medios con que cuenta el monje para salir vencedor en la "guerra invisible", no se puede dejar de mencionar, al lado de la discreción de espíritus y de la dirección

espiritual, la vigilancia o, como decían los antiguos en un lenguaje más técnico, la *nepsis*. En efecto, tanto la dirección espiritual como la *diácrisis* serían perfectamente inútiles si el monje no estuviera siempre alerta, atento a los movimientos del enemigo.

El término *nepsis* pertenece al vocabulario técnico de la espiritualidad oriental. Es el nombre de acción del verbo neutro *néphein*, que significa el estado de sobriedad, por oposición al *methyein*, que designa el estado de embriaguez. De este primer sentido material pasó a adquirir una acepción más noble: "el estado de una inteligencia dueña de sí misma, prudente, ponderada, por oposición a esa especie de embriaguez mental que despoja al espíritu de su equilibrio, no importa por qué causa: la *manía*". Tanto los escritores griegos profanos como la Sagrada Escritura conocen este concepto y los vocablos que le sirven de vehículo; pero fue entre los ascetas orientales donde la doctrina de la *nepsis* conoció la fase más gloriosa de su carrera.

Esta doctrina había tomado forma entre los monjes cristianos desde los primeros tiempos. Así San Antonio opone la *nepsis* a los ataques de los demonios. San Arsenio declara que es necesaria a todo hombre que no quiere fatigarse en vano. De San Pacomio se nos dice: "Su corazón era tan vigilante como una puerta de bronce contra los ladrones". Los textos son muy abundantes.

El papel de la *nepsis*, llamada también "atención", "guarda del corazón" y "guarda del espíritu", consiste en dirigir la defensiva, y su especialidad, en vigilar las posibles sorpresas; gracias a ella, el espíritu puede repeler al adversario desde que intenta aproximarse. Cuando Porcario, abad de Lérins, aconsejaba: "Observa siempre la cabeza de la antigua serpiente, esto es, los inicios de los pensamientos", formulaba uno de los principios básicos de la espiritualidad del monacato primitivo. La "cabeza de la serpiente" aparece en otros textos para ilustrar una doctrina constante. Ahora bien, este principio de estrategia

espiritual implica, evidentemente, una atención aguda y eficiente, una vigilancia sin distracciones ni olvidos. Por usar una imagen que Evagrio toma de la Escritura, es preciso montar la guardia en la puerta del corazón y preguntar, como Josué, a cada uno de los pensamientos que se presentan: "¿Eres de los nuestros o de los enemigos?". Y no franquearle la entrada sin estar bien seguros de su identidad.

La técnica de los "logismoi"

"Todo el combate del hombre tiene lugar en los *logismoi*", dice literalmente "Macario". Y por su boca habla toda la tradición espiritual cristiana, empezando por el evangelio de San Mateo, con su rotunda afirmación: "La fuente y el principio de todo pecado son los malos *logismoi*", según fue tomado por Orígenes.

Los *logismoi*, esto es, los "pensamientos", los "impulsos", las "pasiones", los "vicios" —tales son las principales acepciones que puede revestir este término, que tantas veces aparece en la literatura monástica antigua—, constituyen, como se ve, una hueste al mismo tiempo doméstica y enemiga, con la que el monje debe luchar a brazo partido. Ahora bien, el combate espiritual requiere una estrategia, un arte. Nuestros maestros nos advierten que no hay que entrar en liza a tontas y a locas, sino "con conciencia". Hemos de conocer bien al adversario y su arte de guerrear, cómo poder defendernos de sus acometidas, cuáles son sus puntos flacos por los que hay que atacarle para vencerle. Dada su importancia, los *logismoi* ocuparon, más que cualquier otra cosa, a los monjes antiguos, muy particularmente a los "psicólogos del desierto", como Evagrio Póntico, Macario y Casiano, por no citar sino a los principales.

Hablar de monjes psicólogos o de los psicólogos del desierto —lo ha notado I. Hausherr con razón— no es ningún anacronis-

mo ni exageración. Basta abrir sus obras para darse cuenta enseguida de que, pese al poco aprecio que sentían por la "ciencia simple" —adquirida y puramente humana—, nuestros maestros cultivaron la psicología experimental y aun el psicoanálisis, no considerándolos, claro es, como un fin, sino como meros auxiliares de la discreción de espíritus. Para ellos como para todos los monjes en general, la *diácrisis* era, en sus grados superiores, un carisma, un don de Dios; pero no por eso se sentían dispensados de servirse, en el combate espiritual, de las facultades y recursos naturales, y se entregaron con minucioso interés al estudio, la disección del misterioso corazón humano. Para ello, hay que reconocerlo, estaban excepcionalmente bien situados, ya que les rodeaban —lo acabamos de apuntar— numerosos hombres interesados en conocerse a sí mismo; y no es de admirar que hicieran notables progresos en sus análisis. Así, estos psicólogos del desierto conocen perfectamente lo que nosotros llamamos el subconciente, como lo demuestra, por ejemplo, esta frase atribuida a Evagrio: "Muchas pasiones están escondidas en nuestra alma y escapan a la atención; cuando sobreviene la tentación, las pone de manifiesto". Enseñan también que, al aflorar a la superficie de la conciencia una sugestión, hay que descomponerla en sus diversos elementos, en orden a no perder la cabeza viendo el mal en donde no existe. Distinguen las zonas psíquicas: humana o animal, racional o afectiva. Recomiendan que se examine si la causa de una determinada reacción psíquica es de orden físico y externo, o de orden moral e interno. Bastaría expresar en términos de la moderna psicología estas y otras observaciones parecidas de los maestros del monacato primitivo, para que parecieran dignas de la mayor atención. De este modo, a base de análisis y síntesis, de *diácrisis* y psicología experimental, los psicólogos del desierto llegaron a poseer un profundo conocimiento de la persona humana.

Tal vez el éxito más admirable y definitivo de su estudio lo obtuvieron en este campo de los oscuros impulsos y tendencias del alma, a través de los cuales se insinúa el pecado, que ellos designaban comúnmente por el término *logismoi*, o *cogitationes*. Es cierto que anteriormente, en particular con el gran Orígenes, había progresado bastante la investigación de las pasiones; con todo, fueron los escritores monásticos de la antigüedad los que nos dieron una "técnica de los *logismoi*", clasificándolos, determinando sus orígenes y características, excogitando el método más apto para combatirlos.

El principal mérito corresponde a Evagrio Póntico; Casiano y los otros tratadistas se limitan casi a seguir sus huellas. Con admirable penetración psicológica, llegó Evagrio a esta conclusión: los centenares de "sugestiones", que conoce y enumera, se reducen, en fin de cuentas, a los ocho célebres *logismoi*, que Casiano llamará los "ocho vicios principales" o "capitales". He aquí su enumeración según Evagrio:

> "Ocho son en total los pensamientos genéricos que comprenden todos los pensamientos: el primero es el de glotonería *(gastrimargía)*; después viene el de la fornicación *(porneía)*; el tercero es el de la avaricia *(phylargyría)*; el cuarto, el de la tristeza *(lypé)*; el quinto, el de la cólera *(orgé)*; el sexto, el de la acedía *(akedía)*; el séptimo, el de la vanagloria *(kenodoxía)*; el octavo, el del orgullo *(hyperephanía)*".

Al mencionar en primer lugar las pasiones más corporales, Evagrio Póntico reconocía el origen somático de los dos vicios de la glotonería y la lujuria, que no son más que desviaciones de los dos instintos primordiales de la conservación de la persona y la conservación de la especie. Notemos además que, si bien no lo diga explícitamente, reparte de hecho, sus ocho *logismoi*, según los dos grandes principios de las pasiones: los tres primeros pertenecen al apetito concupiscible *(epithymía)*, y los cinco últimos, al apetito irascible *(thymós)*.

Casiano, por su parte, en una primera distinción agrupa los ocho vicios capitales teniendo en cuenta su modo de eficacia, resultando que unos tienen necesidad de la participación del cuerpo para desarrollarse, mientras que otros reciben su impulso de una causa exterior o interior. De esto se sigue que los diferentes vicios reclaman distinta terapéutica. Sería, en efecto, grave error aplicar a los vicios carnales remedios puramente espirituales. Para domeñar la lujuria, por ejemplo, hay que echar mano de prácticas del ascetismo corporal, especialmente de ayunos y velas nocturnas.

Otra distinción verdaderamente interesante es la que agrupa los vicios según su mutua afinidad y dependencia. De este modo, se dividen en dos categorías, formando la primera los seis primeros, y la segunda, los dos últimos. "La glotonería, la lujuria, la avaricia, la cólera, la tristeza y la acedía están ligadas entre sí por una suerte de parentesco", forman una especie de cadena, "de manera que la exhuberancia del (vicio) anterior se convierte en principio del siguiente". Así, el desbordamiento de la glotonería produce naturalmente la lujuria; la lujuria, la avaricia; la avaricia, la cólera, y así sucesivamente. Lo mismo sucede con la vanagloria y el orgullo: el exceso de la primera enciende la llama del segundo. De esta concatenación de los *logismoi* se sigue una consecuencia práctica; conviene emplear contra todos ellos una misma táctica, que consiste en empezar por el precedente la lucha contra el siguiente. Es un método lógico y eficaz.

Los *logismoi* o vicios capitales constituyen, como ya queda dicho, las armas que de ordinario usan los demonios para atacar a los solitarios. Con el propósito de hacerlos caer en el pecado de glotonería, les hacen creer que se pondrán irremisiblemente enfermos si prosiguen ayunando; para hacerlos caer en el vicio del orgullo, procuran persuadirlos de que, si progresan en la virtud, es gracias a su solo esfuerzo, etc. Tras los *logismoi* están, pues, los demonios. De ahí a pensar que cada vicio tiene su

propio demonio había sólo un paso, y los monjes lo dieron. Por lo demás, no inventaban nada nuevo. Esta doctrina es muy antigua; tal vez procede del judaísmo y, ciertamente, se halla en documentos judeo-cristianos. De todos modos, Evagrio Póntico, habla del "demonio de la gula", del "demonio de la lujuria", del "demonio de la avaricia", etc.; raras veces sustituye el vocablo "demonio" por "espíritu". Casiano, por el contrario, prefiere hablar de espíritus, no de demonios. Esta especialización confiere una personalidad a cada uno de los vicios. Así, unos son "pesados" y otros "ligeros", unos "asiduos" y otros "rápidos". Es de suma importancia que el monje sepa distinguirlos bien y conozca el orden en que se suceden unos a otros cuando atacan. En efecto, no todos acometen al mismo tiempo, sino sucesivamente y siguiendo un orden riguroso. Los recién llegados siempre son peores que los que les precedieron. De este modo, como se ve, la lucha contra los ocho *logismoi* se convierte en un combate contra los espíritus o demonios que los gobiernan y, en cierto modo, encarnan.

Los "demonios" de los monjes antiguos no atenúan la profundidad de sus ideas psicológicas, antes bien las acentúan. En efecto, tras los elementos psíquicos, aun tras los imponderables, existe una serie de fuerzas oscuras y terribles a través de las cuales se insinúa el pecado. No es pues, de maravillar, que creyeran que un demonio especializado estuviera al frente de cada uno de los vicios. El demonio es siempre el Enemigo por antonomasia. Por otra parte, no era para ellos, en modo alguno, un *daemon ex machina* cuyas intervenciones les eximían de reflexionar e investigar. Lejos de ellos, espiaron y descubrieron sus procedimientos, sus afinidades, sus incompatibilidades, sus interferencias. Construyeron, en una palabra —lo hemos visto—, una verdadera ciencia teológico-psicológica de los ocho *logismoi*, que ha llegado a ser clásica en la moral y la espiritualidad cristianas.

Luchar contra vicios y demonios es sólo una parte del combate espiritual. No basta seguir las reglas de la estrategia defensiva. La ascesis del monje, como toda ascesis cristiana, es una ascesis de conquista. "Guardarse de la fétida suciedad de las faltas graves, que el Señor abomina, no es suficiente si no se adquiere, por la pureza de corazón y la perfección de la caridad enseñada por el Apóstol, el buen olor de las virtudes, que hace sus delicias". La adquisición y la práctica de las virtudes es uno de los elementos esenciales de la perfección monástica. Por ellas el hombre es restaurado en su condición primitiva, original, y dispuesto para la gloria eterna del cielo. Claro que vencer perfectamente la *epithymía* (apetito concupiscible) con su triple hueste, formada por la glotonería, la fornicación y la avaricia, o amor al dinero, equivale a adquirir la *sophrosyne* (término cuyo contenido desborda el de nuestra "castidad"); y domeñar las pasiones del *thymós* (apetito irascible), esto es, la tristeza, la acedía, la ira, la vanagloria y el orgullo, conduce automáticamente a la posesión de la *praotes*, es decir, la dulzura o mansedumbre, que los antiguos concebían como la culminación de la lucha espiritual. Pero también lo contrario es cierto y, con seguridad, más recomendable a los ojos de los monjes antiguos. Excelente medio de combatir un vicio es ejercitarse en la *virtud contraria* hasta adquirirla por completo. En realidad, el famoso método ignaciano del *agere contra* era conocido y recomendado por los primeros maestros del monacato. Así, por ejemplo, lo enseña Filoxeno de Mabbug en una lista de pasiones que complican enormemente la clásica sobriedad de los ocho *logismoi* evagrianos, pero que es también muy reveladora del fuerte *espíritu de contradicción* a las tendencias pecaminosas o juzgadas simplemente como contrarias a la vida ascética, que, según nuestros maestros, debían animar a los atletas del desierto:

"preparemos contra cada una de las pasiones el remedio que le es contrario: contra la duda, la fe; contra el error, la verdad; contra la sospecha, la certidumbre; contra la doblez, la simplicidad; contra el engaño, la sinceridad; contra la opacidad, la nitidez; contra la dureza, la dulzura; contra la crueldad, la benignidad; contra el deseo corporal, el deseo espiritual; contra el placer, el sufrimiento; contra la alegría del mundo, la alegría de Cristo; contra las canciones profanas, los cánticos espirituales; contra los chistes, los gemidos y el llanto; contra la intemperancia, el ayuno; contra las bebidas embriagadoras, la sed de discreción; contra el ocio, el trabajo; contra las delicias, la austeridad; contra el placer carnal, el placer de los pensamientos espirituales...".

Los escritores monásticos de la antigüedad tratan largamente de las virtudes, que constituyen, según su manera de considerar la vida espiritual, la parte positiva de la "ciencia práctica". Las analizaron concienzudamente, las clasificaron, estudiaron los medios más conducentes a su adquisición.

Como entre los escritores cristianos en general, también entre ellos tuvo común aceptación la teoría platónica y estoica de la unicidad de la virtud. "La virtud" es, para ellos, sinónimo de perfección. Gregorio de Nisa defiende, como Platón, que no hay virtudes individuales en el hombre, sino tan solo una virtud; las diversas virtudes que nosotros solemos distinguir, no son sino los eslabones de una sola y misma cadena. Como hemos visto que sucedía con los vicios, las virtudes dependen una de otra. La misma idea de la cadena —una "cadena espiritual"— se halla en Macario: "La oración depende de la caridad; la caridad, del gozo; el gozo de la mansedumbre; la mansedumbre, de la humildad; la humildad, de la disponibilidad; la disponibilidad, de la esperanza; la esperanza, de la fe; la fe, de la obediencia; la obediencia, de la simplicidad".

En la carta a Anatolio que sirve de prefacio al *Practicós*, con el rigor conherente tan característico de su pensamiento, establece Evagrio la gradación y génesis de las virtudes: la fe es fortalecida por el temor de Dios, y éste a su vez, por la

abstinencia; ésta se hace flexible gracias a la perseverancia y a la esperanza, de las cuales nace la impasibilidad *(apátheia),* que tiene por hija la caridad; y la caridad es la puerta de la gnosis natural, a la que suceden la teología y, al término, la bienaventuranza. En Casiano hallamos una lista parecida.

No fueron los monjes formados en la "filosofía exterior" los únicos que trataron de la unicidad de la virtud y de la "cadena espiritual", San Ammonas habla repetidamente de la relación de causalidad que existe entre las diversas virtudes. Así, enseña a sus discípulos: "La soledad engendra la ascesis y las lágrimas; las lágrimas engendran el temor; el temor engendra la humildad y la previsión; la previsión engendra la caridad; la caridad hace al alma sana e impasible. Entonces el hombre comprende que no está lejos de Dios". Y en otro lugar, modificando un poco el orden: El temor engendra las lágrimas, y las lágrimas la alegría; la alegría engendra la fuerza y, por ésta, el alma fructificará en todo".

En la literatura monástica primitiva no faltan, como se ve, listas de virtudes. Sin embargo, sería inútil buscar en ella un catálogo completo, metódico y esencialmente invariable de las virtudes, paralelo al tratado de los vicios. Ni en Evagrio Póntico, siempre tan sistemático, ni en Casiano, más completo, se halla nada parecido. A primera vista, nos sorprende no poco. ¿Acaso no hay también una lógica, una psicología, una táctica de las virtudes? A esta pregunta, nuestros maestros, con toda probabilidad, hubieran contestado negativamente. En efecto, para ellos, "la virtud" –la perfección– es un don de Dios, una gracia que Dios concede libérrimamente a quien le parece y como le parece. Y tenían razón. Pues creer que el hombre, gracias a un esfuerzo metódico y perseverante, puede llegar a la perfección sobrenatural, sería caer en el error de Pelagio. Dios llama y conduce a la santidad; no incumbe al hombre señalarle los caminos. Cuando se trata de los vicios, el esfuerzo humano puede cooperar con la gracia divina en el plano psicológico;

tratándose de las virtudes, esto es, de aproximarse a Dios, la perspectiva cambia por completo.

Todas las virtudes, como es lógico, fueron recomendadas y practicadas por los monjes antiguos y sus maestros; en primer lugar, las que se refieren directamente a Dios: la fe, la esperanza, la caridad. Pero hicieron hincapié en algunas que consideraban más fundamentales o más propias de su estado: la *discreción,* la *humildad.* la *obediencia,* la *mansedumbre.*

La "discreción"

"Discreción", en el lenguaje de los padres de la vida monástica, equivale a "sentido de lo real". Es una virtud que modera por igual los excesos de la presunción y los defectos de la pusilanimidad. Con todo, en aquellos tiempos, más debía atenderse a frenar los excesos del celo por las austeridades corporales que a estimular la generosidad de ciertos monjes remolones. A uno de los padres del yermo, Poimén, se le atribuye esta admirable sentencia: "Todo lo que excede la medida pertenece al demonio"; Poimén se creía obligado a insistir en este punto, porque, según decía, "muchos de nuestros padres fueron fuertes en el ascetismo, pero en la sutileza (de la discreción), sólo alguno que otro".

Hay que añadir enseguida que por "discreción", entiende, sobre todo, el "discernimiento de espíritus"; pero también la considera como *moderationis generatrix* (madre de la moderación) y la opone al *vitium nimietatis* (vicio de la desmesura). Tomándola en ambos sentidos, le otorga el título de "fuente y raíz de todas las virtudes". Su papel consiste en mantener al monje a igual distancia de los excesos, guiarle por el camino real, sin permitirle desviarse ni a la derecha ni a la izquierda. La colección sistemática latina de *Apotegmas* contiene todo un *libellus* de 115 números titulado *De la discreción,* en el que se

pueden hallar multitud de ejemplos de dicha virtud en ambos sentidos del vocablo.

La discreción acabó por imponerse, al menos entre los mejores. En efecto, conocemos numerosos casos de monjes santos que, movidos por la discreción, prescinden a veces de reglas y costumbres bien establecidas y consideradas por muchos como intangibles y sacrosantas. De ordinario es el servicio y el amor del prójimo la ocasión inmediata. El ayuno y el silencio, por ejemplo, son prácticas muy recomendables y recomendadas de la vida ascética, pero, comer y hablar pueden ser a veces manifestaciones de la caridad, y, por lo consiguiente, mucho más importante que las reglas que se infringen. Por eso, un anciano podía decir: "Este parece que guarda el silencio, pero habla sin cesar, puesto que su corazón juzga a los demás; aquél habla de la mañana a la noche, y no falta al silencio, puesto que nada dice que no sea provechoso a los demás". Los textos monásticos abundan en parecidas anécdotas: Un hermano fue a visitar a un ermitaño, y al despedirse le dijo: "Perdóname, padre, por haberte privado de seguir la regla". El anacoreta respondió: "Mi regla es acogerte con hospitalidad y ponerte de nuevo en tu camino con paz". Nuestros monjes no eran, en modo alguno, ni formalistas ni escrupulosos. No se hacían esclavos de las reglas y costumbres, y se ha notado que esta enfermedad psíquica tan penosa que son los escrúpulos apenas aparece, o tal vez no aparece absolutamente, en los textos espirituales o teóricos del monacato primitivo. Los verdaderos monjes gozan de la libertad de los hijos de Dios; son humanos, muy humanos. La discreción en último análisis, los libra de toda estrechez moral, de toda cautividad psíquica, y los mantiene en el reino de la libertad interior.

9x21x5=1095
60% x 1/100

La humildad

Otra virtud muy recomendada y alabada es la "Humildad". *Apa* Or la llamaba "la corona del monje"; *apa* Juan Colobós, "la puerta de Dios"; *apa* Poimén, "el terreno donde Dios ordenó ofrecer el sacrificio". Para San Pacomio era "la grande y santa fuerza de la que Dios se revistió al venir a este mundo", "el baluarte de las virtudes", "la medicina de todas las llagas". En los cenobios y eremitorios de la antigüedad se contaban infinidad de anécdotas con el fin de inculcar el aprecio de la humildad. San Antonio —se nos dice, por ejemplo— vio las innumerables trampas que los demonios tendieron sobre la ancha tierra, y no pudo menos de exclamar: "¿Quién podrá librarme? ". Una voz le respondió: "La humildad".

Una de las múltiples manifestaciones de la humildad de los verdaderos monjes era su horror de la fama. Nada temían tanto como ser conocidos y estimados. Han subsistido abundantes testimonios de las repetidas huídas que emprendían los santos del desierto ante las muestras de veneración que se les tributaba. Algunos, como San Antonio y San Pacomio, no quisieron que se supiera el lugar de su sepultura a fin de evitar honores póstumos. Otra prueba de humildad es el cuidado exquisito que ponían en no juzgar a nadie. Sobre este punto existen abundantes exhortaciones y avisos en nuestra literatura. He aquí un hecho parabólico particularmente significativo. En una asamblea monástica que deliberaba acerca de un hermano que había pecado, uno de los asistentes se levantó, salió y regresó poco después con un saco de arena a la espalda y un cesto, lleno también de arena, en la mano, diciendo: "¡Así quitamos de nuestra vista la multitud de nuestros pecados y juzgamos las pocas faltas de nuestros hermanos! ". Otro padre del yermo enunció la misma verdad con estas palabras: "Quien acepta sus pecados, no ve los de los demás".

I29 : 558
Dr. 502

La obediencia

Dijo *apa* Hiperiquio: "El servicio del monje es la obediencia. Quien la posee verá cumplidas sus peticiones y estará junto al Crucificado con una fe llena de confianza". Los primeros padres del yermo comprendieron por experiencia que sin abnegación no puede haber verdadera sumisión a la voluntad de Dios ni es posible adquirir las auténticas virtudes, y que la abnegación consiste esencialmente en la renuncia a la propia voluntad, ese "muro de bonnce" que separa al hombre de Dios, según la expresión de Poimén. No es lo mismo la obediencia del anacoreta que la del cenobita. Cierto que los anacoretas debían obedecer y obedecían a sus "ancianos", a sus propios padres espirituales.

La obediencia, entre los anacoretas, está enteramente orientada a promover el progreso espiritual del monje por la renuncia a la propia voluntad y al propio juicio. Se trata, según la terminología de H. Bacht, de una "obediencia ascética". Por eso, como en el caso de hacer regar a Juan de Licópolis un palo seco y podrido dos veces al día con agua que tenía que ir a buscar a dos millas de distancia, los "ancianos" piensan que la obediencia es tanto más eficaz y meritoria cuanto más contraria a la razón parece la orden que se pone por obra. Ahora bien, una vez obtenido el fin deseado, esto es, la práctica de la propia abnegación, el anacoreta deja de obedecer a un superior y, de ordinario, él mismo se convierte en "anciano". Paralela a la del hijo respecto al padre, la obediencia, entre los ermitaños, evoluciona en el sentido de una emancipación progresiva hasta que ésta llega a ser completa.

Entre los cenobitas, en cambio; tiene la obediencia un carácter marcadamente social; está al servicio del ideal y de las necesidades de la perfecta comunidad; es el principio fundamental del orden y de la plena cohesión de la colectividad monástica. Esto exige, entre otras cosas, que el superior no se

deje llevar de la fantasía o el capricho, antes bien que ordene cosas razonables, convenientes y oportunas, no sólo teniendo presente el bien del monje a quien se dirigen sus órdenes, sino también, y en primer lugar, el bien de todo el monasterio. Sin embargo, claro está, este aspecto "social" de la obediencia cenobítica no excluye el aspecto ascético. Como el eremita, el cenobita obedece por motivos sobrenaturales: para ofrecer a Dios el sacrificio de su propia voluntad, para abnegarse a sí mismo y seguir al Señor con la cruz a cuestas. Y obedece mucho más tiempo, pues su obediencia, como su vida en el seno de la comunidad, al menos según San Pacomio y San Basilio, no termina sino con la muerte. Así es como, escribe Casiano, sometiéndose a su abad "hasta el fin" puede "imitar de algún modo a aquél de quien se ha dicho: 'Se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte', y merecer decir humildemente con sus mismas palabras: 'No vine a hacer mi voluntad, sino la de aquél que me envió'".

La mansedumbre

Otra virtud que gozaba de excepcional estimación entre los monjes antiguos, particularmente entre los más entusiastas de la contemplación, era la *"mansedumbre" (praotes).* Evagrio Póntico la considera como la verdadera madre de la gnosis, como la única condición para alcanzarla. Tal predilección sorprende un poco a primera vista, pero se explica fácilmente teniendo en cuenta la teoría de las pasiones que privaba entre los monjes antiguos. Según esta doctrina, las pasiones de la *epithymía* (apetito concupiscible) son inferiores a las del *thymós* (apetito irascible); por eso, la *praotes* o mansedumbre tiene mucha más prestancia que la castidad de orden superior que es la *sophrosyne,* puesto que la supone como ya adquirida y de algún modo la corona. Poseer la virtud de la mansedumbre, en efecto,

implica necesariamente haber vencido todas las pasiones. Así, la *praotes* constituye la cima del combate espiritual, la virtud por excelencia del *practicós* consumado.

Cierto que esta doctrina se apoya en la psicología tripartita; pero Evagrio halló en la Sagrada Escritura, entre otros pasajes que la favorece, un texto muy hermoso en el que la fundamentó. La Biblia presenta a Moisés como "hombre mansísimo, más que cuantos hubiese sobre la haz de la tierra"; y a continuación aduce este oráculo divino: "Si uno de vosotros profetizara, yo me revelaría a él en visión y le hablaría en sueños. No así a mi siervo Moisés, que es en toda mi casa el hombre de confianza. Cara a cara hablo con él y a las claras, no por figuras; y él contempla el semblante de Yahve". Evagrio, aludiendo a este texto, subraya repetidas veces, en apoyo de su mística intelectualista, que la Escritura hubiera podido alabar otras virtudes excelentes de Moisés, y, con todo, se limita a poner de relieve su extraordinaria mansedumbre. Así, pues, al igual que Moisés, el monje que ha logrado poseer la mansedumbre está preparado para recibir el don de la contemplación; domina todas las pasiones, ha triunfado en la lucha con los demonios, ha escalado la cumbre de la vida ascética.

El ascetismo como martirio y liturgia

Aquí termina la etapa propiamente ascética de la ascensión espiritual. Es una etapa —la hemos visto— dura, ardua, penosa, imprescindible. Los maestros de la espiritualidad del monacato han explicado esta necesidad de diversos modos, pero todos coinciden en subrayarla. Hay que sufrir y hacerse violencia para llegar a ser verdaderamente monje. Es preciso ejercitarse en el ascetismo corporal y espiritual, trabajar duramente, vivir en la soledad, observar el silencio, ayunar, pasar en vela largas horas de la noche, soportar la pobreza y desnudez, guardar castidad

perfecta, luchar denodadamente contra las pasiones y los demonios, humillarse, obedecer, esforzarse por conquistar todas las virtudes... Es un programa largo, penoso, fatigoso, agotador. Es el "martirio espiritual" de que hablan los padres, el "segundo martirio", el "martirio de nuestra conciencia".

Los verdaderos monjes —tal es la doctrina común— sufren con Cristo el suplicio de la cruz crucificando su propia carne y su propia voluntad y muriendo a todas las cosas de este mundo. A la pregunta: "¿Quién podrá llegar al término del arduo camino de la vida monástica?," Filoxeno de Mabbug responde: "No se puede llegar sin más que por la muerte, pues nuestro Señor ha decretado la muerte de cruz para el que marcha por este camino".

Esta muerte mística explica por qué los monjes antiguos no cultivaron especialmente la liturgia. Los textos relativos a este punto son claros y relativamente abundantes. Los padres de la vida monástica consideraron que la gracia se comunicaba a los monjes no sólo a través de su profesión, de su ascetismo, de su continua mortificación; del mismo modo que los mártires la recibían a través de la muerte sufrida por Cristo. De ahí que la vida monástica, y luego más concretamente la profesión, fuera llamada un "segundo bautismo". Su mística crucifixión con el Señor, su martirio incruento, vino a ser, por así decirlo, el sacramento peculiar del monje. Más aún, el holocausto de la propia persona en toda su integridad, fundamental en la vida monástica, constituye para los antiguos una consagración a Dios, un sacrificio, una liturgia. Según esta mentalidad, los solitarios, presentes en el corazón mismo de la Iglesia pese a su separación física de la comunidad humana, ejercen un sacerdocio espiritual. Es éste uno de los temas más arcaicos del monacato. "¿A qué templo puede ir el hombre espiritual, cuando él mismo es el templo de Dios?." San Efrén había escrito, mucho antes, de los solitarios: "Sus cuerpos son templos del Espíritu; sus almas, una iglesia; su oración, un

incensario puro". Y en otro pasaje: "En vez del edificio de la iglesia, se hicieron a sí mismos templos del Espíritu Santo, sus mentes sirven de altares, y sus oraciones son ofrecidas a Dios en lugar de sacrificios".

Vida Nueva

Los monjes buscaban el paraíso perdido. Se esforzaban denodadamente por recobrar el "estado natural" en que el hombre fue creado. Ambicionaban la plenitud de los dones de que gozaba Adán antes del pecado: su amistad familiar con Dios, la compañía de los ángeles, su dominio sobre todas sus potencias y facultades, y sobre la creación entera, de la que había sido constituido rey. Todo se había perdido con el pecado. Pero Cristo había rescatado al hombre y restaurado la humana naturaleza de un modo todavía más admirable que su primera creación, y los monjes tenían fe en que, mediante la ascesis cristiana, podían recobrar lo que Adán había perdido y aún adquirir mucho más, esto es, los maravillosos dones con que Cristo, el nuevo Adán, había redoblado la primera dotación, ya tan espléndida, del hombre.

La experiencia de los padres había mostrado a los monjes que, si lograban alcanzar cierta altura en la penosa ascensión espiritual, comenzaba para ellos una nueva vida; una vida que presentaba muchas analogías con la vida paradisíaca, o, si se prefiere, con la del "segundo paraíso", el paraíso definitivo del cielo, que nos ha sido prometido. Para los que alcanzaban esta primera meta, esto es, los que lograban vencer las pasiones y los demonios, hacer florecer en sí mismos todas las virtudes y unificar todas sus facultades, la dificultad se convertía en facilidad, la ignorancia en sabiduría, el temor en amor, las lágrimas de arrepentimiento en lágrimas de agradecimiento y gozo. Para los tales, el paraíso comienza ya de algún modo en

este mundo, "como si ya estuvieran en el reino de los cielos, con una felicidad inefable".

Muchas veces han descrito los autores pertenecientes al monacato primitivo el maravilloso cambio que tiene lugar en la vida espiritual de quien logra coronar las cimas de la *practiké*, pero tal vez ninguno lo ha hecho con tanto vigor, convicción y poesía como Filoxeno de Mabbug, el gran escritor sirio refiriéndose directamente al paso de lo que él llama la "regla de la ley", o "regla del mundo corporal", a la "regla de la nueva alianza", "regla del Espíritu", o "regla espiritual", paso que se verifica cuando el cristiano deja al mundo para abrazar la vida monástica. Sin embargo, el monje no percibe real y plenamente las maravillas de que habla el autor sirio hasta que se ha purificado de sus vicios, al término de un largo período de vigoroso y esforzado ascetismo. El mismo Filoxeno, por lo demás, lo da a entender claramente cuando escribe que "salir del mundo" no significa salir de él ostensiblemente, sino dejarlo, a él y a su "regla", tanto mediante actos internos como en las acciones externas, y llegar a ser enteramente extraño incluso a su recuerdo.

"Apátheia"

Entre los dones que Adán perdió por el pecado, nuestros monjes ambicionaban recobrar muy particularmente los de la *apátheia* y la *gnosis*. En primer lugar, la *apátheia,* don previo y necesario, según su estimación, para obtener el segundo.

No es fácil precisar el concepto de *apátheia*. Este vocablo presenta una infinidad de matices en los numerosos escritores cristianos que los usan, de tal manera que es prácticamente imposible dar de él una explicación unívoca que los abarque todos. Digamos, ante todo, lo que no es. A.J. Festugière la considera como el rasgo característico de esa espiritualidad que,

según él, desarrollaron, al margen del Evangelio, escritores y maestros como Clemente de Alejandría, Orígenes, Gregorio de Nisa, Evagrio Póntico, el Pseudo Dionisio Areopagita y otros de menor cuantía. Pero una cosa son los vocablos y otra su significación, y cada día resulta más claro que la espiritualidad cristiana de la antigüedad se sirve de gran número de voces platónicas, estoicas y plotinianas para expresar conceptos perfectamente cristianos. Así, es cierto que todos los autores de algún modo afiliados al platonismo coinciden en hacer de la *apátheia* el objeto de la virtud y en considerar la *cathársis*, o purificación, el medio para llegar a ella. Evagrio, ciertamente el autor del desierto que más ensalzó la *apátheia*, enseña expresamente que "va acompañada de humildad y de compunción, de lágrimas, de un inmenso deseo de Dios". Y en otro lugar dice claramente que el verdadero monje, lejos de sentir indiferencia hacia los otros hombres, se alegra de su felicidad. "Bienaventurado el monje que mira con alegría la prosperidad y progreso de todos los hombres como si fueran propios". ¿Dónde está, pues, la famosa insensibilidad? . Nada más lejos de nuestros maestros que pretender insensibilizar al hombre y destruir el corazón y lo que hay en él de más humano.

Apátheia tampoco significa, en los escritores monásticos ortodoxos, "impecabilidad", sentido que le atribuían los euquitas y pelagianos. Pelagio, en efecto, la define como un estado que confiere al alma, al menos de hecho, la posibilidad de no pecar más. Y, efectivamente, la total suspensión de las pasiones y la ausencia de pecado están muy relacionadas entre sí, ya que el pecado es hijo del deseo. Pero esta doctrina fue duramente combatida por San Jerónimo y San Agustín; y Casiano a pesar de conocer muy bien el concepto a fuer de discípulo de Evagrio, no se sirve jamás de la voz *apátheia*, en toda su obra literaria, con la evidente intención de evitar cualquier equívoco.

Descartadas estas falsas explicaciones, intentemos poner en claro este concepto. Según la doctrina origenista, el *nous* era

ontológicamente *isággelos* (igual a los ángeles) en el principio, lo que equivale a decir que no existía el estado humano propiamente dicho. Esto, evidentemente, es erróneo. Pero, antes de la desobediencia, la unión de la materia y del espíritu no imponía a Adán las condiciones de la materia, sino que el cuerpo servía dócilmente al alma. Adán era *apátheia* del hombre, y éste, arrojado del paraíso, fue en adelante víctima de sus pasiones. Pero vino el Cristo *apathés*, como lo llaman los Padres, libre de toda debilidad emocional, para hacer partícipes de este don a los hombres. El mismo Señor, es, pues, la verdadera fuente de la *apátheia* cristiana. El alma *apathés* se convierte en esposa de Cristo, quien la conduce al "gozo de la *apátheia*".

El pensamiento de Evagrio Póntico sobre la *apátheia* ha sido objeto de un reciente, breve y sustancioso estudio de A. Guillaumont. La *apátheia* constituye "la noción central" de la doctrina ascética del filósofo del desierto, quien introdujo el término y el concepto en la literatura monástica. Es, según él, "la salud del alma", y se alcanza más precisamente cuando las tres partes constitutivas de la misma —según la teoría platónica, que Evagrio, como tantos otros, acepta plenamente— son curadas y obra cada una según su propia naturaleza. En realidad, lo que hay que devolver a la salud para llegar a la *apátheia* son la parte irascible y la parte concupiscible, donde residen las pasiones, que, conforme a la doctrina estoica, son las enfermedades del alma. Una vez realizada la purificación, la parte racional del alma, esto es, el *nous* o esencia del ser razonable, ya no se halla "oscurecida" por los pensamientos originados por las pasiones y puede ejercer libremente su función natural, que es la de conocer. *Apátheia* y estado virtuoso son una misma cosa, pues la virtud también puede llamarse la salud del alma. En cada una de las partes de ésta reinan entonces las virtudes correspondientes: la prudencia, la inteligencia y la sabiduría, en la parte racional; la continencia, la abstinencia y la caridad en la concupiscible; el coraje y la perseverancia, en la irascible; la

justicia, en el alma entera. No es, pues, la *apátheia* algo meramente negativo: engendra la caridad y constituye el requisito esencial para la contemplación. Como se ve, Evagrio Póntico no quiere hacer del hombre ni una piedra ni un dios. Su objetivo no es insensibilizarlo y deshumanizarlo, sino procurarle la perfecta libertad; la comunión con Dios por la contemplación. Los signos de que se posee la *apátheia* son la oración sin distracciones, la paz del alma, el apaciguamiento de las capas profundas de la conciencia, que se manifiesta especialmente en la calma de que se disfruta incluso durante el sueño, y la capacidad de juzgarse objetivamente. Aunque no puedan considerarse como infalibles, estos indicios constituyen, en conjunto, un criterio precioso.

Tal vez bajo la influencia de Evagrio, y, en general, del pensamiento alejandrino, los padres del yermo conocieron la doctrina e incluso el nombre de la *apátheia*, como lo atestiguan, por ejemplo, la *Historia lausiaca*, de Paladio, y, con mayor fundamento, las colecciones de *Apotegmas de los padres*, tiene manifestaciones asimismo muy rudas. A los ascetas llegados a esta cumbre de la vida espiritual, nada les inquietaba, ni agitaba, ni espantaba, ni turbaba en lo más mínimo.

Isaías de Gaza —o de Escete—, por citar todavía otro testigo de la tradición monástica, concibe la *apátheia* plenamente cristiana como camino bienaventurado de la laboriosa conversión moral y profunda transformación del ser humano:

> "En el camino de la virtud hay caídas, pues existe el Enemigo; existen cambio y variación, existen abundancia y restricción, existen imperfección y desánimo, existen alegría y pena del corazón; existen melancolía y tranquilidad de corazón; existen progreso y sujección. Es un viaje hasta que llegues al reposo. Mas la *apátheia* está libre de todas estas cosas. No tiene necesidad de nada. Pues está en Dios, y Dios en ella. Ya no conoce la enemistad, ni caídas, ni incredulidad, ni esfuerzo para guardarse, ni el temor de las pasiones, ni deseo alguno de nada, ni ninguna pena causada por el Enemigo. Sus glorias son grandes e innumerables".

Tal es la famosa doctrina de la *apátheia* que se enseñaba en los desiertos y monasterios de la antigüedad y llegó a ser clásica, sobre todo en el monacato de Oriente. Al término del combate espiritual, el asceta se convierte, de *empathés* (sujeto a las pasiones) en *apathés* (libre de pasiones); llega a ser "casto" y "manso", esto es, libre de la tiranía de las pasiones del apetito concupiscible y del irascible. Por eso, cuando leemos en las historias monásticas que un asceta es "casto y manso", debemos entender que ha alcanzado la *apátheia*, que es un *practicós* consumado y, por lo menos en potencia próxima, un auténtico *gnosticós*.

La restauración de la unidad, la integración de todos los movimientos del psiquismo humano de suerte que toda su energía se concentre en amar a Dios y al prójimo con facilidad y espontaneidad, produce una perfecta estabilidad moral, una pacificación profunda del alma. A este estado dieron nuestros maestros el nombre de *apátheia*, que incluye en sí el concepto de *anápausis* (reposo, descanso), voz usada también muchas veces por los espirituales de Oriente como término técnico para designar la perfección espiritual.

"Pureza de corazón"

Los filósofos latinos ya se habían visto en aprietos para traducir la voz *apátheia*. San Jerónimo propuso los términos *impassibilitas* e *imperturbatio*. Como Casiano usa con frecuencia términos griegos, más o menos técnicos en el lenguaje espiritual, su conducta, en este caso, llama la atención. Obedece, sin duda, al hecho de que *apátheia* se había convertido en un término equívoco y aun sospechoso gracias al significado de "impecabilidad" que le atribuían los pelagianos. Posiblemente también parecería evitarlo a causa de las primeras controversias origenistas. Pero es probable que se trate asimismo de una cuestión de

preferencia. Para denotar el coronamiento del esfuerzo ascético y la meta de la vida práctica, se decidió Casiano por el uso de otro concepto, ciertamente tan íntimamente ligado con el de *apátheia*, que, según S. Marsili, no difieren entre sí, pero de aspecto mucho más cristiano y bíblico: el de *catharotes* o *puritas* (pureza), que suele expresar más frecuentemente con la frase *puritas cordis* (pureza de corazón).

Para Pacomio y los cenobitas de la *koinonía*, "pureza de corazón" equivalía sobre todo a estar libre de malos pensamientos, y su fin consistía en la visión de Dios. Hay en la literatura pacomiana una notable insistencia en la pureza física y moral. El hombre realmente puro posee el Espíritu Santo cada vez con mayor plenitud y goza de inapreciables carismas, como la *diácrisis* (en el doble sentido de discernimiento de espíritus y discreción), visiones y revelaciones sobrenaturales.

Gnosis

9 x 46 (17 Jes

Con la "pureza del corazón", con la *apátheia*, recupera el monje, casi necesariamente, otro de los dones preternaturales que, según la tradición, poseía Adán en el paraíso: la *Gnosis*.

Gnosis, en el lenguaje técnico de la espiritualidad patrística, significa un conocimiento de Dios y de sus misterios diferentes de la simple fe. Al igual que la religión de Israel, de la que procede, el cristianismo es una *gnosis*, esto es, la revelación de un secreto divino —el designio de Dios de salvar a los hombres— y, en último término, de una persona, Jesucristo que, a su vez, nos revela al Padre. Los escritores eclesiásticos más antiguos —los llamados Padres Apostólicos— y los del siglo II hablan de la *gnosis*. Pero la elaboración del concepto tuvo lugar sobre todo en Alejandría a lo largo del siglo III. Para alcanzarla —enseñaban— era preciso juntar el esfuerzo moral a la investigación intelectual. Los grandes forjadores de la teoría gnóstica orto-

doxa, Clemente de Alejandría y Orígenes, hicieron hincapié en este punto: sin obediencia a los mandamientos divinos, sin purificación previa de vicios y pasiones, no puede haber verdadera ciencia de Dios y de los divinos misterios. La *gnosis* es hija de la *apátheia*, de la *puritas cordis*.

Orígenes, completando a Clemente, había enseñado que la gnosis es un don absolutamente gratuito del Espíritu Santo, el único maestro que puede enseñar al hombre la verdadera ciencia de las Escrituras. También había hecho hincapié con energía en el carácter afectivo de este conocimiento, poniendo de relieve el aporte importantísimo que tiene en él el amor, hasta afirmar: "El conocimiento de Dios es un amor espiritual"; y en otro lugar: es "unión" y "comunión". De este modo, como se ve, la gnosis se convierte en lo que, mucho más tarde, se llamará una mística, una experiencia amorosa de Dios, presente en el alma; es una mística que irrumpe, con vestido nupcial y apasionados acentos, en las homilías y comentarios que el propio Orígenes escribió sobre el Cantar de los Cantares, donde se revela una experiencia personal muy auténtica. Notemos, en fin, que para el gran alejandrino aún no hay disociación ni verdadera distinción entre "teología" y "mística", en el sentido que da a estas expresiones la terminología moderna; la gnosis es a la vez investigación intelectual de la palabra de Dios y unión amorosa, absorción en Dios.

Esta última es la gnosis verdadera y plena. "Dios permanece siempre infinitamente misterioso; la verdadera visión consiste en no ver; y, en este remontarse más allá de todo conocimiento el alma experimenta el 'sentimiento de la presencia' divina en la noche. Presencia de Dios en el alma, y del alma en Dios. 'Compenetración mutua: Dios viene al alma que a su vez, se transporta en Dios': la misma gnosis es dejada atrás".

"Con pura conciencia conversaba Adán con Dios, y con pura conciencia conversan con El los monjes; o, por mejor decir, tanto mayor es la confianza que éstos tienen con Dios cuanto es mayor la gracia que les suministra el Espíritu Santo". Cuando San Juan Crisóstomo hablaba así a su auditorio, describía la situación real de algunos monjes que él mismo, sin duda, conocía, y, ciertamente, el ideal de todos.

Porque todos los verdaderos monjes deseaban alcanzar la *parrhesía*, don inapreciable de que Adán y Eva gozaron en el paraíso, como sabían por la lectura del principio del Génesis, y más todavía por los comentarios que de la narración bíblica hacían los Padres. Adán en el paraíso hablaba con Dios como el amigo con su amigo: "Henchido de una virtud divina por la bendición de Dios, el hombre estaba elevado en dignidad: en efecto, había sido establecido para reinar...; estaba, por naturaleza, libre de pasión; era, efectivamente, una copia del Impasible; estaba lleno de confianza, gozando de la visión divina cara a cara".

En el texto que acabamos de leer, como en otros muchos, se asocian las ideas de *apátheia* y *gnosis* con la de *parrhesia* término técnico que los Padres solían usar para expresar el concepto que ahora nos ocupa. Es una voz antigua. *Parrhesía* significaba, ya en el griego clásico, "libertad de lenguaje", y se aplicaba al privilegio de poder tomar la palabra en la asamblea del pueblo, de que gozaban los ciudadanos libres por oposición a los esclavos. Tiene también una acepción peyorativa –"desvergüenza", "familiaridad" (en mal sentido)–, que los escritores monásticos no ignoran. Pero, por lo general, *parrhesía* suele significar en nuestros textos un bien inapreciable que formaba parte del patrimonio de Adán y se perdió por el pecado, y que la gracia de Cristo nos restituyó con creces: "confianza", "familiaridad", "libertad de lenguaje" entre Dios y el hombre.

Entendida de este modo, la *parrhesía* tiene, al igual que la *apátheia*, la "pureza de corazón" y la gnosis, diferentes grados; se puede decir que crece a medida que el hombre va avanzando por el camino de perfección. La afirma expresamente, por ejemplo, Cirilo de Escitópolis: "El venerable Eutimio aventajaba (a Teoctisto) por la simplicidad de carácter, la mansedumbre de costumbres, la humildad de corazón. Había recibido también la gracia del Espíritu Santo... Por eso su libertad de lenguaje (*parrhesía*) para con Dios crecía día a día". Pero la *parrhesía* se manifiesta muy especialmente cuando se ha alcanzado el término de la "vida práctica". Sólo entonces, en efecto, puede cumplirse plenamente lo que escribe San Juan: "Si el corazón no nos arguye, podemos acudir confiados a Dios; y, si pedimos, recibiremos de él, porque guardamos sus preceptos y hacemos lo que es grato en su presencia". La *parrhesía* es como la corona de la *apátheia* y la "pureza de corazón". El hombre santificado por la gracia de Cristo y el esfuerzo ascético, pierde la vergüenza y el temor, consecuencias de pecado, que le obligaron a huir y esconderse lejos de la faz de Dios; recupera, con la inocencia restaurada, la libertad, la confianza, la simplicidad de hijo en sus relaciones con Dios, y se atreve a presentarse de nuevo ante él "con pura conciencia".

El bautismo del Espíritu Santo

Los escritores del monacato primitivo, pertenecientes generalmente a la clase de monjes letrados y filósofos, como es natural, no dejan de enseñar repetidamente que la *apátheia*, la "pureza de corazón", la gnosis, la *parrhesía* y, para decirlo en una palabra, todas las gracias sobrenaturales que recibe el monje con gran plenitud al coronar la ascensión de la "vida práctica", son dones del espíritu Santo. Hemos tenido ocasión de comprobarlo repetidas veces. Pero hay que reconocer que, en general, el

9X34=306

monacato más primitivo y poco formado en las disciplinas filosóficas, o incluso completamente ayuno de ellas, hizo hincapié, más fuertemente y de un modo mucho más claro, en el papel que desempeña el Espíritu Santo en la consolidación del alma en la virtud y en su iniciación en los divinos misterios. En especial puso de relieve que el asceta, llegado a la cima de la *praxis*, concluye un pacto con el Espíritu.

En realidad, el Espíritu Santo llena la vida del cristiano desde su mismo bautismo. El es quien inscribe en su corazón ese amor, ese deseo de Dios y ese sentido de las divinas realidades que constituyen la ley nueva anunciada por los profetas. El Espíritu es el verdadero y principal autor de la santificación del hombre. Los Padres de la Iglesia, particularmente desde los tiempos de San Atanasio y de San Basilio, en que la reflexión cristiana se centra sobre la tercera persona de la Trinidad, hacen hincapié en ello, y hablan de unión personal y de comunicaciones sustanciales. Las fórmulas tradicionales se resumen así; el Padre nos crea por el Hijo y nos hace perfectos por el Espíritu Santo (movimiento descendente); y damos gloria al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo (movimiento ascendente).

Ahora bien, los monjes estaban persuadidos de que el único verdadero Santificador no podía menos de interesarse especialmente por ellos, que, por definición, no buscaban ni deseaban otra cosa en este mundo que la santificación. En desiertos y cenobios era sobre todo el Espíritu quien actuaba. Y si admitían intermediarios humanos —los padres o "ancianos espirituales"—, era porque los monjes estaban convencidos de que los tales eran "portadores del Espíritu", sólo servían de instrumentos del Espíritu, sólo hablaban y obraban en nombre y bajo el impulso del Espíritu. De ahí la doctrina tan común y constante según la cual el padre espiritual debía ser, indispensablemente y en primer lugar, un hombre espiritual (*pneumaticós*) en el sentido pleno de la palabra, es decir, un hombre poseído por el Espíritu Santo, y, por consiguiente, dotado de los carismas de la

32X10=320

discreción de espíritus (*diácrisis*) y profecía. De esta manera, el monje, desde su misma "conversión" hasta su muerte, se sentía sometido a la constante acción del Paráclito. La tradición es unánime. Según el *Liber graduum*, los "perfectos" son aquéllos que recibieron el carisma máximo, llamado Espíritu Paráclito, que llena y colma de Dios". Para el autor de las *Homilías espirituales*, la perfección cristiana consiste precisamente en "la efusión y ebriedad del Espíritu".

Los escritores del monacato primitivo coinciden asimismo cuando se trata de enseñar cómo prepararse para la recepción del Paráclito, la "fuerza de Dios", el "carisma máximo", el "don del Espíritu". Oigamos a San Ammonas: "Si queréis recibirlo, entregaos al trabajo del cuerpo (= ascetismo corporal) y al trabajo del corazón (= ascetismo espiritual). Y dirigid vuestros pensamientos hacia el cielo noche y día, pidiendo de todo corazón el Espíritu Santo, y se os dará. Yo que soy vuestro padre, rogaré por vosotros para que lo recibáis..." Pero esto no será posible sin la perfecta pureza de corazón, sin la extinción completa del espíritu de vanagloria, sin la total abnegación de la propia voluntad y del propio juicio, sin mucho reposo, soledad y silencio en lo recóndito del desierto. "Purificarse de la fealdad adquirida por los vicios —escribe San Basilio—, volver a la belleza de la naturaleza, restaurar, por así decirlo, la forma primitiva de la imagen real por la pureza: sólo mediante esta condición es posible acercarse al Paráclito". En una palabra, es necesario haber superado la empinada cuesta de la "vida práctica" tal como la exponen nuestros maestros. La gran ley para llegar a ser "espiritual" la formuló con clásico laconismo uno de los padres del yermo cuando dijo: "Da la sangre, y recibe el Espíritu". Sólo por el martirio de la *praxis* se obtiene esta calidad inapreciable. Para penetrar en el reino es preciso que preceda una muerte mística:

"Si alguien pudiera, ya en esta vida, morir a causa de los trabajos (de la ascesis), se convertiría enteramente en la mansión del Espíritu Santo, pues, como aconteció al bienaventurado Pablo y a todos los que lucharon y luchan perfectamente contra el pecado, antes de morir, este hombre ya había resucitado".

El "hombre espiritual"

No es excesivo el precio de morir de muerte mística, por dolorosa que sea, comparado con la gloria de renacer a la nueva vida del Espíritu. En efecto, el Espíritu Santo derrama con su llegada, sobre el alma, la abundancia inenarrable de sus dones y carismas. Y ¿qué sufrimientos pueden compararse con la magnitud de estas gracias, que nuestros maestros nos describen repetidamente con entusiasmo siempre nuevo?

La humildad sincera y profunda, el silencio interior, el temor de Dios, el perdón de las injurias, la generosidad en obrar el bien, el deseo del cielo, la mesura y la discreción en todo, una caridad sin límites, son, según nuestros autores, algunos de los rasgos más salientes de la perfección del "hombre espiritual" y los principales criterios que garantizan la autenticidad de su fiel y dócil obediencia a las mociones del Espíritu Santo.

Otro de los dones que el Paráclito confiere al alma en que habita es la invulnerabilidad de los ataques del demonio. No cesan para el *pneumaticós* las tentaciones, ni pueden cesar, pues constituyen un medio indispensable para el progreso del alma y prueba inconfundible de la predilección de Dios; pero los verdaderos "espirituales" son invencibles gracias a "las armas celestes del Espíritu Santo": "Se parecen a un poderoso guerrero que reviste completamente la armadura del rey, sale a guerrear contra los enemigos, combate con valentía y alcanza la victoria".

La presencia del Espíritu enardece el corazón y lo colma de entusiasmo, de dulzura, de gozo inenarrable. Nuestros autores

no se cansan de insistir en este punto, revelándonos a menudo su propia experiencia. Así, Ammonas promete a sus discípulos para cuando reciban el Espíritu Santo: "Estaréis libres de todo temor y se apoderará de vosotros un gozo celestial, de manera que, permaneciendo aún en el cuerpo, seréis como si ya hubierais sido transportados al reino". Y Macario no sabe cómo expresar la felicidad y el gozo interior, y apela a diferentes imágenes tomadas de los placeres más espléndidos de la vida humana: un banquete real, una boda. Y señala a continuación como uno de los frutos más estimados del Espíritu, esto es, la perfección de la gnosis, la iluminación (*photismós*), cuando añade: "Otras veces, la gracia lo introduce en el conocimiento de misterios que ninguna boca puede expresar, dándole una clarividencia, una sabiduría, una ciencia del Espíritu inefables e insondables". Y en otro pasaje escribe el Santo:

"Noche y día estoy rogando para que la fuerza divina crezca en vosotros y os revele los mayores misterios de la divinidad, que no me es fácil pronunciar con la lengua, porque son grandes, y no son de este mundo, y no se revelan sino a quienes limpiaron su corazón de toda mancha y de toda vanidad de este siglo, y a aquéllos que tomaron sus cruces y aún fortificaron sus almas y fueron obedientes a Dios en todas las cosas".

La acción del Espíritu transforma profundamente al "hombre interior". Lo diviniza, lo deifica. El "hombre espiritual" es la réplica cristiana del "hombre divino", el imposible ideal pagano, soñado a la vez por el pueblo y la minoría de los filósofos. En el "espiritual" cristiano se transparenta una semejanza con Dios muy superior a la imagen inscrita en la humana naturaleza cuando fue creada. El mismo "hombre exterior" refleja esta profunda transformación bajo la acción del Espíritu, como lo comprobaba San Antonio: "Todo el cuerpo es transformado y se somete al poder del Espíritu. Y pienso que se le concede ya

alguna parte del cuerpo espiritual que recibirá en la resurrección de los justos".

NOTAS

1. Este texto ha sido preparado en base a la obra: "El Monacato Primitivo". Editorial Católica, "Biblioteca de Autores Cristianos".

II. CONSEJOS A LOS ASCETAS

1. La guerra contra las pasiones
2. Conócete a ti mismo
3. La labor interior y exterior
4. Soledad
5. Períodos de aridez
6. Ilusión
7. Humildad y Caridad

10 x 31 = 310
x 5
1550

1. La guerra contra las pasiones

Las cuatro barras de la escala

Recordad la sabia enseñanza de San Juan Clímaco. Comparad la manera en que debemos elevarnos hacia Dios a una escala de cuatro escalones. Algunos, dice, domeñan sus pasiones; otros cantan, es decir, oran con sus labios; los terceros practican la oración interior; finalmente, los últimos tienen visiones. Aquéllos que quieren subir esta escala no pueden comenzar por la cumbre, sino que deben partir de abajo. Deben poner el pie sobre el primer escalón, luego sobre el segundo, luego sobre el tercero y, finalmente, sobre el cuarto. Todo el mundo puede subir al cielo por esta escala. Debéis comenzar por domeñar y reducir vuestras pasiones; luego debéis practicar la salmodia —dicho de otro modo, debéis adquirir el hábito de la oración vocal—; luego debéis practicar la oración interior y, finalmente, podréis alcanzar el escalón a partir del cual es posible llegar a las visiones. El primer escalón es el de los novicios, el segundo, el de los progresantes; el tercero el de los que han progresado hasta el fin; y el cuarto está reservado a aquéllos que han llegado a la perfección.

Una sola manera de comenzar

No hay más que una manera de comenzar: dominar las pasiones. Estas sólo pueden ser controladas por el cuidado del corazón y la atención. Por consiguiente, aquéllos que superan todas estas etapas en el orden requerido, cada una a su tiempo, pueden, cuando el corazón está purificado de sus pasiones, dedicarse enteramente a la salmodia y al combate contra los pensamientos. Pueden mirar hacia el cielo con los ojos del cuerpo, contemplar con el ojo espiritual de su alma, y orar correctamente en toda pureza y verdad.

La separación de Dios y sus consecuencias

Si nuestro espíritu se separara de Dios, el poder de libre arbitrio que nos ha sido dado, nos sería quitado. Entonces, en efecto, el hombre no podrá ya dominar sus inclinaciones, ni las necesidades de su cuerpo, ni los contactos exteriores. Será desgarrado por los deseos de su alma, de su cuerpo, y por la vanidad de su vida exterior, aunque parezca, a primera vista, que todas esas cosas deban contribuir a su placer y a su felicidad. Comparad esos dos estados, y veréis que, en el primero, el hombre permanece enteramente ante Dios en el interior de sí mismo y, en el segundo, está enteramente fuera de sí, olvidando a Dios. Ese estado empeora más aún con la invasión de las pasiones que se arraigan en el yo y que penetran el alma y el cuerpo, imprimiendo, a todo lo que allí se encuentra, una falsa dirección, no ya constructiva, sino destructora, separándolo del camino del Espíritu y del temor de Dios, llevándolo a obrar contra su propia conciencia. El hombre llega a ser, de ese modo, cada vez más superficial.

Implacables contra nosotros mismos

Después de haberos abandonado a Dios y a su gracia en la oración, buscad en vosotros todo lo que os incita al pecado y esforzáos por separarlo de vuestro corazón, orientándolo hacia lo que es opuesto. Por ese medio desarraigaréis el pecado, cuya fuerza será destruída. En esta tarea, dad toda libertad a vuestro poder de discernimiento y dejadlo conducir vuestro corazón.

Esta lucha contra las fuerzas del mal es absolutamente esencial, si queremos quebrar nuestra voluntad propia. Es necesario continuar combatiendo contra sí mismo hasta que, en lugar de esa piedad y esa autocompasión, nos sintamos sin piedad y sin compasión hacia nosotros mismos; continuar combatiendo hasta que tengamos el deseo de sufrir, de agotar nuestra alma y nuestro cuerpo. Es necesario proseguir ese esfuerzo hasta que, en lugar de buscar complacer a los hombres, experimentemos un sentimiento de repulsión contra todos los malos hábitos y todo lo que les está asociado, hasta que los podamos resistir con coraje y tenacidad, sometiéndonos al mismo tiempo a todas las injusticias y todos los malos tratos que nos serán infligidos por tal causa. Es necesario continuar hasta que nuestro apetito por las cosas materiales, sensibles y visibles, desaparezca completamente y sea reemplazado por un sentimiento de disgusto hacia esas cosas; entonces tendremos, por el contrario, hambre y sed de lo que es espiritual, puro y divino. En lugar de ligarse a la tierra, en lugar de poner todo su bienestar y su vida en este amor, el corazón comienza a ser colmado por el sentimiento de no ser sobre la tierra más que un peregrino que aspira a reencontrar su patria.

Después del despertar inicial, que es efecto de la gracia, el primer paso revela la libre voluntad del hombre. Ejercitando esa libre voluntad cumple su peregrinaje interior en tres etapas. En primer lugar, su voluntad se inclina hacia el bien y lo elige. Luego, separa los obstáculos: para deshacer los lazos que la atan al pecado desaloja del corazón la piedad hacia sí mismo, el deseo de complacer a los hombres, la inclinación hacia las cosas terrestres y sensibles y reemplaza dichos sentimientos por una actitud firme hacia sí mismo, por la ausencia de deseo por las cosas sensibles, por la aceptación de todas las dificultades y todos los sufrimientos. Ella hace también sentir al hombre que su morada verdadera se encuentra en el mundo por venir, mientras que, aquí abajo, él sólo es un exiliado y un viajero. Finalmente, la libre voluntad se encuentra inspirada para tomar inmediatamente la buena dirección sobre el camino recto, sin ninguna indulgencia para sí mismo, manteniéndose constantemente en estado de alerta.

De esta manera todo, en el alma, se calma. Aguijoneado por la gracia, el hombre es liberado de las trabas y se dice a sí mismo con perfecta determinación: "Me levantaré e iré hacia adelante".

A partir de ese momento, un nuevo movimiento se despierta en el alma, un movimiento que la lleva hacia Dios. Convertido en amo de sí mismo gracias al discernimiento de las motivaciones que lo impulsan, habiendo reencontrado su libertad interior, el hombre puede ofrecer todo su ser a Dios. Sin embargo, está lejos de haber hecho la mitad de su trabajo.

A partir del momento en que vuestro corazón es inflamado por el calor divino, vuestra transformación interior comienza. Con el tiempo, esa llama ligera consumirá y disolverá todo en vosotros; comenzará y continuará la obra de espiritualizar todo vuestro ser. En verdad, en tanto esta llama no haya comenzado a arder en vosotros, vuestros esfuerzos no podrán alcanzar esta espiritualización. Encender esta primera chispa es, pues, la única cosa que importa por el momento, y es hacia este fin que debéis dirigir vuestros esfuerzos.

Debéis, sin embargo, comprender bien que esta llama no comenzará a arder en vosotros mientras las pasiones sean todavía fuertes y vigorosas, incluso cuando no cedáis ante ellas. Las pasiones son como una humedad que se impregna; ahora bien, una madera húmeda no podría arder. Lo único que se puede hacer es traer madera seca del exterior y encenderla; esas llamas harán secar, poco a poco, a la madera húmeda, hasta que ésta, a su vez, esté lo bastante seca para tomar fuego. Es así como, poco a poco, el fuego de la madera seca terminará con la humedad, y se propagará hasta que toda la madera esté envuelta en llamas.

Las potencias de nuestra alma y las actividades de nuestro cuerpo son la materia inflamable de nuestro ser, pero, mientras no velemos sobre nosotros mismos, estarán saturadas de agua y no podrán arder a causa de esta humedad de las pasiones. En tanto éstas no son expulsadas, resisten con obstinación al fuego espiritual. Las pasiones penetran a la vez el alma y el cuerpo y tienen en su poder el espíritu del hombre, su conciencia y su libertad; de esta manera, llegan a dominarlo enteramente. Y como, por otra parte, están en convivencia con los demonios, éstos hacen del hombre su esclavo, aunque se imagine ser su propio amo.

Liberado por la gracia divina, el espíritu es el primero en salir de sus trabas. Colmado por el temor de Dios y bajo la influencia de la gracia, rompe todos los lazos que lo ligan a las pasiones y, arrepintiéndose del pasado, toma la firme resolución de agradar sólo a Dios en todas las cosas, de no vivir más que para El, de marchar según sus mandamientos. Con la ayuda de la gracia divina, el espíritu puede perseverar en su resolución de arrojar las pasiones del alma y el cuerpo, y espiritualizarlo todo en él.

En vosotros también, actualmente, el espíritu ha sido liberado de todos los lazos que lo trababan. Estáis ahora del lado de Dios, conscientemente y por una elección deliberada. Vuestro deseo es pertenecer a Dios y agradar sólo a El. Ese es el punto de apoyo de vuestra actividad espiritual. Sin embargo, aunque vuestro espíritu haya reencontrado su libertad original, vuestra alma y vuestro cuerpo están todavía bajo el dominio de las pasiones que los violentan. Debéis, ahora, armaros contra ellas y vencerlas. Rechazadlas lejos de vuestra alma y vuestro cuerpo. Ese combate contra las pasiones es inevitable, pues no abandonarán voluntariamente la posesión ilegítima de vuestro ser.

El recuerdo de Dios es la vida del espíritu. El inflama vuestro celo a su placer y hace inquebrantable vuestra decisión de pertenecerle. Es ése, repito, el punto de apoyo de la vida espiritual y ése es, también, el fundamento de vuestra lucha contra las pasiones que invaden el corazón.

De cómo el enemigo nos ataca por medio de los demás

Vencido en el corazón mismo, el enemigo tiene su técnica para atacarnos por intermedio de las influencias exteriores. Voy a citar los principales ejemplos. Supongamos que alguien, habiendo alcanzado la sabiduría, no se deja agitar, por poco que sea, por los pensamientos y los impulsos que tienen la apariencia

del bien, sino que los rechaza inmediatamente, utilizando su propio discernimiento —o bien la opinión de hombres más experimentados que él— y actúa en forma tan resuelta que parece imposible encontrarlo en falta; el enemigo renuncia entonces a ese tipo de engaños y ataca desde el exterior, por medio de los contactos humanos. Entonces comienzan los cumplidos aduladores, las calumnias, las persecuciones y los desagradecimientos de todo tipo. Es por ello que debéis conservar vuestros ojos abiertos, a fin de preveer y comprender lo que va a pasar. No está en nuestro poder impedir estos ataques, pero sí, ser más inteligentes que el enemigo. Lo principal es mantener perseverante, inalterable en nuestro corazón, un espíritu de amor y de paz. El Señor es nuestro sostén. Debemos suplicarle que ponga la paz en nuestro corazón y, si es su voluntad, disponga del mejor modo las cosas exteriores. En lo que nos concierne, no debemos olvidar de dónde viene la tempestad, ni quién la provoca, no volcar nuestra enemistad hacia los hombres, sino únicamente hacia aquél que, por detrás de ellos los impulsa y conduce todo el asunto.

Un peligro: la saciedad

Huid de la saciedad, ese estado del corazón que dice blandamente: "Esto basta. No quiero nada más. He trabajado duro, he puesto orden en mí mismo, ahora puedo otorgarme un poco de reposo". Se ha dicho de Israel: "Tú has engendrado, has engrosado y crecido..." (Deut. 32,15). ¿Qué más podía desear? Pero, ¿cuál fue el resultado? "El abandonó a Dios". En su contexto original, ese versículo se refiere a la saciedad física y a la satisfacción procurada por las condiciones exteriores. Pero esto se aplica también a la saciedad espiritual y a la satisfacción que se obtiene del estado interior. El resultado es el mismo, el abandono de Dios. Cuando se tiene todo en

abundancia, ¿para qué orar a Dios y pensar en El? Aunque las personas satisfechas de sí mismas no llegan inmediatamente a ese estado, el germen se encuentra ya en ellas. El efecto directo de la saciedad es el debilitamiento de la atención y el dejarse ir. Quien se abandona a ese mal se encuentra en una pendiente resbaladiza. Allí está el peligro. Velad, pues.

La "troika" (1) del mal

Tengo la impresión de que estáis siempre preparados para procesar a los demás y juzgarlos interiormente. Poned atención. Incluso si esto no sucede más que de tiempo en tiempo y no es un estado de espíritu permanente, sufriréis por ello un grave daño. Tener una alta opinión de sí mismo entraña dos consecuencias: tocar la trompeta ante sí mismo y condenar a los demás. Esas cosas ponen en movimiento la troika del mal, que nos conduce al abismo a toda velocidad. Debemos desenganchar esos caballos desbocados y desembarazarnos de ellos. Y el resultado será que cuanto más despacio conduzcáis, más rápido llegaréis (2). Os ruego, velad más atentamente sobre vosotros mismos.

El trabajo físico es una cosa buena, pero el mismo trabajo, cumplido en virtud de la obediencia monástica, es santificante. Que el recuerdo de Dios no abandone jamás vuestro corazón. Deberíamos ver al Señor ante nosotros, exactamente como vemos la luz, y posternarnos ante él en nuestro corazón en espíritu de humildad y de contricción. Entonces un temor salvador nos llegará.

Es algo bueno que seais, a veces, desanimados. Regocijáos cuando esto suceda. Las cosas van mal cuando todos, alrededor vuestro, os dirigen alabanzas y nadie os dice la verdad. No se necesita mucho tiempo para que seáis atrapados en esa trampa.

En esos momentos, no podéis dejar de sentiros como santos, y os ponéis a criticar a todo lo que os rodea.

Que el Señor os otorgue la fuerza de hacer lo que está bien. Tened cuidado de no tomar el camino de aquéllos que tienen una conducta exterior impecable pero el corazón frío, que carecen de esos sentimientos interiores que santifican al hombre y atraen sobre él la gracia de Dios. Esto os sucede cuando llegáis a tener una elevada opinión de vosotros mismos y cuando estáis satisfechos de vuestros esfuerzos. Esos son los signos de la vanidad.

Juzgar a los demás

Debemos discernir entre las diferentes maneras de juzgar. El pecado comienza cuando despreciamos a alguien en nuestro corazón por alguna falla que ha cometido. Se puede juzgar, simplemente,sin pronunciar interiormente el veredicto contra la persona juzgada. Si, al mismo tiempo, sentimos compasión hacia el culpable y deseamos sinceramente que enmiende su vida, si oramos para que actúe mejor en el porvenir, entonces no pecamos al juzgar; todo lo contrario, nuestro juicio será, en la medida de lo posible en semejante caso, un acto de amor. El pecado está, más en el corazón que sobre los labios. Hablar es un pecado o no, según los sentimientos que acompañan a las palabras. Son los sentimientos los que dan su carácter a las palabras. Sin embargo, es mejor refrenar todo tipo de juicio, por miedo a ser llevado a la crítica. En otros términos, es mejor no aproximarse demasiado al fuego y a las brasas si no se quiere llegar a ser quemado o ennegrecido. Haríamos mejor en dirigir nuestras censuras y nuestro espíritu crítico contra nosotros mismos.

Tenéis un muerto en vuestra casa,
no os ocupéis de enterrar a los demás

Para impedir a vuestros pensamientos vagabundear, debéis adquirir el sentimiento de estar constantemente con Dios en vuestro corazón. Entonces, no habrá lugar para pensamientos extraños. Para no condenar a los otros, es necesario que lleguéis a estar profundamente convencidos de vuestra propia culpabilidad ante Dios, y que sintáis por ello dolor, gimiendo sobre vuestra alma como si estuviera muerta. Tal como se dijo: "Tenéis un muerto en vuestra casa; no os ocupéis de enterrar a los demás".

Un ladrón interior
cómplice de los ladrones exteriores

Se dice que la vanidad es un ladrón interior, cómplice de los ladrones exteriores: les abre puertas y ventanas; ellos pueden entonces entrar y devastar todo el interior. ¿Quién sabe? Ese momento de tinieblas que habéis sentido, y que os ha abandonado cuando os pusisteis en oración, es tal vez un engaño del demonio para engendrar en vosotros pensamientos de vanidad, para haceros decir de vosotros mismos: "¡Qué bien oro! Inmediatamente que me pongo en oración, todos los demonios huyen". Tened cuidado, pues si vienen a vosotros pensamientos de vanidad después de la oración, eso prueba que el enemigo busca alentar vuestro orgullo.

El fuego de la cólera y las llamas del infierno

"Que el sol no se ponga sobre vuestra cólera. No deis lugar al diablo" (Ef. 5, 26–27). El diablo no tiene acceso al alma si ésta

11+32=374

se cuida de las pasiones. Entonces, en efecto, ella es transparente y el diablo no puede verla. Pero cuando ella tolera que una pasión se despierte y lo consiente, ella se oscurece y el diablo la ve. Se acerca rápidamente y comienza a gobernarla. Dos pasiones turban especialmente el alma: la lujuria y la cólera. Cuando el demonio logra enredar a alguien en los hilos de la lujuria, lo deja a solas con sus tormentos, no se ocupa más, salvo tal vez para turbarlo un poco con la cólera. Pero si el hombre no se deja tomar por la lujuria, el demonio se apresura a incitarlo a la cólera y lo rodea de una multitud de cosas irritantes. Aquél que no discierne el engaño del tentador, se deja arrastrar por el enervamiento, permitiendo a la cólera dominarlo y así "da lugar al diablo". Por el contrario, aquél que domina inmediatamente en sí mismo todo asalto de la cólera, resiste al demonio y no le da ningún lugar. La cólera "da lugar al diablo" cuando se la considera como justa y como legítima la satisfacción que procura. Entonces el enemigo penetra en el alma y comienza a sugerir pensamientos de los cuales cada uno es más irritante que el anterior. El hombre resulta pronto inflamado, como si fuera todo de fuego. Es el fuego del infierno. El desdichado se imagina que arde de celo por la justicia, cuando, en realidad, no puede haber ninguna justicia en la cólera (Jc. 1, 20). Esa es la forma de ilusión propia de la cólera; tal como existe otra forma de ilusión propia de la lujuria. Aquél que domina rápidamente la cólera disipa esa ilusión y rechaza al diablo como si le diera un buen golpe en el medio del pecho. ¿Y existe alguien que, después de haber extinguido en sí la cólera, y analizado lealmente todo el asunto, no descubre que su irritación descansaba sobre una equivocación? Pero el enemigo da al error la apariencia del buen derecho y hace semejante montaña con ello, que se podría creer que el universo entero va a derrumbarse si no obtenemos satisfacción.

Me decís que no podéis dejar de experimentar resentimiento y hostilidad. ¡Muy bien! Pero gastad vuestra agresividad

contra el demonio, y no contra vuestro hermano. Dios nos ha dado la irascibilidad como una espada para traspasar al demonio y no para dañarnos mutuamente. Golpead al enemigo, exterminadlo, encaminaos sobre él tanto como queráis. Terminad vuestra victoria mostrándoos amables y buenos con vuestro prójimo. "Que yo pierda mi fortuna, mi honor y mi gloria; ese miembro de mí mismo me es más precioso que todo". Digamos esto los unos de los otros, y no hagamos daño a nuestra propia carne por un asunto de dinero o de fama.

No hay porqué perder la calma

No existe absolutamente nada en el mundo por lo que valga la pena perder la calma. Pues, ¿qué hay más precioso que el alma y su paz? Esa paz es destruída por la cólera. Cuando el hombre se irrita, le hace el juego a la maledicencia, sopla sobre las llamas, hace un gran fuego, exagerando por medio de la imaginación la ofensa que ha sufrido. La razón es que sólo está atento a sí mismo, entonces sus malos sentimientos estallan. En el fondo del corazón, consideramos nuestro derecho juzgar y castigar a los demás por sus pecados, en lugar de juzgarnos a nosotros mismos. Si el hombre se reconociera como pecador y fuera vivamente consciente de todas las consecuencias del pecado, no habría oportunidad para la cólera.

Extinguir todo sentimiento de cólera

No dejar escapar jamás una palabra de cólera es una actitud perfecta que se hace posible por la ausencia de toda irritabilidad en el corazón. La irritabilidad se extingue como un tizón cuando nos abandonamos totalmente a la voluntad de Dios. Entonces comprendemos que Dios permite las contrariedades a

fin de probarnos y así poner de manifiesto la fuerza de nuestra virtud; y esto nos ayuda a mantener la calma, pues creemos que la mirada del mismo Dios, en ese momento, está sobre nosotros.

Vuestra idea referente a que aquellos que siembran la confusión pueden ser instrumentos del enemigo, es exacta. Cuando alguien os irrita, pensad siempre que el enemigo se sostiene tras él, lo excita y le sugiere palabras y gestos hirientes.

Los procedimientos del enemigo

Recordemos cómo procede el enemigo para tentarnos. La punta de su espada es la introducción de un pensamiento en el corazón. El diablo espera que el corazón reaccione y, sobre esta previsión, construye una fuerte tentación. Supongamos, por ejemplo, que pensáis en alguien que os ha ofendido: he aquí la punta de la espada del enemigo. Si el corazón responde a este pensamiento acogiendo interiormente un sentimiento de rencor contra el ofensor, es que la espada ha penetrado hasta el alma y la ha herido. Inmediatamente, el enemigo se acerca al alma y levanta en tempestad a la cólera y al deseo de revancha. Pero si, por el contrario, el corazón está siempre listo a perdonar las ofensas, conservándose en un estado de serena dulzura y de paz hacia todos, entonces, poco importa que el enemigo presente al alma, de una manera muy viva, el recuerdo de la ofensa que ha sufrido; el corazón no reacciona. El enemigo no encuentra ninguna falla por la cual introducir la tentación. La punta de su espada rebotó sobre el corazón como sobre un guerrero envuelto en armadura.

El traidor interior

Existe un método que, si se practica muy atentamente, permitirá que solo muy raramente un pensamiento apasionado pueda deslizarse en el alma sin ser notado. Dicho método consiste en examinar nuestros pensamientos y nuestros sentimientos de manera de descubrir si tienden a complacer a Dios o a complacernos a nosotros mismos. Es muy fácil discernirlo. Lo único que se debe hacer es vigilar. Un Anciano decía a su discípulo: "Vela, por temor a albergar un traidor en ti mismo". "—¿Quién es el traidor?," preguntó el discípulo. "Tu deseo de complacerte a ti mismo", respondió el Anciano. Y esto es verdad. El deseo de complacerse a sí mismo es la causa de todos los males. Si examináis todas las cosas malas que habéis hecho, veréis que cada una de ellas tiene su punto de partida en el deseo que teníais de satisfaceros.

Un vaso de veneno

Por regla general, juzgad si algo se puede hacer según el efecto que produce en vosotros. Permitíos lo que es constructivo, jamás lo que es destructivo. ¿Un hombre dotado de buen sentido tenderá la mano para tomar un vaso que él sabe que contiene veneno?

Un lugar apacible a los pies del Señor

Cuando tenéis malos pensamientos, separad los ojos de vuestro intelecto. Volvedlos hacia el Señor y, en su nombre, arrojadlos fuera. Si un pensamiento ha conmovido vuestro corazón y, poco a poco, ha despertado en vosotros un placer malo, debéis censuraros, implorar el perdón de Dios y hacer

penitencia hasta que nazca en vuestro corazón un sentimiento opuesto. Por ejemplo, en vez de condenar a alguien, debéis tratar de desarrollar en vosotros un sentimiento de estima, o al menos de respeto, hacia esa persona.

Preparáos un retiro apacible en vuestro corazón, un lugar donde estéis a los pies del Señor. Tan pronto como sintáis turbación, entrad rápidamente e invocadle con asiduidad, como si quisiérais conjurar algún flagelo. Dios os ayudará y todo volverá a estar en orden.

No transigir con las pasiones

Aquél que transige con sus pasiones en su conciencia y en su corazón, está enteramente dominado por ellas. Dios siente horror por ese estado. Pero, cuando alguien aspira sinceramente a la *apátheia*, incluso si es atacado por emociones violentas, su estado no disgusta a Dios, pues en ese caso el hombre detesta sus pasiones y desea con todo su corazón actuar según la voluntad de Dios, en lugar de estar reducido por ellas a la esclavitud.

Siempre en su casa

Debéis discernir entre los sentimientos que hacen parte de vuestro ser y las emociones pasajeras que van y vienen en vosotros. En la medida en que vuestras pasiones no estén enteramente destruídas, los pensamientos y los sentimientos malos, los impulsos y las intenciones apasionadas no callarán. Ellos disminuyen a medida que disminuyen las pasiones, estando su fuente en el lado pasional de nuestra naturaleza; es por ello que debemos dirigir toda nuestra atención hacia ese combate contra las pasiones. Existe un método para ello, es la

374 x6

memoria de Dios y la oración continua. Los antiguos sabían cómo arrojar el mal por ese medio y cómo reemplazarlo por una disposición agradable a Dios. Adquirir el hábito de la Oración de Jesús es el lado exterior de ese método. En cuanto a su realidad interior, se la puede expresar así: "estar siempre en casa". Debemos siempre permanecer en nuestro corazón con el Señor, invocándolo. Eso arroja todos los males. Leed lo que dice San Hesiquio sobre la sobriedad. En ese dominio, la constancia y la perseverancia aseguran la victoria.

La regla del ayuno

He aquí en qué consiste la regla de ayuno: permanecer con Dios en el intelecto y en el corazón, abandonar todo lo demás, rechazar toda búsqueda de sí, tanto en el plano espiritual como en el plano material. Debemos hacerlo todo para la gloria de Dios y el bien de nuestro prójimo, llevando voluntariamente, y con amor, el trabajo del ayuno, la privación de sueño y de descanso, y negándonos la satisfacción que procura la compañía de los demás. Todas estas privaciones deben hacerse con moderación, pues es necesario evitar atraer la atención, y no debilitarnos hasta el punto de llegar a ser incapaces de cumplir nuestra regla de oración.

Tiempo para hablar y tiempo para callar

Me preguntáis si debéis conversar con los demás a propósito de la vida espiritual. Hacedlo, pero no habléis de vuestra experiencia personal. Tratad el tema de manera general, adaptándoos a las necesidades de aquellos que os interrogan. Hay personas que traen sobre el tapete cuestiones espirituales, únicamente como tema de conversación. Ciertamente, eso es

mejor que hablar de temas mundanos o dedicarse a charlas inútiles. Decía que prefería el silencio; pero el silencio no es posible más que cuando se está solo o la conversación no nos concierne. En cuanto a orar al Señor para que vele sobre vuestra lengua, cuando debéis visitar o encontraros con alguien, es algo bueno. Lo mejor es permanecer siempre con el Señor. Es posible, por otra parte, hablar, permaneciendo igualmente con el Señor. Intentad tomar ese hábito.

Cuando habléis con alguien, sobre todo, abstenéos de turbarlo con vuestra agresividad, o expresando una opinión directamente opuesta a la suya con el deseo evidente de tener la última palabra. Es el enemigo el que os inspira esto, a fin de provocar una disputa y generar así la discordia. Evitad, igualmente, hablar de cosas espirituales para hacer ostentación de vuestra propia sabiduría. Esto también es una sugestión del enemigo y, si la seguís, los hombres se burlarán y disgustaréis a Dios.

En el combate ascético sólo la gracia puede otorgar la victoria

La primera victoria sobre nosotros mismos –fundamento y condición de todas las demás, la única que las hace posibles– consiste en quebrar nuestra propia voluntad y someterla enteramente a Dios, alejándonos y separándonos de toda fuente de pecado. Esta sumisión nos lleva a desviarnos de las pasiones con aversión y repugnancia. Con esta arma espiritual, somos tan fuertes como todo un ejército. Cuando no existe esta remisión de sí mismo a Dios, la victoria está en manos del enemigo antes de que se entable la batalla. Por el contrario, si nos remitimos a Dios, la victoria a menudo nos es acordada sin que debamos luchar.

12X34=

Vemos por esto que, puesto que el punto de partida de toda actividad positiva se encuentra en nuestro estado interior, toda la fuerza del enemigo se orienta también por ese lado. Si la conciencia y la voluntad son atraídas por lo que está bien, golpearán mortalmente todo mal y toda pasión, en particular los que se encuentran en nuestro interior. El punto capital es, precisamente, esa atracción de la voluntad hacia lo que está bien. En esto, como siempre, la fuerza que entabla el combate contra las pasiones es el intelecto o el espíritu, en donde residen la conciencia y la libertad; dicho de otro modo, el espíritu, ayudado y sostenido por la gracia. Es la gracia la que curará nuestras facultades, coronando de éxito todos nuestros combates ascéticos. Es también la gracia la que llena de fuerza nuestro intelecto o nuestro espíritu, para que pueda atacar las pasiones y abatirlas. Inversamente, cuando las pasiones se fortifican, atacan directamente al intelecto y al espíritu; en otros términos, se esfuerzan por subyugar nuestra conciencia y nuestra libertad. Contra ese santuario interior, donde residen la conciencia y la libertad, dirige el enemigo sus flechas inflamadas. Ataca por medio de las pasiones, se embosca en nuestro cuerpo y en nuestra alma. Sin embargo, mientras nuestra conciencia y nuestra libertad permanezcan firmemente ligadas al bien, la victoria es nuestra, cualquiera sea la violencia del asalto.

Esto no significa que la fuerza para vencer se encuentra en nosotros y no en Dios; sólo muestra el punto donde opera esta fuerza victoriosa. En esta guerra, aquél que debe combatir directamente, es nuestro espíritu regenerado. Pero es la gracia la que trae la victoria y destruye las pasiones. Crea algo en nosotros y destruye algo diferente, pero actúa siempre por medio de nuestro espíritu, es decir por nuestra conciencia y nuestra voluntad. Aquél que lucha se posterna ante Dios implorando su ayuda, y está lleno de odio y disgusto hacia sus enemigos. Actuando por su intermedio, Dios los vence y los rechaza.

Volvéos hacia Dios para implorar su ayuda

¿Qué hacemos cuando somos atacados por un malechor? Lo golpeamos y pedimos ayuda. Nuestros gritos alertan a los guardias, que vienen en nuestra ayuda. Debemos hacer lo mismo en nuestro combate interior contra las pasiones. Llenos de cólera contra ellas, gritad hacia Dios: "¡Ayúdame, Señor! . ¡Jesucristo, Hijo de Dios, sálvame! ¡Oh Dios, apresúrate a socorrerme! ¡Señor, ven en mi ayuda! " Habiendo llamado de este modo al Señor, no dejéis vagar vuestra atención lejos de El, no la dejéis ocuparse de lo que pasa en vosotros, sino permaneced en presencia del Señor, e implorad su ayuda. El enemigo huirá como perseguido por el fuego.

No nos pongamos a discutir con nuestros pensamientos apasionados. Volvámonos inmediatamente hacia Dios con temor, con devoción y confianza, abandonándonos totalmente a su protección. Actuando así, rechazamos nuestras pasiones lejos del eje de nuestro intelecto y sólo miramos al Señor. Puesto que no le otorgamos ninguna atención, el pensamiento apasionado es sustraído del alma; ella lo aparta por sí misma si ha despertado por alguna causa natural, y si el enemigo se encuentra allí es también abatido por el rayo de luz interior que brota de la contemplación del Señor. Tan pronto como el alma se vuelve hacia Dios y lo invoca, es liberada del asalto de las pasiones.

Trabajar sin prisa

Debemos trabajar sin prisa, intensificando nuestros esfuerzos progresivamente, de manera de no sobrepasar nuestras propias fuerzas. De lo contrario, nuestro trabajo será como una pieza nueva sobre un traje viejo. La decisión de emprender un esfuerzo ascético debe llegar del interior. Sucede a veces que un

enfermo encuentra por intuición el remedio o el antídoto para su mal, porque experimenta hacia él una especie de violento deseo.

El combate del intelecto y la lucha de la acción

La lucha que debemos emprender contra las pasiones es esencialmente un combate del intelecto. Lo llevamos a cabo suprimiendo todo lo que puede alimentar nuestras pasiones y haciéndolas así morir de hambre. Sin embargo, hay también una lucha activa, que consiste en emprender deliberadamente, y cumplir, lo que les es diametralmente opuesto. Para vencer la avaricia, por ejemplo, es necesario hacer grandes limosnas; para luchar contra el orgullo, es necesario elegir una ocupación humillante; para sobreponerse al deseo de diversión, es necesario permanecer en casa, y así lo demás. Es verdad que semejante método, en sí mismo, no nos lleva directamente al fin buscado, pues la pasión así suprimida puede volver a nosotros por la fuerza o dar lugar a alguna otra pasión. Sin embargo, cuando esta lucha activa está unida a la lucha interior, las dos reunidas llegan muy rápidamente a destruir cualquier ataque apasionado.

El combate interior y la lucha activa

El combate, cuando es únicamente interior, elimina la pasión de la conciencia, pero la pasión permanece igualmente viva, aunque no sea visible. La lucha activa golpea a ese enemigo en la cabeza. Esto no significa que el combate interior debe ser abandonado. Debe proseguirse con constancia, si no todo nuestro esfuerzo quedará sin fruto y nuestra inclinación apasionada podrá crecer en vez de decrecer. Si abandonamos la lucha interior, descubriremos que, mientras intentamos eliminar

una pasión, otra nos invade. Por ejemplo, arrojamos la gula mediante el ayuno, y he aquí que la vanagloria toma su lugar. Si descuidamos otorgar al combate interior la atención que le es debida, ningún esfuerzo, por penoso que sea, traerá fruto. El combate interior unido a la lucha activa golpea las pasiones a la vez desde adentro y desde afuera, y así las destruye tan rápidamente como se destruye a un enemigo rodeándolo por el frente y la retaguardia.

Impureza e inocencia

Hacéos una regla del no estimular jamás voluntariamente un pensamiento, un sentimiento, un deseo apasionado, sino arrojarlos con cólera tan pronto como los notéis. De esta manera seréis siempre inocentes ante Dios y ante vuestra conciencia. Llevaréis todavía en vosotros la impureza de las pasiones, pero tendréis igualmente la inocencia.

2. Conócete a ti mismo

Verse a si mismo

Hasta que el alma no se establece con el intelecto en el corazón, no se ve, y no tiene verdaderamente conciencia de sí misma.

Cómo conocer la propia indignidad

Considero que todavía estáis en vuestra cabeza y no en vuestro corazón. Descended a vuestro corazón y conoceréis, en ese mismo momento, vuestro valor. Me decís que quisiérais tener el sentimiento de vuestra indignidad. Comenzaréis a sentir y a ver cuando hayáis descendido en vuestro corazón. Y cuánto más profundamente en vosotros mismos descendáis, más claramente percibiréis esto.

El verdadero conocimiento de si

El verdadero conocimiento de sí mismo consiste en ver los propios defectos y debilidades con tanta claridad que ellos

cubran todo nuestro campo de visión. Y notad bien esto: cuanto más conozcáis vuestras faltas y sepáis hasta qué punto merecéis censura, más avanzaréis.

La medida del progreso en la vida espiritual

Velad sobre vosotros mismos. Sólo os diré una cosa, mejor, os repetiré algo que ya he dicho: El progreso en la vida espiritual se manifiesta por un conocimiento siempre acrecentado de nuestra propia indignidad, en el sentido pleno y literal de esa palabra. Desde el momento en que nos acordamos cierto valor, de cualquier manera que sea, eso denota que las cosas andan mal. Es también muy peligroso, pues el enemigo se acerca y comienza a distraer nuestra atención, colocando piedras que estorban nuestro camino. El alma que tiene una alta opinión de sí misma se asemeja al cuervo de la fábula, que escucha las alabanzas del zorro y, para mostrar su bella voz, deja caer el queso. Que el Señor os ayude a ejercitaros más concientemente en el deber de no atribuir ningún valor a vuestras obras. Velad igualmente para que haya menos imágenes y más pensamiento y sentimiento en vuestra alma. Perseverad en la oración interior que habéis emprendido, ése es el medio de reducir el flujo de imágenes que os pasan por el espíritu. El momento llegará en que sentiréis que ese flujo disminuye, como el flujo de sangre de la mujer que sufría hemorragias (Lucas 8, 44).

No soy como los demás

¡Qué panegírico os habéis compuesto, diciéndoos, malvado, engañoso, inconstante, ingrato, orgulloso, desabrido, ignorante del modo de orar a Dios! Muy bien, agregad ahora algo más: "bueno para nada e indigno". Repetíos esto a menudo, que

vuestra alma entera lo repita y que no se trate de una repetición mecánica y rutinaria, pues, muy en el fondo del corazón, es posible que nos apreciemos enormemente. Cuando es así, la lengua, o la memoria, repiten las palabras que acabáis de pronunciar, u otras semejantes, mientras nuestra alma permanece convencida de que no somos como los otros. Lo extraño es que nos resulta casi imposible descubrir esta superchería. De ese modo permanece escondida hasta que el Señor la saca a luz de una manera u otra, y revela todo el engaño. Tal vez sea posible adivinar ese estado de cosas en el interior de nosotros mismos, constatando si las críticas, expresadas directamente o por detrás, provocan en nosotros despecho o contrariedad. Esforzáos por discernir el estado de vuestra alma en tales momentos. Pero tened cuidado de no justificaros, pues ése es un gran obstáculo.

El sentimiento de ser pecador

El sentimiento de nuestra propia justicia nos engaña. Meteos bien en la cabeza que, desde el momento en que ese sentimiento se levanta, incluso débilmente, se trata de un signo cierto de que vuestros esfuerzos van en mala dirección. Cuanto más profunda sea vuestra convicción de ser pecador, más seguro podréis estar de que os encontráis en el buen camino. Pero esta convicción debe brotar de las profundidades de vuestro ser, de una manera natural, y no debe seros sugerida desde el exterior por vuestra propia reflexión o por alguna observación que se os hace.

Existen muchos buenos sentimientos, pero el sentimiento de nuestra indignidad es el más fundamental; y cuando falta, todo lo demás no sirve para nada. Recordad esto siempre.

El humo y el hedor del infierno

Imaginad que las otras monjas marchan sobre una montaña, o sobre un techo, y que están lejos, por encima vuestro. Y si os dais cuenta de que miráis a una hermana como si estuviera por debajo vuestro, debéis reprochároslo enérgicamente y apresuraros a implorar el perdón del Señor. La peor cosa es la exaltación de sí mismo. Es el humo y el hedor del infierno. Tomad el hábito de alegraros más cuando se os trata con desprecio, se os regaña, incluso por error, que cuando sois bien recibida y tratada con respeto. Allí se encuentra el camino más seguro hacia la humildad.

Una cadena continua de actos de abnegación

Os lo ruego: grabad esto en vuestra memoria. Desde el momento en que despertamos hasta que cerramos los ojos para dormir, debemos comportarnos de tal manera que toda nuestra jornada sea una cadena continua de actos de abnegación, siempre cumplidos por amor al Señor, ante su faz y para su gloria. Los actos de abnegación no exigen circunstancias extraordinarias; se presentan en las actividades cotidianas de la vida y consisten en una decisión interior y una orientación de la voluntad. Pueden encontrarse en una palabra, una mirada, un gesto, o cualquier otra cosa sin importancia. Su rasgo característico es la negación a satisfacerse a sí mismo, una firme resistencia a la propia voluntad.

El sentimiento de la propia importancia

Examináos y ved si tenéis un vivo sentimiento de vuestra importancia, o bien, en términos negativos, si todavía no habeis

29x9=261x4=1044 % 5 =

comprendido que no sois nada. Ese sentimiento de suficiencia está profundamente enterrado, pero gobierna toda nuestra vida. Lo que exige en primer lugar, es que todo vaya como deseamos, y tan pronto como algo nos contraría, nos quejamos a Dios y estamos irritados contra los demás.

El alto valor que nos atribuimos, consecuencia de ese sentimiento de nuestra importancia, no sólo turba nuestras relaciones con los otros, sino igualmente nuestra actitud hacia Dios. Ese amor propio es tan engañoso como el demonio, se disimula diestramente bajo palabras humildes, estableciéndose firmemente en el corazón, de manera que nos balanceamos entre la falsa humildad y el amor propio.

La gracia actúa en secreto
Arrepentimiento continuo y lágrimas incesantes

Es necesario comprender que un hombre que tiende hacia la perfección con todas sus fuerzas no tiene conciencia del progreso que hace en este camino. Trabaja con el sudor de su frente, pero, conforme a lo que a él le parece, sus esfuerzos no dan fruto. Es que la gracia actúa en secreto. El ojo de la visión humana no discierne lo que ella está realizando. Lo único que el hombre puede ver es su indignidad. El camino de la perfección pasa por ese sentimiento de que somos ciegos, pobres y desnudos. Ese sentimiento de despojo está estrechamente ligado a la contricción del espíritu que nos hace desahogar ante Dios, en un arrepentimiento continuo, en la tristeza y el desagrado que sentimos ante nuestra impureza. Los sentimientos de penitencia son un elemento esencial del verdadero progreso espiritual, y quien se evade de ellos se separa del buen camino. El arrepentmiento es el punto de partida y la piedra fundamental de nuestra nueva vida en Cristo, y debe estar presente, no sólo al comienzo, sino durante todo el curso de nuestro

208
5 | 104
040
0

crecimiento en Cristo, profundizándose a medida que avanzamos. Alcanzando la madurez espiritual, el hombre adquiere conciencia aguda de su pecado y de su corrupción; su contrición y su arrepentimiento llegan a ser cada vez más profundos. Las lágrimas son la medida del progreso, y las lágrimas incesantes son el signo que brinda la purificación.

Re-creación en el Espíritu Santo

¡Pero todavía estáis flotando en la duda! Me miráis y, viéndome pecador ante vosotros, os preguntáis involuntariamente: "¿Es posible que el Espíritu Santo actúe en este pecador, en quien los movimientos apasionados son todavía tan evidentes y tan violentos? ."

El problema es pertinente. Me conduce a la perplejidad y al horror. Yo soy llevado, peco, fornico con el pecado, traiciono a mi Dios, lo vendo por el precio abominable del pecado. Y, a pesar de esa traición continua, de mi conducta pérfida y mentirosa, El permanece siempre igual. Pleno de bondad, espera mi arrepentimiento con paciencia y me atrae por todos los medios hacia la penitencia y la conversión. ¿Habéis oído lo que dijo el Hijo de Dios en el Evangelio? "No son los que tienen buena salud los que necesitan al médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a la penitencia" (Marcos, 2, 17). Así habla el Salvador, y así actúa. Ha comido con los publicanos y los pecadores, convirtiendo su corazón a la fe y a la virtud, y los ha introducido en la compañía de los santos, con Abraham y los demás justos.

¿No os sorprende la bondad infinita del Hijo de Dios? Sabed que el Muy Santo Espíritu es igualmente bueno e igualmente deseoso de salvar a los hombres. Está igualmente lleno de dulzura, paciencia y misericordia. El Espíritu Santo es una de las tres personas iguales de la Santa Trinidad que constituyen,

sin confusión, ni división, el Ser divino único, tres Personas en una sola naturaleza.

Y es el pecado el que atrae al Espíritu Santo hacia el hombre. El pecado que el hombre ha visto y no cometió, que ha reconocido y rechazado, ese tipo de pecado lo atrae. Cuanto más ve el hombre su pecado y más se lamenta de él, más agradable y accesible al Espíritu Santo se hace. El, que como un médico, viene sólo hacia aquellos que se reconocen enfermos, se separa de aquellos que están hinchados de orgullo y de vanidad. Mirad vuestro pecado y buscadle, no separéis de él los ojos. No os sobrevaloréis. Entregáos enteramente a la contemplación de vuestro pecado y llorad sobre él. Cuando llegue el momento, tomaréis conciencia de vuestra re—creación por la acción incomprensible, inexplicable, del Espíritu Santo. Vendrá a vosotros cuando no lo esperéis. Actuará en vosotros cuando os hayáis reconocido como totalmente indignos de él.

Un arrepentimiento continuo

Es imposible vivir en paz con Dios sin un *arrepentimiento continuo*. El apóstol Juan nos ha planteado esta condición para estar en paz con Dios: "Si nuestro corazón no nos condena" (I, Juan, 3, 21). Si no tenéis nada sobre la conciencia, os podéis presentar confiadamente ante Dios con un sentimiento de paz; pero si tenéis algo sobre la conciencia, vuestra paz será turbada.

Si tenemos algo sobre la conciencia, ello proviene de que reconocemos el pecado. Pero, si creemos al mismo apóstol, jamás estaremos sin pecado, y él lo afirma con tanta fuerza que llama "mentiroso" al que pretende carecer de pecado (I, Juan, 1, 8). No hay, entonces, un sólo instante en que no tengamos sobre la conciencia alguna falta, voluntaria o involuntaria, y por consiguiente, no hay momento en que nuestra paz con Dios esté plenamente segura. Por ello debemos purificar absolutamente

nuestra conciencia, para estar en paz con Dios. La conciencia es purificada por el arrepentimiento; es necesario, entonces, arrepentirse sin cesar. Pues el arrepentimiento lava al alma de toda mancha y la vuelve pura (I Juan, 1, 9). El arrepentimiento no consiste únicamente en las palabras: "Perdón, Señor, ten piedad, Señor". Para recibir la remisión de los pecados debemos igualmente considerar plenamente la impureza fundamental de todos nuestros pensamientos, de todas nuestras miradas, de todos nuestros deseos; debemos saber que somos culpables, que hemos transgredido la ley y que no tenemos ninguna justificación; debemos reconocer cuánta necesidad tenemos de orar a Dios para que nos otorgue su perdón; y esto, hasta que nuestro espíritu tenga por fin la paz. Si se trata de pecados graves, es necesario confesarlos inmediatamente a nuestro padre espiritual y obtener su perdón, porque, en ese caso, no podemos restaurar la paz simplemente por los actos cotidianos de arrepentimiento de nuestra oración privada. Por consiguiente, el deber que consiste en arrepentirnos continuamente, constituye uno solo con el de mantener nuestra conciencia pura y sin reproche.

Tomad vuestro partido en la prueba

Tomad esto como regla: ante todo, preparáos para encontrar siempre algún disgusto y, cuando llegue, tratadlo como algo que esperábais. En segundo lugar, cuando se produzca algo contra vuestra voluntad y estéis a punto de irritaros, de perder la sangre fría, apresuráos a fijar vuestra atención en vuestro corazón y haced todo lo posible para reprimir esos sentimientos. Endurecéos contra ellos y orad. Si llegáis a impedir a esos sentimientos brotar en vosotros, habréis terminado con vuestra turbación, pues ellos se encontraban en su punto de partida. Si un sentimiento de ese tipo, aunque débil, nace en vosotros, tomad,

si es posible, la resolución de no hacer ni decir nada hasta haberlo eliminado. Si pensáis que esto es imposible, esforzáos por hablar y actuar, no según esos sentimientos, sino conforme al mandato de Dios, del modo que El quiere, con dulzura y calma, como si nada hubiera pasado. En tercer lugar, no esperéis que la naturaleza de las cosas cambie, y resignáos a conocer esas fricciones durante toda vuestra vida.

No olvidéis esto, y no subestiméis su importancia, pues de otro modo nuestra paciencia no estará nunca firmemente establecida. Finalmente, con todo esto, mantened una expresión de buen humor, una manera de hablar afable, una conducta amistosa, y evitad por encima de todo recordar a las otras personas sus palabras y actos injustos. Haced como si no hubieran hecho nada malo. Habituáos a mantener sin cesar el recuerdo de Dios.

Borrad toda impresión extraña

He olvidado recordaros que toda impresión extraña al estado interior al que aspiráis, debe ser eliminada tan pronto como la descubráis en vosotros. No lo dejéis para más tarde, no esperéis mucho tiempo. El método es simple: descended en vuestro corazón, allí donde la impresión se hace sentir, rechazadla, rehusando darle abrigo y, al mismo tiempo, orad al Señor para que os proteja de ella. Haced esto hasta que la impresión se vaya.

Escrutemos nuestros pensamientos

Que el ojo de vuestro intelecto no se separe de vuestro corazón; y cuando algo se manifieste en él, apresuráos a tomarlo y examinarlo. Si es bueno, dejadlo, si no, destruidlo inmediata-

mente. De esta manera, aprended a conoceros; si un pensamiento emerge más a menudo que otros, eso revela en vosotros una pasión más fuerte que las otras; eso significa que debéis combatirla con una energía más grande. No pongáis ninguna confianza en vosotros mismos, no esperéis tener éxito en nada por vuestra propia fuerza. Todo remedio viene del Señor. Remitíos entonces a El, y ésto en todo tiempo. Haced esfuerzos y perseverad, pero no esperéis el bien más que del Señor.

El conocimiento de si mismo y la lectura de los Padres

Velad sobre vosotros mismos, ocupáos ante todo de vuestro corazón. Para discernir los movimientos de vuestro corazón, leed los escritos de San Juan Clímaco, de San Isaac el Sirio, de Barsanufio y Juan, de Diádoco, de Filoteo, de abba Isaías, de Evagrio (3), de Casiano y de Nilo (4), que se encuentran en la Filocalia. Aplicáos a vosotros mismos todo lo que dicen. Cuando leáis, no os contentéis con conservar en el espíritu una idea general de lo que dicen los autores, sino haced siempre de ello una regla personal que podáis aplicaros a vosotros mismos. Si hacéis esto, la idea general que os hayáis formado tomará siempre matices nuevos.

Pasar de una percepción a otra

A partir de ahora, vuestras deliberaciones interiores no serán como antes. A menos de estar animado por la gracia, el razonamiento del hombre se pierde en generalidades; ahora, al contrario, puesto que estáis guiados por la gracia y bajo su imperio, ella os sugerirá aplicaciones concretas, que no os dejarán ninguna excusa ni escapatoria, y os presentará las cosas bajo el aspecto que conviene más a vuestra situación. Así, en

realidad, eso será menos una meditación que el pasaje de una forma de percepción a otra.

El camino purificador de los sufrimientos cada vez mayores

Debemos continuamente aceptar de la mano de Dios pruebas y tribulaciones, y también el espíritu de contrición que él despierta en nosotros. En efecto, esas cosas, y otras del mismo tipo, son un instrumento muy eficaz para purificarnos. Prácticamente, esas experiencias son tan importantes como lo es un guía espiritual, y cuando este último falta, lo reemplazan, al menos si son acogidas con fe y humildad. Pues, en tales circunstancias, es Dios mismo el que actúa como guía espiritual, y El es, con toda seguridad, más sabio que cualquier hombre. San Isaac el Sirio describe en detalle la manera en que el Señor conduce progresivamente al hombre en el camino purificante de los sufrimientos cada vez mayores y cómo despierta en él el espíritu de contrición. Todo lo que se requiere de nosotros es la fe en la Providencia amante de Dios y la aceptación inmediata, alegre y reconocida, de todo lo que nos envía. La falta de fe y la negativa a aceptarlas, quita a esas experiencias amargas todo su poder purificador, impidiéndoles alcanzar nuestro corazón y el fondo de nuestro ser. Sin aflicciones ni dificultades exteriores, es difícil resistir el orgullo y evitar la vanagloria. Sin las lágrimas de la contrición, ¿cómo desembarazarse del sentimiento fariseico del propio valor y justicia?

Buena para nada

Un alma a la que las penas no han probado, no es buena para nada.

La ruta hacia el Reino

No hay más que una sola ruta hacia el Reino: la cruz, voluntaria o involuntaria.

3. La labor interior y exterior

Los dos niveles de la vida en un monasterio

La vida en un monasterio comporta dos niveles diferentes: uno es exterior, el otro interior. Las reglas impuestas en un monasterio conciernen todas a la vida exterior. Esas reglas son necesarias, simplemente, porque nosotros llevamos al monasterio nuestro cuerpo al mismo tiempo que nuestra alma; sin embargo, el trabajo para la salvación del alma se cumple a su propio modo, lado a lado con esas reglas exteriores. Si no se comprende bien esto, se corre el riesgo de abandonar desde el primer intento la vida monástica, estimando que esas reglas y esas tareas nada tienen que ver con el fin que nos hemos propuesto y hacia el cual nos sentimos atraídos. Inversamente, una vez fijado en el monasterio, se puede pensar que la vida monástica está enteramente contenida en esas reglas. En ese caso, se pena en vano, no se da un sólo paso hacia la purificación del alma.

Consagráos enteramente a una vida donde las manos y los pies hagan una cosa, mientras el alma, en su deseo de encontrar la salvación, se ocupa de algo diferente.

El principal enemigo de la vida en Dios

El principal enemigo de la vida en Dios, es la abundancia de preocupaciones mundanas. Esa abundancia introduce al hombre en una ronda sin fin de actividades seculares. Cada día, por la mañana o la tarde, pasa de una ocupación a otra, no encuentra un instante de reposo, no tiene tiempo de volverse hacia Dios ni de elevarse un instante hacia él en la oración.

Esta profusión de ocupaciones no tiene lugar en un monje. Aquéllos que comprenden esto entran al monasterio simplemente para liberarse de esas preocupaciones torturantes; y son liberados. Cuando la multitud de preocupaciones se borra, el intelecto y el corazón llegan a ser totalmente libres y nada les impide permanecer con Dios y regocijarse en él. Aquéllos que practican la vida monástica de una manera inteligente, logran esto rápidamente y se establecen firmemente en ello. Todo lo que queda por hacer, luego, es conservar ese tesoro que es la ausencia de preocupaciones, y ellos lo logran efectivamente. Cada monje o monja tiene una tarea para cumplir en el curso de la jornada. Como esas tareas son asunto de rutina, no requieren atención particular, y así las manos pueden ponerse a la obra mientras el intelecto conversa con Dios y alimenta el corazón. Esta norma para el ordenamiento interior de las cosas fue recomendada, hace mucho tiempo, por San Antonio el Grande. Ved, pues, que también los monjes tienen una vida activa, comparable con la de los laicos. Sólo que sus actividades no se acompañan de la multitud de preocupaciones que carcomen el espíritu de los laicos. Es esta ausencia de ansiedad, resultado de la organización metódica de la vida monástica, lo que hace a los monjes capaces de ligarse firmemente a su propósito, en otros términos, de permanecer constantemente con Dios y en Dios.

Paz interior y salud física

No olvidéis que la salud no depende solamente del alimento, sino, sobre todo, de la paz interior. La vida en Dios, arrancándonos del tumulto del mundo, da paz al corazón y, por ese hecho, mantiene al cuerpo en buena salud. Nuestras actividades no son todo en nuestra vida. Lo que más importa es mantener el corazón dirigido hacia Dios y unido a él.

Contemplación y acción deben ir de la mano

No podemos limitarnos sólo a la vida activa, debemos, también, matizarla con ocupaciones intelectuales de tal modo que, por su intermedio, podamos mantener en buena condición nuestro estado interior. Debemos, siempre, unir la contemplación a la acción y la acción a la contemplación. Cuando ambas cosas están unidas, permiten al alma avanzar rápidamente, pues ellas la purifican del mal y la fortifican en el bien. Mirad los escritos de Juan Colobos y de abba Poimén (5); la misma enseñanza se puede encontrar en todos los autores ascéticos.

Vivir la vida contemplativa en el mundo

Hay dos caminos que llevan a la unión con Dios: la vía activa y la vía contemplativa. La primera conviene a los cristianos que viven en el mundo, la segunda a aquellos que han abandonado toda preocupación mundana. En la práctica, sin embargo, esos caminos no están nunca completamente separados. Aquellos que viven en el mundo deben llevar la vida contemplativa en una cierta medida. Así como os he dicho más arriba, se debe tomar el hábito de recordar sin cesar al Señor y marchar ante su faz; eso es lo que se entiende por "vía contemplativa".

Una pregunta surge entonces: "¿Cómo permanecer atentos a la presencia del Señor mientras se está ocupado en actividades diversas? " He aquí cómo se puede hacer esto: "Cualquiera sea vuestra ocupación, grande o pequeña, pensad que es el mismo Señor omnipresente quien os ordena cumplirla, y que mira cómo la ejecutáis. Si tenéis constantemente este pensamiento en el espíritu, cumpliréis con atención todos los deberes que os incumben y, al mismo tiempo, permaneceréis en presencia del Señor. En esto reside, para alguien que se encuentra en vuestra posición, el secreto de una manera cristiana de cumplir con el deber. Os lo ruego, pensad en ello, atenéos a esta práctica. Y cuando lo hayáis logrado, vuestros pensamientos dejarán de vagar aquí y allá.

¿Por qué esto no anda bien ahora? Creo que es porque queréis recordar a Dios olvidando los asuntos del mundo. Pero esos asuntos se deslizan a pesar vuestro en vuestro espíritu y arrojan de allí el recuerdo del Señor. Es justamente lo contrario lo que se debe hacer: ocuparos de los asuntos del mundo pero como si hubiérais recibido una misión del Señor para ello y como si fuera una tarea cumplida en su presencia. Actuando como lo hacéis actualmente, fracasaréis a la vez sobre el plano espiritual y sobre el plano material; pero si hacéis como acabo de explicaros, todo irá bien en las dos esferas.

El cuerpo en el trabajo, el pensamiento con Dios

El cuerpo en el trabajo, pero el pensamiento con Dios: éste debe ser el estado de un verdadero cristiano.

Debemos poner en orden nuestro estado interior desde que abrimos los ojos por la mañana; debemos conservar ese estado de orden interior durante todo el día y, por la noche, reanimarlo, fortificarlo y dormirnos en él. Es algo bueno poner límite a nuestros afectos personales, evitar las amistades

particulares y hacer que nuestras relaciones con los demás sean todas de la misma naturaleza (6). Cuando llega la oración interior, ella puede reemplazar, en parte, la asistencia a la iglesia. Sin embargo, nada acrecienta el fervor de la oración interior como frecuentar la iglesia.

Libre de toda preocupación

Velad para mantener el orden de vuestros pensamientos en lo que concierne a las preocupaciones mundanas. Tratad de que vuestro cuerpo pueda cumplir su trabajo habitual dejándoos libre para permanecer constantemente con el Señor en espíritu. El Dios de toda misericordia os dará la libertad respecto a las preocupaciones, y allí donde prevalece esta libertad, cada cosa se cumple a su debido tiempo y nada resulta pesado. Buscad, pedid y os será dado.

Es necesario permanecer oculto

Esforzáos por cumplir vuestros trabajos ascéticos, de tal modo que nadie en el monasterio sepa de ello una palabra. Si los otros están al corriente de esto o lo otro, es ya algo malo. No penséis que el secreto, para impedir que los demás vean o sepan, no es totalmente necesario. El esfuerzo espiritual que se muestra hacia afuera está vacío y carece de valor.

La ascesis es un medio, no un fin
No hay salvación sin humildad

Las obras exteriores y los esfuerzos de la ascesis son medios y no fines en sí mismos; no tienen valor más que cuando nos

conducen a nuestro fin y contribuyen expresamente a él. Es necesario que no ocupen vuestro pensamiento como si se tratara de cosas importantes. Las cosas esenciales son nuestros sentimientos y nuestra disposición interiores. Volved hacia ese lado toda vuestra atención, una vez que hayáis establecido vuestra regla de vida exterior. Por encima de todo, mantened la humildad y orad para que ella os sea otorgada, condenáos tan a menudo como podáis a fin de alcanzar el desprecio de vosotros mismos. Desde que os despertáis, esforzáos por comprender hasta qué punto sois indignos y tratad de mantener ese pensamiento todo el día. Rebajáos más todavía cuando estáis frente al Señor en la oración. ¿Qué soy y a quién tengo la temeridad de dirigir palabras humanas? Regocijáos si tenéis que sufrir humillaciones que no habéis buscado. Acojedlas como una misericordia muy particular por parte de Dios. Sabed bien que, cuando os disgustéis a vosotros mismos, es porque estáis en una buena disposición; pero desde que un sentimiento de suficiencia, incluso muy ligero, se desliza en vosotros y comenzáis a apreciaros en gran medida, reconoced que no estáis en una buena disposición y condenaos. Por el amor de Dios, os lo suplico, no olvidéis esto. Si la humildad falta, todo lo demás es inútil. Hay personas que alcanzaron la salvación únicamente por la humildad, sin dedicarse a ningún esfuerzo ascético; pero sin humildad, nadie ha sido salvado ni podrá serlo jamás.

El andamiaje y la construcción

Pensad lo menos posible en los esfuerzos ascéticos exteriores. Aunque sean necesarios, sólo son el andamiaje en el interior del cual se eleva la construcción. No son la construcción en sí misma; la construcción está en el corazón. Llevad toda vuestra atención, entonces, sobre lo que sucede en vuestro corazón.

La primera tentación que os atacará será la vanidad, el sentimiento de vuestra propia justicia. Será seguida por la vanagloria –sonando la trompeta ante vosotros– luego llegaréis a ser arrogantes con los demás. Comprended la naturaleza de estas tentaciones. Leed a San Macario el Grande y sobre todo la *Santa Escala* de San Juan Clímaco, donde encontraréis muchas cosas en lo que concierne al discernimiento de los pensamientos. Una misma acción puede ser agradable o desagradable a Dios, ello depende de los pensamientos que la acompañan. Aprended, pues, lo que ellos os enseñan.

Distracción y seducción del corazón
Por qué a veces nos sentimos tristes

Me decís que estáis sujeto a distracciones. Ese es el primer ataque del enemigo y es peligroso para nuestro orden interior. Cuando entráis en comunicación con otras personas y os ocupáis de negocios seculares, hacedlo de tal modo que mantengáis, al mismo tiempo, el recuerdo del Señor. Actuad y hablad siempre con la certidumbre de que el Señor está cerca y dirige todas las cosas según su buen parecer. Si, por consiguiente, algo requiere vuestra atención, preparáos de antemano, para que podáis ocuparos de ella sin abandonar al Señor, permaneciendo todo el tiempo en su presencia. Orad para que esto os sea acordado. Es ciertamente posible adquirir este hábito, hacéos simplemente una regla de actuar de este modo a partir de ahora.

El segundo ardid del enemigo, que nos impide permanecer en nosotros mismos, es la ligazón del corazón a alguna cosa que lo tiene en cautividad, pues es peor que la distracción. Esto no es lo que os ha sucedido, y habéis vuelto rápidamente a vuestro estado habitual. Pero si vuestro corazón hubiera estado ligado a alguna cosa, habríais debido sostener una larga lucha para liberaros. En ese caso, lo primero que se debe hacer es arrancar

del corazón el objeto que lo mantiene cautivo y luego provocar un cambio completo de las disposiciones interiores. Mantened todo esto en vuestro espíritu y protegéos por todos los medios contra las distracciones y, más aún, contra ese embrujamiento del corazón. El remedio es siempre el mismo; no dejar que la atención se aleje del Señor ni perder la conciencia de su presencia.

¿Por qué una larga conversación deja un sentimiento de tristeza? Porque, en el curso de la conversación, vuestra atención se aleja del Señor. Esto, no le agrada al Señor, y os hace tomar conciencia de ello poniéndoos triste. Habituaos a permanecer sin cesar con el Señor mientras hacéis cualquier cosa, y haced todas las cosas por El, intentando actuar en armonía con sus mandamientos. Entonces no os sentiréis jamás tristes, pues sabréis que estáis siempre en tren de cumplir su obra.

Trabajad con vuestras manos, pero permaneced con Dios en el intelecto y en el corazón

Ante cualquier orden que se os dé, cumplidla sin discutir interiormente, con entera buena voluntad, como si *la orden viniera de Dios*. Grabad profundamente en vuestro corazón estas últimas palabras que he subrayado, y actuad en ese espíritu; aceptad todas las órdenes como si vinieran directamente de Dios y ejecutadlas con celo y atención, como una tarea ordenada por Dios que es cumplida en su presencia. Actuad como si obedeciérais, no a los hombres, sino al Dios que lo ve todo, y temed el juicio que espera a aquellos que cumplen blandamente la obra de Dios (Jer. 48, 10). Os lo ruego, mantened esto bien presente en el espíritu.

Y ahora, considerad el cambio que se manifiesta en los designios del Señor a vuestro respecto, de modo de evitar comportaros opuestamente a su intención. ¿Cuál era anteriormente vuestra situación? En la iglesia, os manteníais separado, bien cómodo, no teniendo otra cosa que hacer que orar y reconfortaros con el calor de la oración. En vuestra celda también, lo principal era la oración y sólo la oración. Ahora, en la iglesia, tenéis trabajo para hacer y en vuestra celda también. ¿Pensáis que eso carece de razón? Por el contrario. El Señor os ofrece una oportunidad de avanzar hacia una nueva etapa. Anteriormente pasábais vuestro tiempo orando con fervor, sin ninguna ocupación que os fuera impuesta por la regla monástica. Ahora, debéis aprender a permanecer en oración como antes, pero, además, con ocupaciones. Es lo que el Señor espera. Encontrad el medio de lograrlo. Anteriormente, teníais un poco de trabajo, pero ahora mucho más. Debéis hacer lo que tenéis que hacer y, al mismo tiempo, no permitir a vuestro intelecto alejarse de Dios, es decir que debéis estar como si os mantuviérais en oración. He aquí el principio que debe guiaros: trabajad con vuestras manos, pero permaneced con Dios en el intelecto y en el corazón. Escribid, pero que vuestro intelecto no se separe de Dios, y no permitáis que disminuya el calor de vuestra oración ni la sobriedad de vuestro espíritu. Lo mismo debe ser cuando cumpláis vuestras funciones en la iglesia. La práctica os enseñará cómo hacerlo. Y, de esta manera, adquiriréis una experiencia nueva y una nueva fuerza para permanecer en vuestro interior.

Una verdadera obediencia por el amor del Señor

Habláis de una obediencia mecánica cuando se trata de obedecer con repugnancia. Pero, de hecho, la única obediencia

que puede formar el carácter es aquella que se opone a nuestra voluntad y a nuestras ideas personales.

¿Si hacéis algo hacia lo que vuestro corazón os lleva, dónde está vuestra obediencia? Seguís simplemente vuestra propia voluntad y vuestros gustos personales. Si tomáis conciencia de vuestras motivaciones, hacéis ese acto algo mejor. Sin embargo, en la verdadera obediencia, obedecéis sin saber porqué se os ha ordenado esto y a pesar de vuestra repugnancia. Se ha prometido una bendición especial a esta obediencia: la de permanecer al abrigo de todo mal cuando el deber impuesto se encuentra cumplido. Cuando esta obediencia se realiza por amor al Señor, Dios toma al servidor obediente bajo su protección y vela por él.

Una obediencia sin réplica tiene más valor que un esfuerzo ascético

Pensáis que las cosas iban mejor cuando la obediencia sólo os exigía hacer trabajos de secretariado. Os equivocáis. Una obediencia sin réplica, que va contra nuestros gustos personales, tiene más valor que cualquier esfuerzo ascético. No puede ser perjudicial más que cuando es cumplida de manera superficial y con un juicio falso, como es vuestro caso. En efecto, el Señor recompensa siempre el esfuerzo de renunciamiento. No parecéis turbado por vuestra resistencia a la obediencia. Ayer hicisteis el voto de obedecer al Superior, y hoy os negáis a cumplir un ligero deber para el que estáis perfectamente calificado. ¿Es así como se cumple un voto? El voto de obediencia es vuestra alianza con el convento, el fundamento mismo de vuestra vida monacal; y he aquí que esta alianza se encuentra rota, y que sois separado de la ruta sobre la cual habíais dado el primer paso. Debéis arrepentiros y verter lágrimas sobre todo esto. El resultado es que vuestro orden interior será necesariamente

turbado, y tal vez se encuentra ya destruido, incluso si exteriormente parece todavía estar en camino de edificarse. Debéis hacer penitencia por esto.

Haced tres posternaciones seguidas, suplicando con lágrimas al Señor que os perdone vuestro engaño y vuestra desobediencia, pues habíais prometido algo en palabras, mientras con vuestras acciones hacíais todo lo contrario. Arrepentíos en confesión de ese pecado, pues es un pecado no sólo de intención, sino de hecho. Orad a Dios para que inspire a vuestro superior de modo que decida daros nuevamente la misma obediencia; y cuando esto os sea dado, detened vuestras posternaciones.

Un bienhechor baño de barro

Me escribís: "Trabajo entre los novicios como un debutante". No sé de qué género de trabajo habláis, sin embargo, que un trabajo sea oportuno o no, ello depende enteramente del espíritu con que se realice. Discernid ese espíritu, y juzgad vuestro trabajo según ese criterio.

Cuando os parece que sois calumniados, aceptadlo; es un bienhechor baño de barro. Hacéis bien en no perder un sentimiento de amistad fraternal hacia aquéllos que os aplican ese remedio.

Demasiado absorbido por el trabajo

Vuestra pereza en las ocupaciones espirituales proviene del ardor con que habéis emprendido vuestro trabajo material. No os dejéis llevar demasiado por vuestro trabajo, pues, de ese modo, vuestra cabeza estará en la confusión. Y si vuestra cabeza está en la confusión, vuestro corazón lo estará también.

9 x 28 = 252

El trabajo manual

El trabajo manual conduce a la humildad, colma los momentos vacíos e impide a los pensamientos vagabundear. Reemplazarlo por postraciones es bueno, efectivamente se trata de una forma de trabajo mejor. ¿Pero es ello siempre posible? . Los anacoretas de Egipto permanecían sentados, ante su trabajo manual, de la mañana a la tarde, sumergidos en la oración interior y el recuerdo de Dios. Cumplían su regla de oración exterior durante la noche. Sin embargo, San Isaac el Sirio no aprueba el trabajo manual, estimando que distrae del pensamiento de Dios. Esto es verdad cuando se trata de un trabajo complicado, pero un trabajo simple no hace daño.

Una ligazón excesiva a las reglas

Todo tipo de ocupación es bueno, desde el momento en que ayuda a mantener la atención dirigida hacia Dios. No necesito precisar a qué ocupaciones quiero referirme. Si una ocupación no enriquece vuestra vida de oración es necesario abandonarla y tomar otra. Por ejemplo, abrís un libro y comenzáis a leer, pero esto no adelanta; dejáis ese libro de lado y tomáis otro; si ello tampoco resulta tomáis un tercero; y si sucede lo mismo dejad la lectura y haced postraciones o bien meditad. Deberéis tener algún trabajo manual que no distraiga vuestra atención. Cuando vuestra atención hacia Dios está despierta y la oración continúa en vuestro interior, es mejor no emprender nada —si estáis en vuestra casa, bien entendido—; mantenéos sentado o caminad, o, mejor aún, teneos de pie ante los íconos y orad. Cuando la oración se debilita, alimentad su fervor por medio de la lectura o la meditación. Las reglas son necesarias para aquéllos que entran a un monasterio, a fin de que se acostumbren a las actividades y ocupaciones monásticas. Pero más tarde, cuando

han alcanzado ciertas percepciones interiores y, particularmente, el calor del corazón, las reglas dejan de ser estrictamente necesarias. En general, no debemos ligarnos excesivamente a las reglas, sino permanecer libres a su respecto, no teniendo más que un fin: mantener la atención dirigida hacia Dios en un sentimiento de adoración.

Nuestro cuerpo debe estar siempre tenso como una cuerda de violín, como un soldado en la guardia, y no debemos dejar que se ablande; y esto, no sólo cuando caminamos o estamos sentados, sino igualmente cuando estamos de pie o acostados.

Todo lo que debemos hacer, sea importante o no, debe ser cumplido como si la mirada de Dios estuviera fija sobre nosotros. Todo visitante, toda persona debe ser recibido como un mensajero de Dios. El primer problema que debemos plantearnos interiormente es : "¿Qué es lo que el Señor desea que yo haga con esta persona, o por ella? " Debemos recibir a cada uno como la imagen de Dios, con respeto, listos para ir en su ayuda siempre que podamos.

No compadecerse a sí mismo, estar siempre listo a prestar servicio, abandonarse totalmente al Señor, ésas son las cosas que construyen una vida espiritual auténtica.

Las actividades exteriores no deben distraer del trabajo interior

Habéis abordado el problema de las ocupaciones. Puesto que lo que hacéis no depende de una regla monástica, sino de vuestra propia decisión, podéis organizar vuestras actividades de manera que no desordenen vuestra vida interior. En esto, seguid la opinión de San Isaac el Sirio. El no es favorable al trabajo manual y sólo lo permite ocasionalmente, cuando es necesario, pues distrae la atención del intelecto. Debemos dedicarnos muy particularmente a evitar esto. Dejar totalmente de trabajar es

imposible, el trabajo es una necesidad de nuestra naturaleza. Sin embargo, no debemos dedicarnos excesivamente a él. Los monjes egipcios trabajaban todo el día y, sin embargo, su intelecto no se alejaba de Dios.

Mantener vivo el fuego interior

Aprended a hacer todo lo que hacéis de tal manera que ello caliente vuestro corazón en vez de enfriarlo. Ya sea que leáis u oréis, trabajéis o converséis con los demás, debéis conservar este firme propósito: no dejar que vuestro corazón se enfríe. Mantened vuestro fuego interior recitando una breve oración, y velad sobre vuestros sentimientos para que ellos no disipen ese calor. Las impresiones exteriores están muy raramente de acuerdo con el trabajo interior.

Trabajo interior y sobriedad

He aquí los diferentes medios por los cuales podemos destruir nuestras pasiones. A veces son dominadas por nuestros propios esfuerzos mentales y activos; a veces por nuestro director espiritual, y a veces por el Señor mismo. Ya hemos dicho que sin el combate interior, los esfuerzos exteriores son inútiles; ello es también verdad para los esfuerzos que hacemos bajo la dirección de un maestro y para la purificación efectuada en nosotros por la Providencia. El combate interior debe pues, ser incesante e ininterrumpido. En sí mismo, no tiene gran poder, pero si falta, todos los otros medios son inútiles y carecen de efecto. Entre aquéllos que trabajan activamente, aquéllos que sufren, aquéllos que lloran, aquéllos que obedecen a reglas impuestas, cuántos han perecido, o están en tren de perecer,

porque no han entablado el combate interior, el cuidado de su intelecto y de su corazón.

Recordad lo que hemos dicho sobre el valor positivo del trabajo interior: es él el que da a todas nuestras actividades exteriores su fin y su eficacia. Esto nos muestra hasta qué punto el trabajo interior es importante. Resulta claro que, para cada uno constituye el punto de partida, el fundamento y el fin de todos los esfuerzos ascéticos y espirituales.

Toda nuestra tarea puede reducirse a la siguiente regla: recogerse en el interior de sí mismo, encontrar la vigilancia espiritual, ponerse al trabajo interior y, así preparado, cumplir las obligaciones exteriores impuestas, ya sea por el director espiritual, ya sea por la Providencia. Sin embargo, mientras hacéis esto, debéis velar y tener en cuenta, con una atención rigurosa e implacable, todo lo que pasa en vuestro interior. Si una pasión se levanta, rechazadla y golpeadla mental y activamente, sin olvidar volver a encender y reanimar vuestro espíritu de contrición y la tristeza por vuestros pecados.

Es hacia allá arriba que toda la atención del combate espiritual debe ser dirigida. De esta manera, por una concentración continua, evitaréis dejaros distraer y mantendréis sujetos los riñones de vuestro espíritu. Siguiendo este camino interior, velando sin cesar sobre vosotros mismos, aprenderéis la virtud de la sobriedad.

Ya sabéis, ahora, por qué esos luchadores espirituales han considerado siempre que la virtud principal en todo trabajo espiritual es la sobriedad, y por qué consideran estériles a aquéllos que no la poseen.

Formarse a si mismo. Leer, sentir, actuar

Cada uno, pues, debe consagrarse a su propia formación y compenetrarse de las verdades contenidas en las palabras de

Cristo, para que ellas entren en su corazón y allí permanezcan. Con ese fin, debe leer y meditarlas, retenerlas en su memoria, aprender a sentir simpatía hacia ellas, amarlas profundamente y luego ponerlas en práctica. Es esta puesta en práctica lo que constituye el único fin de esta auto formación. Mientras esto falta, no se puede decir que un hombre ha tenido éxito en su formación, aunque conozca las palabras de Cristo de memoria y razone de una manera admirable. San Pablo censura a los Judíos en su Epístola a los Romanos: "Tú, pues, que enseñas a los demás, ¿no te enseñas a ti mismo? " (Rm. 2,21). Si un hombre predica a Cristo, pero no vive en El, es que la palabra de Cristo no ha entrado en él.

Resulta claro que una enseñanza exterior no puede dar fruto más que si está asociada a un esfuerzo de auto–formación. Cada uno debe comprender por sí mismo el sentido de aquello que le es enseñado, de modo que, después de haber leído o escuchado alguna cosa, se determine, no solamente a pensar exactamente conforme a ello, sino incluso a sentir y actuar de esa forma. En efecto, la palabra de Cristo sólo entra en un hombre para permanecer allí cuando éste se decide a creer y a vivir.

Es poco sagaz aquél que lee asiduamente las palabras de Dios, pero no se toma el trabajo de reflexionar sobre ellas y no las pone en práctica en su vida concreta. Pues la palabra de Dios corre a través suyo como si fuera un canal, sin penetrar ni dejar rastros. Podemos saber de memoria los Evangelios y las Epístolas, y no poseer, sin embargo, en nosotros, la palabra de Dios, porque no los hemos estudiado en la forma debida. Un hombre actúa insensatamente si alimenta solamente su inteligencia con las palabras de Cristo, y no se inquieta por poner su corazón y su vida en armonía con ellas. Permanecen allí, inertes y muertas, como arena vertida en su cerebro y en su memoria. La palabra de Cristo sólo vive cuando pasa a los sentimientos y a la vida, pero, si en aquél a quien nos referimos, esto no sucede, no se puede, pues, decir que la palabra de Cristo permanece en él.

Haced todo en el nombre del Señor Jesús

"Cualquier cosa que hagáis, en palabras o en actos, hacedlo en nombre del Señor Jesús, dando gracias por El a Dios Padre" (Col. 3, 17).

San Pablo habla aquí de la tercer manera por la cual probamos que nuestra morada secreta está en Dios; se trata de hacerlo todo en nombre del Señor Jesús. En lo que se refiere a los otros dos métodos, por medio del primero –la lectura de la Santa Escritura y la asimilación de las verdades que contiene– liberamos nuestro espíritu de las imaginaciones vanas e impuras y lo llenamos de pensamientos buenos, interesándonos sólo en las cosas divinas; por medio del segundo –la oración– tomamos el hábito de recordar constantemente al Señor y de marchar en su presencia. Estos dos métodos mantienen nuestra atención y nuestros sentimientos absortos en Dios.

¿Parece, tal vez, que esto es suficiente? Parece, pero no es así. Si esos dos métodos se utilizan solos, no nos conducen al fin que deseamos. El hombre no es sólo pensamiento y sentimiento, es, ante todo, acción. Está siempre en movimiento, constantemente en actividad. Sin embargo, cada acción implica atención y sentimiento. El hombre que actúa está aprisionado por su actividad. En consecuencia, el hombre que busca a Dios descubrirá bien pronto que, por causa de ciertas cosas que hace, su pensamiento se aleja de Dios y, después de su pensamiento, lo hacen sus sentimientos. Sus ocupaciones lo hacen descender del cielo a la tierra y lo hacen salir de su soledad en Dios para entrar en relación con otros hombres. Pues nuestras ocupaciones son casi todas visibles, ya que se cumplen en medio de otras criaturas y de objetos sensibles. De ello se sigue que, si las ocupaciones del hombre no están organizadas de modo que esté preservada su soledad en Dios, los dos primeros métodos permanecerán estériles y llegará a ser imposible practicarlos como se debe. Las ocupaciones nos distraen, incluso la lectura

de la Santa Escritura y la oración. Es por ello que el Apóstol, en el pasaje que acabamos de citar, nos enseña cómo hacer de todas nuestras actividades un medio de preservar nuestra vida secreta en Dios: hacerlo todo en el nombre del Señor. Si llegamos a acostumbrarnos a esto, no nos alejaremos jamás del Señor, ni en pensamiento, ni en nuestros sentimientos. Hacer todo en nombre del Señor significa hacerlo todo por su gloria y con el deseo de complacerlo, habiendo comprendido bien cuál es su voluntad, incluso en las cosas más comunes. De esta manera, los miembros del cuerpo trabajan como instrumentos, mientras que los pensamientos y los sentimientos están dirigidos hacia el Señor, deseosos de cumplir su tarea de una manera agradable a Dios y para su gloria.

Este método es más eficaz que los otros dos para alcanzar con seguridad nuestro fin. El éxito de los dos primeros métodos depende del éxito del tercero. Pues los dos primeros son de carácter mental, mientras que, a través de la acción, el pensamiento penetra todo nuestro ser. Cuando nuestra acción es santificada por su consagración a Dios, mientras la cumplimos, un cierto elemento divino penetra en todos los órganos y todas las potencias que participan en el trabajo. Cuando mayor es el número de acciones, más numerosos son los elementos divinos que penetran en el hombre. Finalmente, ellos lo llenan completamente, de modo que su naturaleza toda entera está sumergida en lo divino y habita en Dios. Poco a poco, como esta orientación hacia Dios llega a ser un hábito, la oración, con la preocupación de lo que está bien, se establecen también más sólidamente. La oración y la adoración impregnan el trabajo que se realiza por la gloria de Dios y, puesto que permanecemos en lo divino, en retorno, nuestras acciones mismas son dotadas de mayor fuerza y eficacia.

Todas nuestras actividades, San Pablo las resume en dos términos: palabras y acciones. Las palabras son pronunciadas por los labios, las acciones son cumplidas por los demás miembros.

Desde el momento en que nos levantamos hasta el momento en que nos vamos a dormir, estamos constantemente comprometidos en una u otra actividad. Nuestras palabras corren casi sin detenerse, mientras que los distintos movimientos del cuerpo se prosiguen en forma continua. ¡Qué magnífica ofrenda podríamos hacer a Dios, si todo esto fuera hecho para su gloria! Para que nuestras palabras sirvan para la gloria de Dios, es necesario desterrar de ellas no sólo los malos propósitos, sino igualmente la charla vacía e inútil; es necesario que una sola forma de conversación subsista, aquélla que edifica a nuestros hermanos, o al menos que no les causa daño. Debemos también consagrar a Dios ese don de la palabra que hemos recibido, recitando oraciones. Además, orientando nuestras acciones hacia la gloria de Dios, no solamente podemos desembarazarnos de las malas acciones realizadas bajo el efecto de la codicia o de la irritación (cosas semejantes no deberían venir al espíritu de un cristiano), sino que llegamos a ser también capaces de ver en qué estado de espíritu debemos cumplir esas acciones en la medida en que son permitidas, necesarias y útiles. Esto libera nuestra actividad de toda búsqueda de sí, de toda servidumbre respecto al mundo y sus caminos.

Hacer todo en nombre del Señor quiere decir orientar todo hacia su gloria, intentar cumplirlo todo de una manera que le sea agradable, porque ésa es su voluntad. Quiere también decir envolver cada acción con la oración, comenzarla por la oración y terminarla por la oración: cuando comenzamos, pedir la bendición de Dios; durante el trabajo, implorar su ayuda y, al terminar, darle gracias por haber querido cumplir su obra en nosotros y por nosotros.

4. Soledad

Afrontar la soledad en el monasterio

Una vez que ingresáis en el monasterio, debéis afrontar la soledad. La vida allí es dura para aquél que pretende vivir en numerosa compañía, como si lo hiciera en sociedad. En el monasterio, sólo debéis conocer una persona: el abad, o bien vuestro confesor o vuestro starets. Debéis estar con todos los demás como si no estuvieran allí. Entonces todo irá bien, si no, la algarabía será peor que en una sala de baño en San Petersburgo.

Nada más que Dios y el alma

Nada más que Dios y el alma, he aquí la vida de un monje, pero ¿cómo llegar a ello? Por el camino que queráis, siempre que os lleve allí. Pues, mientras no se alcance esa condición, no se habrá llegado a ser monje. Por difícil que sea llegar a ser monje, no os dejéis descorazonar. El buen celo llegará y disipará vuestros temores. El Espíritu es irresistible, llega, se hace aceptar por el corazón y realiza allí grandes cambios. Allí se encuentra el origen de toda verdadera vida monástica. Sería más

exacto decir que nadie se hace monje, se *es hecho* monje por una fuerza que no proviene de sí mismo.

Existen naturalezas tranquilas a las que no convienen los grandes actos de renunciamiento. Les resulta más natural vivir humildemente, en la simplicidad del corazón, haciendo el bien y ayudando a todos los que lo necesitan.

El mundo puede estar todavía con nosotros en nuestro corazón

Esa amiga, esa dama de la que me habláis, ¿piensa que, por haber renunciado al tumulto del mundo, ha hecho ya todo lo necesario? ¿No comprende que el mundo puede todavía estar con nosotros en nuestro corazón, mientras vivimos simplemente a nuestro gusto, como nos conviene?

Dar y recibir

Arregláos de tal modo que no salgáis fácilmente para encontrar otras personas y no aceptéis de buen grado recibir visitantes en vuestra casa. Los starets han escrito que mientras subsiste en nosotros un deseo de dar y recibir, no llegaremos a conocer la paz. Esta expresión "dar y recibir" comprende todas las clases de comunicación con los demás. Un grado tal de desligamiento no puede alcanzarse en forma inmediata, pero es necesario colocar, desde ahora, los fundamentos. Que la dulzura de vivir en compañía del Señor os llene de su gracia.

Buscar la voluntad de Dios en la soledad

Sabéis, naturalmente, que todo vuestro interés, en este momento, debe estar en transformaros interiormente. En función de esos cambios interiores y por la obediencia a los impulsos que ellos suscitan en vuestro interior, las cosas exteriores deben también cambiar. Comenzad por retiraros a la soledad, en el interior de vuestra casa, y consagrad esos momentos de soledad a orar, pidiendo insistentemente una sola cosa: "Hazme conocer, Señor, el camino por el que debo marchar" (Salmo 142, 8).

Orad también no solamente en palabras y en pensamiento, sino con vuestro corazón. Durante ese tiempo de retiro, dedicad a ello ciertas horas cada día y, lo que sería mejor, ciertos días a la semana. Utilizad lo mejor posible esas horas de soledad, buscando ante todo la luz y pidiendo a Dios que os muestre el buen camino. Agregad a esto la práctica del ayuno, que influye sobre el cuerpo y es una ayuda eficaz para la oración. Y durante ese tiempo, a título de entrenamiento, realizad actos de renunciamiento interior —a veces una cosa, a veces otra—, a fin de llegar a ser indiferente a todo. Retiráos en la soledad de tal manera que nada pueda arrancaros de ella. El fin perseguido es llevar vuestra alma a desear escapar de su modo de vida actual tan ardientemente como un prisionero desea escapar de sus cadenas.

Cómo utilizar los momentos de soledad

Utilizad vuestros momentos de soledad exclusivamente para trabajar por Dios, para orar y para pensar en Dios. Esas prácticas, si les sois sabiamente fieles, no os permitirán aburriros, pues traerán una consolación espiritual que ninguna otra cosa en la tierra os podría dar.

Qué significa estar recluido

Me decís que preferirías estar recluído. Es demasiado pronto y no es necesario. Después de todo vivís sólo, vuestros visitantes son poco numerosos y llegan de vez en cuando. Ir a la iglesia no interrumpe vuestra soledad, sino que la intensifica, y os da fuerzas para pasar vuestro tiempo en oración, en vuestra casa. De tiempo en tiempo, podríais permanecer encerrado un día o dos, esforzándoos por estar continuamente con Dios. Pero, en vuestro caso, eso se hace ya por sí mismo, de modo que no tenéis necesidad de hacer planes para llegar a estar recluido. Cuando vuestra oración sea lo bastante estable para que permanezcáis continuamente cara a cara con Dios en vuestro corazón, entonces tendréis la reclusión sin estar recluído.

¿Qué significa, realmente, estar recluído? Quiere decir que vuestro intelecto, encerrado en el corazón, permanece en presencia de Dios en la adoración y no siente ningún deseo de abandonar el corazón, ni de ocuparse de ninguna otra cosa. Buscad esta forma de reclusión y no os inquietéis por la otra. Incluso encerrado tras las puertas, se puede vagabundear a través del mundo, o dejar que el mundo invada la habitación.

Mantener vuestros pensamientos en el interior del monasterio

Alguien dijo: "Velad para que vuestros pensamientos no vagabundeen fuera de los muros de vuestro monasterio, y encontraréis rápidamente el dulce reposo del retiro monástico". Esa es la mejor parte elegida por María: llegar a un estado en que no tengáis en vuestro pensamiento nada más que la iglesia y la celda. ¡Qué excelente es eso! Creo que la beatitud que se encuentra en un estado semejante sobrepasa toda descripción.

La lucha contra las pasiones, en comunidad o en soledad

Estáis seguro —me decís— que hay más mérito en buscar a Dios en el tumulto de la vida cotidiana que en encontrar la salvación en la soledad. No disputéis por esto. Aquellos que buscan verdaderamente servir a Dios no intentan adquirir méritos. La única cosa de la que se preocupan, es purificarse de sus pasiones, de todo pensamiento y de todo sentimiento apasionados. Para llegar a ello, la vida vivida en común con otros conviene más, pues procura una experiencia práctica del combate contra las pasiones y de la manera de dominarlas. Esas victorias golpean a las pasiones en el pecho y la cabeza, y cuando se repiten, rápidamente las liquidan. En la soledad, por el contrario, la lucha se desarrolla únicamente en el intelecto, lo que a menudo hace tanto efecto como golpear a una mosca. He aquí porqué, en la soledad, se necesita más tiempo para destruir las pasiones.

Además, en ese combate, sucede casi siempre que las pasiones no sean totalmente destruidas, sino solamente obligadas a calmarse momentáneamente, hasta que reaparezca el objeto que las excita. Sucede a veces que la pasión estalla con la rapidez del relámpago; en ese caso, el hombre que goza desde hace mucho tiempo de la tranquilidad respecto a las pasiones porque las ha combatido, no sólo en su cabeza sino en la realidad concreta, no será quebrantado por este brusco ataque. Es por ello que aquellos que tienen experiencia en la vida espiritual aconsejan desembarazarse de las pasiones combatiéndolas según un plan preciso, viviendo en comunidad, y sólo más tarde retirarse a la soledad.

Somos contrariados cuando nuestra soledad es turbada

Sentirse molesto o contrariado cuando alguien interrumpe vuestra soledad, está mal. Eso sucede porque tenéis una excesivamente alta opinión de vuestra persona. Es como si dijérais: "No os *permitáis* molestarme". En ese momento, el enemigo triunfa. Hacéos una regla de no dejaros llevar por ese sentimiento de contrariedad. La exasperación y la cólera no pueden tener lugar en nosotros, salvo cuando están dirigidas contra nuestros malos pensamientos y sentimientos.

Falta de disciplina interior

Os quejáis de una falta de disciplina interior. Sin esta disciplina, no podéis hacer nada eficaz. Es más fácil lograrla si vivís en el desierto. El temor de Dios, un corazón humilde y contrito son sus primeras manifestaciones.

El verdadero desierto

¿Cómo organizaros para gozar de la paz del alma? Aseguráos una soledad interior. Pero esta soledad no es sólo un vacío; no se puede adquirirla simplemente haciendo el vacío en el interior de sí mismo. Cuando os retiréis en vuestro interior, mantenéos ante el Señor y permaneced en su presencia, sin dejar que los ojos de vuestro intelecto se separen de El. He aquí el desierto verdadero; permanecer cara a cara con el Señor. Es un estado que se conserva y se mantiene por sí mismo. Estar con el Señor es el fin de nuestra existencia, y cuando estamos con El, no podríamos dejar de sentir una impresión de bienestar; ese sentimiento atrae muy naturalmente nuestra atención,

y del mismo modo la atrae sobre el Señor que es su fuente.

Antiguos conocidos

Es bueno huir de las distracciones encerrándose entre cuatro paredes, pero mejor aún es hundirse en la soledad en sí mismo. La primera fórmula, sin la segunda, no tiene valor, mientras que la segunda es de gran valor, incluso sin la primera.

Ir a la iglesia es algo excelente, pero si podéis habituaros a orar en vuestra casa como si estuviérais en la iglesia, esa oración tiene el mismo valor.

Como un hombre mira a su amigo cara a cara, del mismo modo intentad manteneros ante el Señor, de manera que vuestra alma se encuentre frente a frente con El. Es algo tan natural que no debería ser necesario hablar de ello, pues, por su naturaleza misma, el alma está siempre en la búsqueda de Dios, y el Señor está siempre cerca. Ninguna necesidad hay de presentarlos uno al otro, pues son antiguos conocidos.

Soledad interior y exterior

Deseáis retiraros a la soledad. Cuando el tiempo oportuno haya llegado, será posible. Comenzad por prepararos para ello. De una manera general, me parece que el aislamiento completo no os beneficiaría, pero puede ser bueno que os retiréis a la soledad de tiempo en tiempo. No debéis buscar más que esto. Cuando la pequeña llama está encendida en el corazón y comenzáis a permanecer en el corazón con vigilancia, poseéis ya la verdadera soledad interior. La soledad exterior será igualmente necesaria, pero me parece que, incluso en ese caso, haréis bien en retiraros aparte sólo de tiempo en tiempo.

12*28=336*8=2688?
=
527

Preservar el recogimiento interior en medio de las preocupaciones exteriores

Habéis recibido de Dios un gran favor. El os muestra por ese medio que aprueba vuestros esfuerzos pasados y os estimula a emprender otros todavía mayores. Sin embargo, es posible, además, que quiera deciros que os llegarán las tentaciones interiores y también los trabajos y esfuerzos exteriores. Ese es el pensamiento de San Isaac. El dice que cada vez que sintáis una acción particular de la gracia, debéis considerarlo de todos lados, por temor a que un contratiempo os derribe. Sin embargo, debéis temer más los ataques de la vanagloria que las molestias penosas. En ese caso, recordad todo aquello que, en vuestro pasado, no sea motivo para sentiros orgulloso y, por ese medio, sofocad los pensamientos que se levantan en vuestro interior, como se sofoca el fuego con tierra por temor a que un incendio surja de una pequeña llama. La estima de sí mismo y la vanidad son seguidas por pensamientos y movimientos culpables, y por otras faltas que están lejos de ser desdeñables. Pueda el Señor preservaros de todo esto.

El Señor mira complacido vuestro deseo de soledad, pero no indica el momento en que podráis realizarlo. Esperad indicaciones precisas; hasta que os sean dadas, conservad el silencio interior y continuad haciendo todo lo que podáis para velar como se debe sobre vuestra clausura.

¿Cómo mantener la concentración interior en medio de las preocupaciones exteriores? Haced vuestro trabajo con celo y atención, regularmente y sin prisa. Cada cosa que debéis hacer, aceptadla como una orden de Dios y cumplidla del mismo modo. Vuestros pensamientos estarán así con el Señor. Podéis adquirir este hábito con la ayuda de Dios.

Retiráos en vuestro interior

Tenéis sed de soledad absoluta. Sería mejor esperar. La soledad exterior vendrá por sí misma cuando la soledad interior esté bien establecida. Dios arreglará todo. Sin embargo, no olvidéis que podéis estar solo en medio del ruido del mundo y que podéis igualmente estar sumergido en la algarabía del mundo aunque estéis encerrado en vuestra celda. Tendréis algo mejor que la soledad exterior si hacéis retiro en vuestro interior, de modo que ningún tumulto exterior pueda distraeros. Orad para que ello os sea otorgado.

5. Períodos de aridez

Dos tipos de desamparo

Que nuestra alma permanezca con el Señor —lo que constituye la esencia misma de la obra interior— no es algo que dependa de nosotros. El Señor visita el alma y ésta permanece con El, se regocija en su presencia y El la llena de calor espiritual. Luego, el Señor se retira y, repentinamente, el alma se encuentra vacía y no le es posible hacer volver al dulce Visitante de las almas. El Señor se aleja para poner el alma a prueba y, a veces, para castigarla, no precisamente por faltas exteriores, sino por algún mal interior que ella ha dejado entrar. Cuando el Señor se aleja de este modo para poner el alma a prueba, regresa rápidamente cuando ella grita hacia El. Pero cuando se retira para castigarla, no vuelve tan rápidamente, no antes de que el alma haya comprendido qué pecado cometió, se haya arrepentido, haya llorado y hecho penitencia.

¿Por qué el alma se enfría?

Por encima de todo, estad vigilantes cuando vuestra alma se enfríe; es un estado malo y peligroso. Ese es uno de los medios

que el Señor emplea para conducir, enseñar, corregir; pero también puede ser una manera de castigar. La razón suele ser generalmente un pecado manifiesto, pero puesto que, en vuestro caso, no aparece ningún pecado de ese tipo, es necesario buscar la causa en vuestros sentimientos y disposiciones interiores. ¿Es tal vez que el orgullo se ha deslizado en vuestro interior y pensáis que no sois como los otros? ¿Tal vez tenéis la intención de marchar sólo por el camino de salvación y subir al cielo por vuestros propios esfuerzos?

Los períodos de sequedad e insensibilidad son inevitables

Emprendéis vuestras diversas tareas, me decís, "la mayoría de las veces con repugnancia y sin ningún ardor. Debo forzarme"

Pero, después de todo, se trata de un principio fundamental de la vida espiritual: oponeros a lo que está mal y forzaros a hacer lo que está bien. Eso es lo que significan las palabras del Señor: "El Reino de Dios sufre violencia y los violentos se apoderan de él" (Mat. 11, 12). Es por ello que, seguir al Señor, es llevar el yugo. Si se hiciera todo con placer, ¿dónde estaría el yugo? Sin embargo, al final, se llega a hacer todo voluntaria y fácilmente.

Me decís: "Una oscura insensibilidad se apodera de mí, me convierto en un autómata, sin pensamientos ni sentimientos".

Un estado semejante aparece a veces como castigo, porque nos hemos dejado ir, en pensamiento o en deseo, hacia algo malo; a veces llega para educarnos, principalmente para enseñarnos la humildad, habituarnos a no esperar nada de nosotros mismos, a contar sólo con Dios. Algunas experiencias de ese tipo socavan la confianza en sí mismo. Cuando estamos librados a ese embotamiento, sabemos de dónde vendrá el socorro, sabemos en quién debemos confiar sobre todas las cosas. Ese

estado es deprimente, pero debemos soportarlo pacientemente, con el pensamiento de que no merecemos nada mejor, que lo tenemos bien merecido. No hay remedio, y la liberación sólo depende de la voluntad de Dios. Todo lo que podemos hacer es gritar hacia el Señor: "Que se haga tu voluntad. Ten piedad de mí. Ven en mi ayuda! " Pero es necesario que en ningún caso nos dejemos llevar por la flojedad, sería funesto y peligroso. Los santos Padres califican ese estado de enfriamiento o de aridez y están de acuerdo en considerarlo como algo inevitable para quien intenta hacer la voluntad de Dios pues, sin esas pruebas, llegaríamos a ser, rápidamente, presuntuosos.

El castigo de la cólera

En períodos de aridez, debemos examinar si no existe en nuestra alma algún sentimiento de suficiencia o de presunción, y en caso afirmativo, debemos arrepentirnos ante Dios y decidir ser más prudente en el porvenir.

Esta aridez viene, muy a menudo, a castigar la cólera, la mentira, el resentimiento, la crítica o el orgullo. El remedio está en volver al estado de gracia. Puesto que la gracia viene por la libre voluntad de Dios, no podemos hacer otra cosa que orar para que nos libere de esa aridez, de ese frío de piedra.

Falta de confianza en Dios

Tan pronto como os separáis de Dios, por levemente que sea, y no ponéis en El vuestra confianza, todo irá al revés, pues entonces el Señor se aleja, como diciendo: "Tú has puesto tu confianza en alguna cosa, muy bien, cuenta con ella en adelante". Y cualquiera sea dicha cosa, ella muy pronto se revelará como totalmente sin valor.

Sin la gracia, ¡qué frío!

Podéis ver cómo todo está frío sin la gracia, y de qué manera el alma permanece inerte y desatenta a todo lo que es espiritual. Esa es la condición de los paganos de buena voluntad, de los judíos fieles a la ley y de los cristianos que tienen una vida irreprochable, pero que no se ocupan de su interior ni de sus relaciones con Dios. Sin embargo, ellos no experimentan vuestro dolor porque no saben nada de los efectos de la gracia (lo que no es vuestro caso). Y como, de tiempo en tiempo, experimentan algún tipo de sentimiento de consuelo espiritual —natural, y no otorgado por la gracia— permanecen en paz.

¿Qué es lo que conserva la gracia en el alma, en mayor medida que cualquier otra cosa? La humildad. ¿Qué es lo que —más que cualquier otra cosa la hace huir? Los sentimientos de orgullo, la buena opinión de sí mismo, la confianza en sí mismo. La gracia se aleja cuando siente el olor infecto del orgullo interior.

Las razones de nuestro enfriamiento

Nuestro corazón se enfría cuando está distraído, cuando se liga a algo diferente de Dios, inquietándose por una u otra cosa, dejándose llevar por la cólera o condenando a los demás; cuando somos gruñones y satisfacemos a la carne, arrellanándonos en el lujo, dejando vagabundear nuestros pensamientos. Cuidáos de todos esos males, y vuestro enfriamiento disminuirá.

En cuanto al corazón, ¿dónde está la vida, si no es en el corazón? .

Ni complacencia ni piedad hacia sí mismo

Decís que no tenéis éxito. En verdad, no lo tendréis mientras estéis lleno de complacencia y de piedad por vuestros esfuerzos. Esas dos cosas muestran, al primer golpe de vista, lo que tiene la prioridad en vuestro corazón, es "Yo" y no el Señor. Es el pecado de amor propio, viviendo en nosotros, el que engendra todos nuestros otros pecados, nos hace pecadores de la cabeza a los pies durante todo el tiempo que le permitimos permanecer en nosotros. Y cuando el hombre es enteramente pecador, ¿cómo podría la gracia llegar hasta él? No llegará, como una abeja no se acerca adonde hay humo.

Hay dos elementos en la decisión de trabajar para el Señor: en primer lugar, el hombre debe *renegar de sí mismo*, en segundo lugar, debe *seguir a Cristo* (Marc. 8, 34). El primero de estos elementos exige que arrojemos de nosotros el egoísmo y el amor propio y que rehusemos otorgarnos cualquier indulgencia o piedad, ya sea en pequeñas o en grandes cosas.

Esperad siempre bruscos cambios

¡Coraje! Cuando el calor del espíritu se debilita, debemos esforzarnos por todos los medios para reanimarlo, ligándonos a Dios con temor y temblor. Todo viene de El. El abatimiento, el fastidio, la pesadez del espíritu y del cuerpo, pueden, por momentos, agobiarnos; y esto puede durar. No debéis perder el coraje, sino permanecer firmes, trabajando con celo según las reglas que habéis aceptado. No esperéis que vuestra alma sea liberada pronto de esa pesadez, no esperéis que sea mantenida a temperatura uniforme y cubierta de dulzura. Eso no sucede jamás.

Por el contrario, esperad siempre cambios bruscos. Cuando llegan el fastidio y la pesadez daos cuenta que ellos corres-

ponden a vuestra propia realidad, tal como sois. En cuanto a la dulzura espiritual, recibidla como premio.

Luz y tiniebla en el alma

¿Cuántas veces os he recordado ese deber, que por otra parte os dicta vuestra conciencia, el deber de permanecer con el Señor, de preferirlo a cualquier otra cosa? Tal vez la conciencia de ese deber está, desde ahora, sólidamente arraigada en vuestro interior. Dedicáos a practicarlo en forma asidua, ya que después de todo, ése es el bien que buscamos. Cuando estamos con el Señor, el Señor también está con nosotros, y entonces todo es luz. Cuando se abren los visillos de la ventana y el sol brilla, la habitación está llena de luz; si cerráis uno, habrá sombra, si los cerráis todos, la habitación quedará en completa oscuridad. Lo mismo sucede con el alma. Cuando está orientada hacia Dios con todas sus potencias y sentimientos, todo en ella es luminoso, calmo y alegre. Pero cuando dirige su atención y sus sentimientos hacia alguna otra cosa, la luz disminuye. Cuanto más grande es el número de cosas que ocupan el alma, más profunda es la oscuridad que la invade; y puede llegar a convertirse en completa tiniebla. No son tanto los pensamientos los que causan esta oscuridad, como los sentimientos. Dejándose llevar una vez por los sentimientos se corre menos riesgo de provocar la tiniebla que con una ligazón apasionada permanente. La oscuridad más profunda proviene de los actos exteriores de pecado.

Alegría y temor. Conservar la gracia y perderla

Toda vuestra carta revela la alegría de vuestra alma. Os regocijáis de la misericordia de Dios a vuestro respecto y, al

7x14=238

mismo tiempo, estáis asustado. Parece que habéis aprendido por experiencia que es necesario "servir al Señor con temor y rendirle homenaje temblando" (Salmo 2, 11)

Debéis mantener ambos sentimientos a la vez y conservarlos juntos inseparablemente, de manera de no dejar que la alegría os lleve a la negligencia, ni el temor extinga vuestra alegría. Es necesario pues, manteneros ante Dios con un respeto infinito, mirándolo como al Padre que es todo misericordia y vela sobre nosotros con un tierno cuidado, pero que es, al mismo tiempo, exigente y sin debilidad.

Es muy natural que experimentéis un sentimiento de temor ante el pensamiento de que esta alegría os pueda ser quitada nuevamente. Bajo la influencia de este temor, estáis ansioso, listo para encontrar un medio para conservar vuestra alegría: pero, ¿pensáis lograrlo solo? . Por un pensamiento como ése, todo lo que habéis recibido podría seros quitado. Haced todo lo que podáis por conservar esa alegría, pero poned en manos de Dios el cuidado efectivo de su preservación. Si no os esforzáis, Dios no la preservará; pero si ponéis toda vuestra esperanza en vuestros propios esfuerzos, Dios se retirará, viendo que consideráis su ayuda como si fuera superflua, y encontraréis las mismas dificultades que anteriormente. Penad hasta el límite de vuestras fuerzas, hacéos violencia en grado sumo, pero sabed, además, que la garantía real está en las manos de Dios solamente. No debilitéis vuestro esfuerzo, ni vuestra esperanza en Dios. Que uno fortifique al otro, y ambos juntos formarán una sólida protección.

El Señor desea siempre que poseamos lo que pueda ayudar en mayor medida a nuestra salvación, y está siempre listo para dárnoslo. Espera solamente que estemos preparados o seamos aptos para recibirlo. A ello se debe que la pregunta: "¿Qué es necesario hacer para conservar esta ayuda?," se cambie por otra: "¿Qué es necesario realizar que nos permita permanecer aptos para recibir la fuerza protectora de Dios, que aguarda

penetrarnos? " Es indispensable reconocernos vacíos, tan vacíos como un recipiente que no contiene nada; agregar a ello la conciencia de nuestra total impotencia para llenar ese vacío por nuestros propios medios; completar esto con la certidumbre de que solo el Señor, no solamente puede, sino que quiere y sabe cómo hacerlo; y entonces, manteniéndonos con el intelecto en el corazón, gritemos hacia el Señor: "Estableceme en ti por los medios que tú conoces, Señor". Haced todo esto con una indefectible esperanza, seguro de que os guiará en los caminos de la justicia y no dejará que os desviéis.

Os regocijáis porque el sentimiento de alegría y de consuelo os ha sido dado. Es natural. Pero poned atención para no permitiros presunciones quiméricas: " ¡Ah, hélo aquí! ¡Aquí está y pensar que yo no lo sabía! " Esas ideas son sugestiones del enemigo, dejan tras ellas el vacío y conducen a un atolladero. Todo el tiempo, debéis solamente repetir: " ¡Gloria a ti, Señor! " y agregar: " ¡Oh, Dios, ten piedad! " Si os dedicáis a vanas conjeturas, os vendrá inmediatamente a la memoria el recuerdo de vuestro esfuerzo y de vuestra lucha, lo que habéis hecho y lo que no habéis hecho, cuando ese sentimiento de alegría y de bienestar apareció y cuando os fue quitado, cuando se ha prolongado y cuando ha sido establecido firmemente... Y, a continuación, decidiréis actuar siempre de alguna manera particular, y así caeréis en una fatuidad quimérica, pensando que el secreto del progreso espiritual os ha sido revelado por fin y descansa en vuestras manos. Pero, ni bien os pongáis en oración, toda la falsedad de esos ensueños se hará evidente, la oración será vacía, voluble y poco atractiva. El agrado residirá sólamente en el recuerdo de vuestro feliz estado anterior y no en su actual posesión. Y deberéis suspirar y condenaros. Pero si vuestra alma no puede resolverse a suspirar, esa disposición artificial se mantendrá y la gracia se alejará todavía más. Pues este humor de fantasía muestra que el alma se apoya todavía sobre sus propios esfuerzos y no sobre la misericordia de Dios.

La gracia es siempre gracia, y ella es independiente de todo esfuerzo. Aquél que la confunde con su propio trabajo puede ser privado de ella por esa misma razón. Recordad bien esto. La pérdida de la gracia, cosa que la Providencia de Dios permite para castigarnos, está especialmente destinada a enseñarnos esta lección saludable.

6. Ilusión

Confusión y paz

Cuando existe confusión en el alma, de cualquier manera que sea, en ese momento, no os fiéis de su juicio, pues lo que ella dice entonces, no será la verdad. En ese caso, su consejero es Satanás, y su consejo no se dirige, ciertamente, a vuestra salvación; la pobre alma es llevada de un lado al otro.

"La cólera del hombre, no realiza la justicia de Dios" (Jc. 1, 20). Todo lo que viene de Dios no es más que paz, calma y dulzura; El deja esa dulzura en el alma, la expande en abundancia a su alrededor, incluso si, a primera vista, tiene a veces un aspecto austero.

Los pensamientos vagabundos

Estáis sujetos a los pensamientos vagabundos porque escucháis las charlas fútiles cuyo recuerdo os queda. Con esos recuerdos, el enemigo teje una red ante el ojo de vuestro intelecto, para impedirle ver. Cuando esto suceda, descended en vuestro corazón, separad los ojos de las imágenes ilusorias presentadas por el enemigo, e invocad al Señor.

Sufrimiento lleno de alegría y verdadera oración, exenta de ilusión

Si alguien se mantiene firme en las lágrimas de contrición, a fin de no ser arrastrado por lo que ha gustado en la oración —a riesgo de formarse una alta opinión de sí mismo— posee un arma temible contra el enemigo. Aquél que conserva en sí este sufrimiento lleno de alegría, escapará a todos los males. La verdadera oración, exenta de ilusión, es una oración en la cual el calor espiritual, unido al nombre de Jesús, pone el fuego en las profundidades del corazón y consume las pasiones como si fueran malas hierbas. Esta oración trae al alma el bienestar y la paz; no viene de la derecha ni de la izquierda, ni tampoco de lo alto, sino que brota en el corazón como una fuente de agua del Espíritu vivificador. Es esta clase de oración, y esta sola, la que debéis amar y tratar de conservar en el corazón, cuidando vuestro intelecto de la imaginación. No temáis nada cuando la poseéis, pues aquél que dijo: "¡Tranquilizáos, soy yo, no tengáis miedo!," (Mat. 14, 27) estará en vuestro interior. Aquél a quien ha sido acordada esta armonía interior y vive rectamente sin pecado, que ha dado la espalda a la adulación y a la arrogancia, permanecerá firme y no sufrirá ningún mal, incluso si todo un ejército de demonios se levanta contra él, llevando innumerables tentaciones.

La necesidad de una dirección experimentada

Me preguntáis por qué la ilusión llega durante la práctica de la Oración de Jesús. No viene por la misma Oración, sino por la manera en la que es practicada, y en ello, debemos seguir las directivas dadas en la Filocalia. Esas directivas deben ser seguidas bajo el control de un maestro que conozca la manera correcta de practicar la Oración. Pero si alguien quiere practicarla por sí mismo, simplemente a partir de descripciones librescas, entonces no puede escapar a la ilusión. En todas las descripciones se dan, solamente, los rasgos exteriores de la obra: un libro no podría entrar en todos los consejos detallados que puede proporcionar el starets; éste conoce el estado interior que debe acompañar a la oración y, por ese hecho, puede velar sobre el principiante, y darle la dirección complementaria que necesita. Aquél que practica este método de oración, sin un guía para ayudarlo, permanece, naturalmente, en la actividad exterior y en los distintos ejercicios físicos. Cumple concienzudamente todo lo que se trasmite en los libros respecto a la posición del cuerpo, la respiración, la atención en el corazón. Pero, puesto que los métodos de este tipo conducen naturalmente a un cierto grado de concentración de la atención y de calor, quien no tiene cerca suyo un maestro seguro, capaz de explicarle la naturaleza del cambio que se ha operado en él, corre el riesgo de imaginar que este calor limitado es verdaderamente lo que busca, y que la gracia ha descendido sobre él, mientras que, de hecho, eso no ha sucedido en absoluto. Y comienza a creerse en posesión de la gracia, sin tenerla realmente. He aquí la naturaleza de la ilusión, y esta ilusión puede falsear todo el curso ulterior de su vida interior. Es por ello que, actualmente, los starets aconsejan no emprender, de ningún modo, métodos físicos, en razón del peligro que comportan. Por sí mismos no pueden otorgar la gracia, pues la gracia no está ligada a ejercicios exteriores, sino que desciende solamente en el ser interior. Por otra parte, la buena disposición interior atraerá la acción de la gracia, incluso sin estos métodos.

Esta disposición interior consiste en practicar la Oración de Jesús de modo que se marche en presencia de Dios. Al mismo tiempo, debemos hacer nacer en nosotros mismos los sentimientos de adoración y de temor de Dios, cesar de buscar cualquier otra cosa, escuchar nuestra conciencia siempre y en todo, mantenerla pura y en paz, y colocar toda nuestra vida, interior y

exterior, entre las manos de Dios. Cuando esos elementos espirituales están presentes, la gracia de Dios, que llega a su tiempo y los absorbe a todos en la unidad, enciende, a partir de ellos, el fuego espiritual que es el signo de la presencia de la gracia en el corazón. Si seguimos este camino, es difícil caer en la vanidad. Pero, de todos modos, es mejor tener un guía con el que podamos encontrarnos personalmente, que vea nuestro rostro y escuche nuestra voz, pues ambas cosas revelan lo que está en nosotros.

La necesidad de una dirección experimentada. II

La oración interior aporta la salvación. Pero tenemos gran necesidad de una dirección experimentada durante el tiempo que oramos todavía por nuestros propios esfuerzos y nuestro propio trabajo. Es precisamente durante esa etapa de la oración interior cuando las personas a las que falta el sostén de una mano competente, corren el mayor riesgo de desviarse.

Porqué la Oración de Jesús conduce a veces a la demencia

La Oración de Jesús sólo puede conducir a la demencia si, mientras se la practica, se desdeña renunciar a los pecados y a los malos hábitos que la conciencia condena. Esto causa un conflicto interior agudo, que priva al corazón de toda paz. De ello resulta la confusión en el cerebro y las ideas se embrollan y se desordenan.

En lo que concierne a vuestra primera pregunta respecto a la pequeña llama: cuando Dios os la otorga, comprenderéis. Antes de haber gustado el dulzor de la miel, nadie puede saber de qué se trata. Lo mismo sucede aquí. Es necesario adquirir un sentimiento permanente de amor hacia Dios; entonces la llama llegará a ser manifiesta.

7. Humildad y caridad

Allí donde faltan la humildad y la caridad todo lo espiritual está ausente

Me decís que no tenéis ni humildad ni caridad. Mientras ellas estén ausentes, todo lo espiritual está ausente. Lo espiritual nace cuando ellas nacen, y crece cuando ellas crecen. Son para el alma lo que el dominio de la carne es para el cuerpo. La humildad se adquiere por actos de humildad, la caridad por actos de caridad.

La medida de la humildad

Abrid los ojos. La medida de la humildad, héla aquí; si alguien es humilde, no cree jamás que es tratado peor de lo que merece. Tiene tan mala opinión de sí mismo que nadie, por severo que sea, puede tenerla peor. Ese es todo el secreto del asunto.

Defectos de carácter

El Señor nos deja a veces defectos de carácter, para que aprendamos la humildad. Pues sin ellos, nos deslizaríamos rápidamente en nuestra estima hasta llegar más alto que las nubes, y allí nos instalaríamos en nuestro trono. Y eso acarrea la perdición.

El camino de la humildad, es la obediencia

No necesito repetiros que el arma invencible contra todos nuestros enemigos es la humildad. No se la adquiere fácilmente. Podemos creernos humildes sin tener el menor rasgo de verdadera humildad, además, no podemos llegar a ser humildes simplemente pensando en ello. El mejor, o más bien, el único medio seguro de llegar a la humildad es la obediencia y el renunciamiento a toda voluntad propia. Sin esto, somos pasibles de alimentar en nosotros mismos un orgullo satánico, aún siendo humildes en las palabras y en las actitudes corporales. Yo os pido poner atención en ese punto y, con todo temor, examinar vuestra vida. ¿Tienen lugar en ella el renunciamiento a vuestra propia voluntad y la obediencia? ¿Entre todas las cosas que hacéis, hay muchas que sean contrarias a vuestra voluntad, a vuestras ideas, a vuestro juicio? ¿Llegáis a hacer algo a disgusto, simplemente porque habéis recibido una orden, por pura obediencia? Os lo ruego, verificad esto cuidadosamente y decídmelo. Si no hay ninguna obediencia de este tipo, la vida que lleváis no os conducirá a la humildad. Poco importa cuán humildes podéis ser en pensamiento; sin actos que conduzcan al desprecio de sí mismo, la humildad no llegará jamás. Reflexionad pues, seriamente, acerca de lo que podéis hacer respecto a esto.

Suficiencia y crítica

Rebajarse no es todavía humildad, es solamente desear y buscar la humildad. Pueda el Señor ayudaros a adquirir esta virtud. Existe un espíritu de ilusión que, de una manera oscura, engaña al alma por medio de sus artificios. Turba de tal modo los pensamientos que el alma se cree humilde, mientras esconde en sí una alta y pretenciosa opinión de su valor. Debemos continuar escrutando cuidadosamente nuestro corazón. Las relaciones interpersonales susceptibles de humillarnos son lo mejor que hay para ello.

Habéis sido algo negligentes, el temor de Dios os ha abandonado y, muy pronto, lo habrá hecho también la atención; habéis tomado, además, el hábito de criticar a los demás; decís que habéis pecado interiormente, y es verdad. Arrepentíos prontamente e implorad el perdón de Dios. Una falta como ésta lleva en sí misma su propia retribución. La falta es interior y el castigo lo es igualmente. Podemos condenar a los demás no sólo con palabras, sino también por un movimiento interior del corazón. Si, pensando en alguien, se lo critica, ya se lo ha condenado.

Ser ofendido y poner la otra mejilla

Me decís que habéis sido ofendido. Si alguien se ofende por una falta de atención es porque se considera digno de atención, y por lo tanto, en su corazón, se otorga un gran valor. En otros términos, se tiene el corazón inflado de orgullo. ¿Es eso bueno? ¿No es nuestro deber soportar las acusaciones injustas? Sí, ciertamente. Entonces, ¿cómo podemos ponerlo en práctica? Después de todo, puesto que se nos ha ordenado soportar, debemos soportar todos los desagradecimientos sin excepción, y soportarlos con alegría, sin perder nuestra paz

interior. El Señor nos ha dicho: "Cuando se os golpee en una mejilla, poned también la otra", pero somos tan sensibles que si una mosca, al pasar, nos roza con sus alas, inmediatamente tenemos las armas en la mano. Decidme ¿estáis dispuesto a obedecer ese mandato del Señor? Probablemente diréis que sí, que estáis listo. Y, sin embargo, el ejemplo que me dáis en vuestra carta es precisamente un caso en el que ese mandato se aplica. "Ser golpeado en una mejilla", no debe tomarse en sentido literal. Ello se refiere a toda manera de actuar de nuestro prójimo que, según nos parece, no nos ha considerado tal como se debía, toda manera de actuar que nos ha rebajado, que, como se suele decir, ha herido nuestro honor. Todo acto de ese tipo, por insignificante que sea —una mirada, una expresión— es un golpe sobre la mejilla. No solamente debemos soportarlo, sino también estar listos para una mayor humillación —lo que equivale a poner la otra. Lo que os sucedió era una palmada muy ligera sobre una mejilla. ¿Y qué habéis hecho? . ¿Habéis puesto la otra? No, por el contrario, habéis devuelto el golpe. Pues eso es lo que habéis hecho; habéis hecho sentir al otro que érais alguien, como si dijérais "¡No os atreváis! " Pero, ¿qué somos nosotros si hacemos esto? ¿Cómo podremos ser considerados discípulos de Cristo si no obedecemos a sus mandamientos? Es necesario que os preguntéis: "¿es que yo merezco respeto? " Si hubiérais tenido en vuestro corazón el sentimiento de vuestra indignidad, no os habríais sentido ofendido.

Tomar en la mano la espada de la humildad

El tormento espiritual y las pasiones enturbian la sangre y dañan la salud. El ayuno y la abstinencia en nuestra vida cotidiana son el mejor medio para conservar una buena salud.

La oración introduce al espíritu humano en el reino de Dios, donde se encuentra el peñasco de vida; el cuerpo también, conducido por el espíritu, tiene parte en esta vida. Un espíritu contrito, sentimientos de arrepentimiento y lágrimas, esto no disminuye nuestra fuerza física sino la acrecienta, pues establece el consuelo en el alma.

Deseáis que la contrición y las lágrimas no os abandonen jamás, pero haríais mejor en desear que el espíritu de profunda humildad reine siempre en vuestro corazón. El trae las lágrimas y la contrición y nos impide ser engreídos por el orgullo cuando las poseemos. Pues el enemigo inocula su veneno incluso por medio de cosas como ésas.

Hay también una hipocresía espiritual, que puede acompañar a la contrición. La verdadera contrición no se opone a la pura alegría espiritual, puede vivir en armonía con ella, oculta tras ella. ¿Y qué decir del amor propio? Tomad la espada de la humildad y la dulzura, conservadla siempre empuñada y, sin piedad, cortad la cabeza de vuestro enemigo mortal.

Notas

1— Tiro de tres caballos.

2— Proverbio ruso.

3— Evagrio Póntico (346—399). monje del desierto de Nitria, en Egipto, Aunque algunas de sus obras sean de una ortodoxia contestable, sigue siendo uno de los más grandes autores espirituales griegos. Los pasajes de Evagrio citados en la Filocalia —que Teófano recomienda aquí a su corresponsal— son de una doctrina absolutamente segura.

4— Nilo el Asceta —340, fundador y superior de un monasterio cerca de Ancira, en Asia Menor; hemos conservado cerca de un millar de sus cartas, así como diversos tratados sobre la vida monástica. Muchas obras de Evagrio le han sido erróneamente atribuídas.

5— Monje de Escete, en Egipto, en el siglo V.

6— El corresponsal de Teófano es probablemente un monje.

III. OTROS TEXTOS

La protección de las virtudes

Aquél que habita sin cesar su propio corazón es extraño a todos los placeres de esta vida. Marcha en el Espíritu y, por ello, no conoce las concupiscencias de la carne. Todos los engaños del demonio nada pueden contra él, pues está protegido por las virtudes que se mantienen como centinelas en la puerta de la ciudad de pureza.

Diádoco, obispo de Fótice *en Epiro, a mediados del siglo V. sus* Capítulos Gnósticos *son particularmente importantes para la historia del desarrollo de la Oración de Jesús.*

Cómo penetran los demonios

Los demonios no tienen ningún medio de tomar posesión del cuerpo o del espíritu de un hombre, ningún poder para forzar las puertas de su alma, si antes no lo han despojado de todo pensamiento santo y no lo han vaciado y privado de la contemplación espiritual.

Juan Casiano (360–435) *comenzó su vida monástica en Bethléem. Después de haber pasado varios años en el desierto de Escete en Egipto, habitó en Constantinopla donde vivió en*

proximidad de Juan Crisóstomo luego fue a Occidente. Hacia 415 fundó dos monasterios en Galia, cerca de Marsella; un poco más tarde, compuso las Instituciones Cenobíticas *y las* Conferencias, *según el uso de los monjes latinos. Lazo de unión entre Oriente y Occidente, contribuyó a hacer conocer la espiritualidad monástica egipcia en el mundo latino.*

El origen de la ilusión

Muchas personas comprenden los últimos efectos de la ilusión, pues son evidentes. Lo que es más importante, es comprender cómo se origina la ilusión. Parte de un pensamiento erróneo que sirve de fundamento a todas las alucinaciones y a todas las funestas enfermedades que atormentan el alma. Un sólo pensamiento erróneo contiene ya todo el edificio de la ilusión, igual que una semilla arrojada en la tierra contiene toda la planta que de ella nacerá.

Una serie de pruebas

La vida de un cristiano sobre la tierra es una serie de pruebas. Es necesario luchar contra el propio cuerpo, contra las pasiones y los malos espíritus. Nuestra esperanza reside en esa lucha. Nuestra salvación viene de Dios. Habiendo puesto nuestra confianza en El, debemos soportar pacientemente el tiempo del combate. Somos molidos en el molino de la tentación, como el trigo que es transformado en harina. La divina Providencia permite que las pruebas nos asalten para el mejor provecho de nuestra alma; por ellas adquirimos un corazón humilde y contrito que Dios no despreciará.

El martirio interior

Está en la naturaleza misma de la oración interior descubrir las pasiones ocultas que encierra el corazón humano y dominarlas. La oración interior nos revela nuestra servidumbre hacia los espíritus caídos, nos hace conscientes de nuestra cautividad y nos libera.

No hay, pues, que turbarse o inquietarse cuando las pasiones se levantan en nosotros por el hecho de nuestra naturaleza caída, o son aguijoneadas por los espíritus del mal. Puesto que la oración domina las pasiones desde el momento en que se despiertan, debemos practicar interiormente la Oración de Jesús, muy tranquilamente y sin prisas; y poco a poco todo el tumulto se calmará.

Puede suceder que el tumulto de las pasiones y la invasión de los malos pensamientos sean tan violentos que provoquen un gran combate en el alma. Es el tiempo del martirio oculto. Cuando somos asaltados por las pasiones y los demonios, debemos proclamar nuestra fe en el Señor dedicándonos a la oración con la mayor perseverancia. Esto nos conducirá infaliblemente a la victoria.

La vanidad disfrazada de celo

Para hacer progresos en la oración y escapar a la ilusión, el olvido de sí mismo es necesario; nos enseña que no se debe buscar nada en la oración, salvo la atención; entonces, la oración llegará a ser más simple y más fácil. También las tentaciones se harán menos fuertes, aunque acompañen siempre todo lo que emprendemos. San Nil Sorsky y los otros santos Padres dicen que las tentaciones violentas que provienen del demonio, las tentaciones superiores a nuestras fuerzas, nos asaltan si buscamos experimentar en nosotros mismos, prematuramente, los

frutos de la oración del corazón. Buscamos esos frutos demasiado pronto, porque, sin saberlo, sufrimos de una excesivamente alta opinión de nuestras capacidades y de una vanidad disfrazada de celo.

Cómo preservar en vosotros la paz de Dios

Si sentís que vuestro espíritu ha llegado a ser uno con vuestra alma y vuestro cuerpo, y que ya no estáis desgarrado por el pecado, sino completamente unificado y que la santa paz de Cristo os anima, entonces, velad sobre ese don de Dios con todo el cuidado posible.

Que vuestra principal ocupación sea la oración y la lectura de libros religiosos; no déis a vuestros otros trabajos más que una importancia secundaria; que las actividades mundanas os dejen fríos y, si podéis, suprimidlas completamente. La paz sagrada, delicada como el soplo del Espíritu Santo, abandona inmediatamente al alma que se muestra despreocupada en su presencia. El alma que carece de respeto se muestra desleal y, guardando una complicidad con el pecado, abre la puerta a la negligencia. Al mismo tiempo que la paz de Cristo, el don de la oración se aleja igualmente de esta alma indigna; entonces, las pasiones la invaden como bestias hambrientas y comienzan a atormentar a la víctima que ha sido librada a ellas y a la que Dios ha abandonado a sus propias fuerzas. Si coméis demasiado o, lo que es peor, si bebéis demasiado, la paz de Dios dejará de actuar en vosotros. Si montáis en cólera, perderéis esa paz por largo tiempo. Si os permitís irreverencias, el Espíritu Santo no actuará más en vosotros. Si comenzáis a amar algo terrestre, si os dejáis infectar por una ligazón apasionada por algún objeto, o por algún talento, o por una amistad particular hacia alguna persona, la paz de Dios os abandonará ciertamente. Si os permitís sacar placer de pensamientos impuros, la paz os

abandonará por largo tiempo, pues no soporta el hedor del pecado, en particular de los pecados de vanidad y de lujuria. Buscaréis esta paz y no la encontraréis; lloraréis su pérdida, pero ella no prestará atención a vuestras lágrimas para que aprendáis a otorgar su verdadero valor a los dones de Dios y a conservarlos con el cuidado y el respeto que les son debidos.

Detestad todo lo que os arrastra hacia la distracción o el pecado. Crucificáos sobre la cruz de los mandamientos del Evangelio, permaneced allí, clavados. Rechazad todo pensamiento y deseo malos, con coraje y vigilancia, abandonad las preocupaciones mundanas e intentad vivir el Evangelio cumpliendo con celo sus mandamientos. Cuando oréis, crucificaos también sobre la cruz de la oración. Rechazad todos los pensamientos, por más importantes que sean, que lleguen a vosotros durante la oración: ignoradlos. No os ocupéis en hacer teología, no os dejéis arrastrar por las ideas brillantes, originales o fuertes que se os puedan ocurrir. El silencio sagrado que se introduce en el intelecto en el momento de la oración por el sentimiento de la grandeza de Dios, habla de Dios más elocuentemente y más profundamente que ninguna palabra humana. Los Padres dicen: "Si oras verdaderamente, *eres* teólogo".

Obispo Ignacio Brianchaninov *(1807–1867). A la edad de veintiseis años fue nombrado Archimandrita del importante monasterio de San Sergio, en San Petersburgo. En ese lugar, por disposición del Zar Nicolás, organiza una comunidad modelo en la cual permanece veinticuatro años. En 1857 es consagrado Obispo de Stavropol función, de la que dimite en 1861. Pasó los últimos seis años de su vida retirado en el monasterio Nicolás Babaevsky, en la diócesis de Kostroma.*

Al igual que Teófano, fue un prolífico escritor y la colección completa de sus obras llena cinco gruesos volúmenes. La mayoría de los escritos se dirigen a los monjes.

IV. BIBLIOGRAFIA RECOMENDADA

– *El monacato primitivo.* Editorial Católica. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1973.

– *Les âges de la vie spirituelle des Peres du desert à nos jours.*

– *Ecrits d'Ascetes russes,* Namur, 1957.

– *La Filocalia de la Oración de Jesús,* Bs. As., Lumen, 1979.

– *Arte de la oración.* Bs. As., Lumen, 1979.

– *Apotegmas de los Padres del Desierto,* Bs. As., Lumen, 1979.

– *Textos Ascéticos de Isaías de Gaza.* Bs. As., Lumen, 1979.

– *La Santa Escala.* Bs. As., Lumen, 1979.

– *Moines de la Sainte Russie.* Name, 1957.

– *Unseen Warfare.* Londres, 1952.

INDICE

Presentación 7

I. LA ASCETICA: OBSTACULOS Y LOGROS
La perfección y la guarda de los pensamientos 13
Combate espiritual 13
Los monjes y los demonios 15
La armadura del monje 16
Los aliados del monje 17
El discernimiento de espíritus 18
La dirección espiritual 19
Vigilancia 21
La técnica de los "logismoi" 23
Las virtudes 28
La "discreción" 31
La humildad 33
La obediencia 34
La mansedumbre 35
El ascetismo como martirio y liturgia 36
Vida Nueva 38
"Apátheia" 39
Pureza de corazón 43

Gnosis 44
"Parrhesía" 46
El bautismo del Espíritu Santo 47
El "hombre espiritual" 50

II. CONSEJOS A LOS ASCETAS

1. La guerra contra las pasiones
Las cuatro barras de la escala 55
Una sola manera de comenzar 56
La separación de Dios y sus consecuencias 56
Implacables contra nosotros mismos 57
Quiero levantarme e ir hacia adelante 58
Nuestro combate contra las pasiones 59
De cómo el enemigo nos ataca por medio de los demás. 60
Un peligro: la saciedad 61
La "troika" del mal 62
Juzgar a los demás 63
Tenéis un muerto en vuestra casa, no os ocupéis de enterrar a los demás. 64
Un ladrón interior cómplice de los ladrones exteriores. 64
El fuego de la cólera y las llamas del infierno. 64
No hay porqué perder la calma 66
Extinguir todo sentimiento de cólera 66
Los procedimientos del enemigo 67
El traidor interior 68
Un vaso de veneno 68
Un lugar apacible a los pies del Señor 68
No transigir con las pasiones 69
Siempre en su casa 69
La regla del ayuno 70

Tiempo para hablar y tiempo para callar 70
En el combate ascético sólo la gracia puede otorgar la victoria. 71
Volvéos hacia Dios para implorar su ayuda. 73
Trabajar sin prisa 73
El combate del intelecto y la lucha de la acción 74
El combate interior y la lucha activa 74
Impureza e inocencia 75

2. Conócete a ti mismo
Verse a sí mismo 77
Cómo conocer la propia indignidad 77
El verdadero conocimiento de sí 77
La medida del progreso en la vida espiritual 78
No soy como los demás 78
El sentimiento de ser pecador 79
El humo y el hedor del infierno 80
Una cadena continua de actos de abnegación 80
El sentimiento de la propia importancia 80
La gracia actúa en secreto. Arrepentimiento continuo y lágrimas incesantes. 81
Re-creación en el Espíritu Santo 82
Un arrepentimiento continuo 83
Tomad vuestro partido en la prueba 84
Borrad toda impresión extraña 85
Escrutemos nuestros pensamientos 85
El conocimiento de sí mismo y la lectura de los Padres. 86
Pasar de una percepción a otra 86
El camino purificador de los sufrimientos cada vez mayores. 87
Buena para nada 87
La ruta hacia el Reino 88

3. La labor interior y exterior
Los dos niveles de la vida en un monasterio 89
El principal enemigo de la vida en Dios 90
Paz interior y salud física 91
Contemplación y acción deben ir de la mano 91
Vivir la vida contemplativa en el mundo 91
El cuerpo en el trabajo, el pensamiento en Dios. .. 92
Libre de toda preocupación 93
Es necesario permanecer oculto 93
La ascésis es un medio, no un fin. No hay salvación sin humildad. 93
El andamiaje y la construcción 94
Distracción y seducción del corazón. Porqué a veces nos sentimos tristes. 95
Trabajad con vuestras manos, pero permaneced con Dios en el intelecto y en el corazón. 96
Una verdadera obediencia por el amor del Señor. . 97
Una obediencia sin réplica tiene más valor que un esfuerzo ascético. 98
Un bienhechor baño de barro 99
Demasiado absorbido por el trabajo 99
El trabajo manual 100
Una ligazón excesiva a las reglas 100
Las actividades exteriores no deben distraer del trabajo interior. 101
Mantener vivo el fuego interior 102
Trabajo interior y sobriedad 102
Formarse a sí mismo. Leer, sentir, actuar 103
Haced todo en el nombre del Señor Jesús 105

4. Soledad
Afrontar la soledad en el monasterio 109
Nada más que Dios y el alma 109

El mundo puede estar todavía con nosotros en nuestro corazón. 110
Dar y recibir 110
Buscar la voluntad de Dios en la soledad 111
Cómo utilizar los momentos de soledad 111
Qué significa estar recluído 112
Mantener vuestros pensamientos en el interior del monasterio. 112
La lucha contra las pasiones, en comunidad o en soledad. 113
Somos contrariados cuando nuestra soledad es turbada. 114
Falta de disciplina interior 114
El verdadero desierto 114
Antiguos conocidos 115
Soledad interior y exterior 115
Preservar el recogimiento interior en medio de las preocupaciones exteriores. 116
Retiráos en vuestro interior 117

5. Períodos de aridez
Dos tipos de desamparo 119
Por qué el alma se enfría? 119
Los períodos de sequedad e insensibilidad son inevitables. 120
El castigo de la cólera 121
Falta de confianza en Dios 121
Sin la gracia ¡qué frío! 122
Las razones de nuestro enfriamiento 122
Ni complacencia ni piedad hacia sí mismo 123
Esperad siempre bruscos cambios 123
Luz y niebla en el alma 124
Alegría y temor. Conservar la gracia y perderla. .. 124

6. Ilusión
Confusión y paz 129
Los pensamientos vagabundos 129
Sufrimiento lleno de alegría y verdadera oración exenta de ilusión. 130
La necesidad de una dirección experimentada. I. .. 130
La necesidad de una dirección experimentada. II. . 132
Por qué la Oración de Jesús conduce a veces a la demencia. 132

7. Humildad y Caridad
Allí donde faltan la humildad y la caridad todo lo espiritual está ausente. 133
La medida de la humildad 133
Defectos de carácter 134
El camino de la humildad es la obediencia 134
Suficiencia y crítica 135
Ser ofendido y poner la otra mejilla 135
Tomar en la mano la espada de la humildad. 136

III. OTROS TEXTOS

La protección de las virtudes (Diádoco de Fótice). .. 141
Cómo penetran los demonios (Juan Casiano). 141
El origen de la ilusión (Obispo Ignacio Brianchaninov). 142
Una serie de pruebas (Obispo Ignacio Brianchaninov). 142
El martirio interior (Obispo Ignacio Brianchaninov). . 143
La vanidad disfrazada de celo (Obispo Ignacio Brinchaninov). 143
Cómo preservar en vosotros la paz de Dios (Obispo Ignacio Brianchaninov). 144
IV. BIBLIOGRAFIA RECOMENDADA 147

Este libro se terminó de imprimir en el mes de AGOSTO de 1979, en Establecimiento Gráfico PIEDRAS S. A., Piedras 1354, Buenos Aires.

Ichthys

Teófano el Recluso, obispo de Vladimir y Zadonsk (1815-1894), nacido con el nombre de Jorge Govorov, vio la luz en Chernavsk, cerca de Orlov en la provincia central de Viatka. Por haber sido su padre sacerdote de parroquia, y dado que tal era la costumbre de la época, fue, también él, destinado al sacerdocio. Así, cursó primero el seminario y, más tarde, pasó cuatro años en la Academia de Teología de Kiev (1837-1841) donde se puso en contacto con la vida monástica. Una vez terminados sus estudios, pronunció sus votos y fue ordenado sacerdote. Después de un tiempo llegó a ser profesor en el seminario de Olonezt y luego en la Academia de San Petersburgo. Durante 1847 a 1854 viajó al Cercano Oriente y a Palestina donde se familiarizó con los Padres y con el idioma griego.

Al retornar Rusia fue rector de la Academia de San Petersburgo. En 1859, al ser promovido al Episcopado, sirvió como obispo, primero en Tambov y luego en Vladimir. En 1866, retirado por razón de edad y más que por las funciones que desempeñaba presentó su renuncia y se retiró a un pequeño monasterio en Zadonsk donde permaneció hasta su muerte, el cual sobrevino veinte años más tarde.

Su vida de reclusión, pasada la mayoría entre la oración y actividad literaria; en este sentido, pasaba varias horas dedicadas a responder la correspondencia que le llegaba de toda Rusia. En cuanto a la obra visible que Teófano ha dejado, como fruto de los años de apartamiento, ella está constituída por una substancial cantidad de volúmenes. Preparó, por ejemplo, la edición en ruso de numerosos textos griegos, compuso gran cantidad de comentarios a las Epístolas de San Pablo y editó la famosa "*Dobrotoljubie*" (Contemplación del Bien), versión ampliada en ruso, de la muy conocida "*Filocalia*" (Contemplación de la Belleza), compuesta originalmente en griego. Sin embargo su principal herencia es su correspondencia, publicada parcialmente en diez volúmenes, de la cual hemos extractado estos "*Consejos a las Almas*".